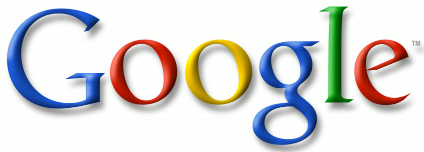



HARVARDIANA
ACADEMIA
IN NOV ANG
CHRISTO ET ECCLESIAE
VE RI
TAS



G. MARTINEZ SIERRA

OBRAS COMPLETAS

GRANADA

(GUIA EMOCIONAL)



ESTRELLA



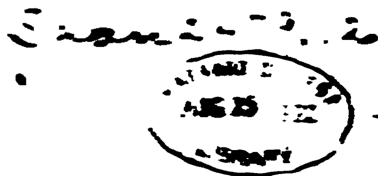
ESTRELLA

G. MARTINEZ SIERRA
OBRAS COMPLETAS

GRANADA

ORNAMENTACIÓN DE
FONTANALS

MADRID
MCMXX



CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:
EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A.
C. DE VALENCIA, 28.—MADRID

PRÓLOGO



DICE Enrique Heine que el segundo amor es el verdadero. ¡Ojalá, lectora, el primero, llegando a ti temprano, y guardándote toda la vida bajo sus alas con tiránica felicidad, no te deje aprender por experiencia la verdad que pueda encerrar semejante afirmación! De todo habrá en la viña del Señor. Lo que sí es evidente — y a este fin he traído las palabras del poeta judío — es que ni a sentir nacemos enseñados. Y lo mismo que la cartilla y la tabla de multiplicar, tenemos que aprender la emoción, si queremos de veras emocionarnos, y, sobre todo, darnos cuenta de que nos hemos emocionado. En la consciencia está precisamente el placer de todos los placeres y el dolor de todos los dolores: por eso los solemos gozar o padecer más en el recuerdo que en la «actualidad», y por eso

juzgamos parcialmente de ellos, dándoles una trascendencia que acaso no tuvieron. El escritor impresionista conoce harto este fenómeno, y por eso no suele escribir nunca sobre el terreno. Diciendo la verdad de nuestra sensación frente al hecho o al objeto mismo, bien poco tendríamos que decir: lo más interesante son las anticipaciones y las deducciones. Transcurrido el instante en que hubiéramos debido conmovernos, pensamos que le hemos desaprovechado, y que para el pleno saboreo de él hubiera convenido que anticipáramos un poco más. Esa es la significación del universal: «¡Si yo hubiera sabido!», que siempre llega demasiado tarde.

Todos los viejos envidian a los niños, y llaman a la infancia «edad feliz», envidiando de ella la inconsciencia, que precisamente es la negación de la felicidad. Porque un niño vive y no puede decirse a sí mismo: estoy viviendo; sólo en el placer material del alimento pone cierta consciencia, que ha aprendido por la repetición del acto y que le da motivo a algunas anticipaciones. Del dolor, impresión momentánea, sobreaguda y antinatural, que por lo tanto necesita numerosísimas repeticiones para dejar huella en la tabla rasa del intelecto, no sabe ni que existe: por eso no le prevé nunca y se consuela de él en cuanto cesa, después, no de sufrirle, puesto que no ha sido capaz de aceptación ni de rebeldía, sino de pasar a través de él como cosa palpitante, desgarrada y deshecha.

¡Ojalá guardáramos esta ignorancia imprevisora

del dolor durante toda la existencia!—diréis—. ¡Ojalá, si con ella no fuera mano a mano la ignorancia de los más poderosos movimientos emocionales, que son toda la sal de la vida. No deseo a ninguno de aquellos a quienes quiero bien, una vida exenta en absoluto de dolor: ya es de siglos la sentencia: «El que no ha sufrido, ¡qué sabe!» Venga sobre vosotras, suaves amigas mías, el rocío de unas cuantas lágrimas, para poderos desear sobre ellas la buenaventura de un consuelo. Y no me repliquéis, eruditas, con la afirmación nietzscheana: «No se consuela el hombre de ninguna pena: olvidamos lo que nos hizo padecer, no nos consolamos de ello». Es casi lo mismo, puesto que al olvidar el dolor no olvidamos la causa que nos le produjo. Y, consuelo u olvido, lo cierto es que en todas las convalecencias, el cuerpo y el alma se yerguen con optimista orgullo, y que esta sensación de renacimiento es una de las más gloriosas felicidades de la vida.

Perdón por todas estas divagaciones: su objeto es buscar justificación, siquiera sea un tanto paradójica, al libro que hoy os ofrezco, especie de guía emocional para caminar por el encantado jardín granadino. Creo que lo que lleváis leído de este prólogo quitará un poco de ironía a la sonrisa con que hayáis acogido el subtítulo de este puñado de meditaciones apasionadas. Guía emocional: no es que yo pretenda imponeros punto por punto el motivo de las emociones que en la visita a esta Jerusalén de Occidente hayáis de ir

experimentando: nada más lejos de mi humilde intención: pretendo únicamente haceros confidencia de mi propia emoción, para dar a la vuestra un punto de partida, para serviros de auxilio en la necesaria «composición de lugar». No es el caso nuevo, ni tan estupendo como a primera impresión parece. Si vais a visitar un museo, gustáis de llevar en vuestra compañía algún entendido crítico de arte, para que os descubra bellezas y matices, que vuestra afición ineducada pudiera dejar pasar inadvertidos. Si os preparáis a un viaje por países que os son desconocidos, cuidáis preparatoriamente de aprender un poco de la lengua y algo de la historia de aquel país, para gustar más hondamente la realidad de lo que luego habéis de ir mirando. Yo os juro que tanta parcialidad y subjetividad hay en una afirmación crítica o en un juicio histórico, como en la exposición de un movimiento emocional, y no necesitamos más docilidad para prestar asentimientos de adaptación a uno que a otro. No creáis que las facultades sensitivas y sentimentales sean más rebeldes por naturaleza, ni siquiera más independientes que las puramente intelectuales.

Además, vosotras, mujeres que me leéis, hijas de España y de la América latina, católicas por nacimiento y aun por convencimiento, ya estáis acostumbradas a la sumisión a esta «guía de las emociones», y en la más sublime región a que puedan haberos llevado las alas del espíritu. ¿Qué otra cosa, sino emoción disciplinada y llevada por cauces maestros, son las lágri-

mas que derramáis meditando sobre las admirables páginas de Fray Luis de Granada, por la pasión y muerte de Cristo Jesús? ¿Y la resignación con que plegáis vuestro concepto sentimental de la vida a un optimismo casi fatalista, pero tan hondamente consolador, sobre aquellas otras, no menos admirables, del Padre Alonso Rodríguez en su Tratado de la conformidad? *¿Y habrá quien desespere de que puedan seguirle vuestras sutiles imaginaciones por los más intrincados laberintos de la paradoja emocional, cuando os sabe capaces de poner un amén a todo sufrimiento, después de haber gustado la miel de maravilloso artificio que el Padre Almeida ha escondido para vosotras en sus* Soliloquios del alma atribulada, *al explicar la «compra del reino de los cielos con la moneda de la Santa Cruz»?*

No sabéis cuánto me consuela acordarme de vosotras, mujeres, al pensar en el acogimiento que puedan encontrar por el mundo estas incurables e inevitables divagaciones de mi literatura. De los hombres, aquí en confidencia, no espero nada: los que son de mi oficio, engañados por el involuntario artificio de mi maraña, casi seguramente no han de creer en su sinceridad; los ajenos a él, casi probablemente han de tomar a frivolidad la ligereza de su trama: de todo ello me importa poco, si vosotras queréis devanarla conmigo. Vosotras y yo tenemos tiempo que perder, afortunadamente, porque el único tiempo verdaderamente ganado en la vida es el que se pierde. ¿Habéis

reparado en lo sabrosa y deliciosamente largas que son esas horas que gastamos mirando pasar minutos o segundos bajo las manecillas del reloj y enredando en ellas el hilo de nuestras imaginaciones? Ahora que ya no está de moda hilar con rueca, y que, por lo tanto, ya es cosa de abuelas la poética imagen del huso, que perezosamente abandonado retuerce el hilo despacio y libremente, ¿no habéis cruzado muchas veces las manos ociosas sobre el bastidor, y levantando los ojos al cielo o al techo, no habéis bordado para vuestra vida rosas más naturales o más artificiales — todo es perfección — que las que hubierais debido bordar en la tela? ¿Y no habéis enredado en los bolillos todo un destino maravilloso? Y al volver a la vida real, ¿no habéis tardado, a vuestro parecer, años eternos en caer de la luna? También leyendo alguna vez libros de versos, le habéis robado consonantes al poeta para elaborar vuestro propio poema, y si el poeta lo supiera, sería incomparablemente feliz.

Venid, pues, conmigo, y veréis qué maravillosamente nos vamos a perder, perdiendo el tiempo, bajo las policromas arquitecturas y entre las frescas arboledas de la Alhambra. No os prometo lógica, ni erudición, ni siquiera información minuciosa; pero os garantizo locura, incoherencia e irresponsabilidad. Irresponsabilidad sobre todo: de todas mis impresiones y emociones en Granada, éste es no sé si decir el perfume o la esencia: en ninguno de los rincones del mundo que llevo visitados, he sentido más honda y evidentemente

el consuelo de la irresponsabilidad. No sé si estará ello en la simiente de fatalismo moro que pueda haberse quedado en el aire; pero ello es que allí el alma y yo, desconociéndonos a nosotros mismos, nos hemos dado el placer soberano de romper toda disciplina y de vivir en plena y desatinada locura. No os asustéis: de toda ella nos hemos guardado mutuamente el secreto; cuantas veces hemos querido llorar, hemos escondido pudorosamente la cabeza en la almohada, y para reír demasiado nos hemos acercado a alguna fuente, que con el misericordioso rumor del agua ha quitado escándalo a nuestra risa. De todo ello no ha resultado otro mal que este libro desatinado, que es como el hijo de un mediodía de amor, y que va por el mundo con los ojos abiertos, la boca sedienta y las manos prontas a toda caricia, sin saber si reír o llorar.



EL VIAJERO ENTRA EN GRANADA



LLEGANDO el viajero de noche a Granada, puede gozar el lujo romántico de una entrada misteriosa en la ciudad. Traerá encandilados los ojos por todo el esplendor de un atardecer andaluz sobre el rojo de la tierra labrada, la plata bruñida de los olivos y el rosado cristal de la Sierra Nevada, y como al apearse del tren ya habrá entrado la noche, la salida de la estación bien puede parecerle un comienzo de «Viaje sentimental» a lo Sterne. Hay una explanada, que en la obscuridad parece inmensa y cercada de altísimos árboles: parecen, asimismo, innumerables los coches de hotel que hay en ella esperando a los viajeros. Se oyen precipitadas ofertas de alojamientos, en inglés, en alemán, en francés, hasta en español. El acento granadino es suave, cariñoso y lento: diríase que las letras, para

formar las sílabas, se juntan con pereza oriental, o que los que hablan van saboreando las palabras. Cargadas las maletas, pónese en marcha el coche. Aquí comienza el romanticismo: el viajero no sabe adónde va. Ha elegido, al azar, un nombre de hotel, no en la ciudad, en la Alhambra, «como los ingleses». A punto fijo no sabe qué diferencia puede existir entre la ciudad y la Alhambra; pero como por visitar la Alhambra ha venido, piensa que cuanto más cerca se encuentre de ella será mejor.

El coche va de prisa, por una calzada al parecer ancha, seguramente muy poco alumbrada. Las casas que a uno y a otro lado se adivinan son muy bajas, y parecen estar del lado allá de un foso. Entre ellas, a la siniestra mano, se proyecta una sombra gigantesca: el viajero, entusiasta de Ricardo Torres (a) *Bombita*, reconoce con cierta satisfacción la forma habitual de una plaza de toros. Sigue el coche corriendo con estruendo de tralla y cascabeles: la situación se aclara; quiero decir que hemos entrado en una calle de ciudad a la moderna, con adoquines, con aceras de losa, con tiendas, con cafés, con luz eléctrica, con bulevar central y urbanas filas de árboles: «Calle de los Reyes Católicos» lee en la loseta de mármol de una esquina. El viajero suspira: Fernando e Isabel son la única evocación molesta en su Granada sentimental; no puede perdonar a la Reina que supo latín y austeridades, el haber arrancado esta jugosa fruta a la boca del pueblo artista y sabio en goces, que con tan honda

y fresca voluptuosidad saboreara sus granos rojos. Y la diplomacia del maquiavélico Fernando es una de sus antipatías en materia de Historia, fuerte como odio de leyenda. Afortunadamente, la impresión dura poco; hemos pasado frente a la casa de Correos, y hemos vuelto a sumirnos en la obscuridad. Vamos por una calle en cuesta, con piedras puntiagudas, a juzgar por las locas sacudidas del coche. Después ha de saber el viajero que esta calle obscura tiene por lindo nombre «Cuesta de Gomeres»; ahora únicamente sabe que se pasa pronto, y que al cabo de ella hay un arco de puerta como de fortaleza, apenas alumbrado por un farol, y que al pasarlo el coche, ya las ruedas descansan sobre suelo enarenado, y el aire se hace húmedo y fresco, y huele a frondas, y se oye un gratísimo rumor de agua que corre en arroyos y cae en cascadas, y las voces del cochero que arrea los caballos resuenan en silencio de selva. Sí, debemos de estar en un bosque. ¡Lástima que no sea noche de luna! La luz de las estrellas sirve de bien poco; el viajero, descoyuntando harto las vértebras del cuello, para mirar por la ventanilla, alcanza a comprender que no puede la susodicha luz estelar llegar a iluminar su ruta, porque está interceptada por una fresca bóveda de hojas recién nacidas: se adivinan, sombras aún más intensas en la sombra, troncos de árboles a un lado y otro del camino. Resignado a no ver, el viajero escucha: son álamos negros, chopos, que dicen acá, en Castilla. El panteísmo del viajero le ha llevado a tan íntima amistad con los ár-

boles de su patria, que a todos los conoce por la voz. No hay que decir que la voz de los árboles es el sonido de su fronda al paso del viento. La voz de los álamos es la más gárrula de entre todas las forestales voces; basta la más tenue de las brisas para conmover esta hojarasca inquieta, que suena a metal, y que es como hermana gemela de la voz de los ruiseñores. Al viajero le da un salto el corazón; esta charla de la arboleda le dice que ha llegado a una de sus patrias. ¿Habrá que advertir que el viajero, anarquista teórico y desenfrenado sentimental, no cree en reinos ni en fronteras, y tiene su patria como puñado de estrellas que hubiese tirado a los cuatro vientos desde lo alto de una torre, dispersa y fragmentada por todos los ámbitos del mundo, en rincones plácidos y bien olientes, por praderas, por playas, por bosques, por ciudades viejas, por claustros de ya deshabitadas cartujas y naves de catedrales góticas?

Naturalmente, ante la evidencia de haber llegado a lugar de reposo y comunión cordial con el ambiente, nácele al espíritu un caudaloso y silencioso optimismo. Viajando en busca de belleza, suele suceder, no pocas veces, que aun cuando la belleza se encuentre, se nos ofrece en aspectos áridos, en formas difíciles, en laberintos inquietadores; la visión interior — en el sentido de facultad — se cansa, se duele, se hace irascible; es como si el espíritu, hecho cuerpo, hubiese pasado muchas horas caminando por vías ásperas en vehículos molestos, con olor a humo, con polvo sobre

todos los poros de la piel, y ansía la delicia de un baño, y luego la paz de un lecho limpio con sábanas frescas.

Pues esta sensación de placidez, de agua en que la piel se hunda con silencioso y lento goce, de limpieza y fragancia natural, que nos va penetrando, es la que sienten corazón e inteligencia al llegar a uno de estos oasis del mundo, donde se hace evidente para nosotros que la patria nos está esperando. Aquí el viajero, como que se aleja y aparta del mundo, como que cerradas las puertas de los sentidos a las sensaciones cotidianas, las abre a la visión elegida que ha de traerle el regalo de la emoción. Aquí, olvidando los cuidados mezquinos, se llama a sí mismo, y consigo entran en el campo de su contemplación todos sus recuerdos y todos sus amores, acaso levemente olvidados en el diario trafagar mundano; aquí se dará el gozo de estar secreta y desatinadamente loco; aquí dirá a grandes voces interiores, que nadie sino él mismo ha de oir, los versos que no ha de escribir nunca; aquí se hará, a sí mismo, las más estupendas confesiones, y se reirá, mirándose al espejo, de la refinadísima hipocresía que representa la sonrisa cortés con que anda por el mundo, asintiendo a las palabras vanas, a los gestos convencionales, a las leyes cobardes y a las trabajosas mentiras de la grey humana, constituída en esa lamentable cosa que llamamos con el buen nombre de sociedad.

¡Ah, los saltos mortales del espíritu, constituído en

independencia!, ¡ah, las sabrosas infracciones ideales a todos los códigos del mundo!, ¡ah, la rima sin ritmo del corazón borracho de lógica!, ¡ah, las nupcias inacabables con la verdad, que, después de todo, no es sino otro nombre del deseo, y el olvidar, en esta desatinada fiesta interior, hasta el nombre de las cosas usuales, y el número de los días del mes y de las pesetas de un duro!

Todo esto ha prometido la voz de los chopos en la cuesta que sube a la Alhambra; por eso el viajero ha cerrado los ojos, y se ha consagrado con toda intensidad a respirar el aire de la noche, cargado — ya estamos en plena gloria morisca — del acre olor de los arrayanes y del trastornador aroma de los cinamomos... En Madrid le llamamos al cinamomo lila; hago esta salvedad para que las chiquillas madrileñas que las van a cortar al Retiro o a la Casa de Campo, puedan soñar, cuando hundan la cabeza en el fragante ramo violado, que son, ni más ni menos, la Amada del Cantar de los Cantares.

¡Alto! Un surtidor de fuente, que a la luz de unos focos eléctricos diamantea; un ensanchamiento de la alameda; a mano derecha, un gran hotel; a mano izquierda, otro; hay que echar pie a tierra, puesto que hemos llegado. Mecedoras y sillas de mimbres bajo los árboles, mesitas para te o refrescos. Inglesas descotadas, ingleses de smoking; terciopelos, rasos, joyas, plumas. Un correctísimo señor de frac nos pregunta, en inglés, si tenemos cuarto «retenido». Ante nuestra

cara de asombro, hace una mueca desdeñosa. ¡Gentes que todavía viajan sin conocer la suma importancia de su hotel, atiborrado siempre de lo mejor del mundo! No hay sitio, no señor. ¡Quién lo dijera, soledades frondosas! Hay que volver al coche, ya con el ensueño un poco turbado ante la perspectiva de no encontrar la cama susodicha; un poco más de cuesta y de fragancia. En lo alto, una explanada: pasamos por delante del palacio árabe; pero está obscuro, y por esta vez el corazón no se toma el trabajo de advertirnos. Una calle de pueblo, con una a modo de taberna-parador, y múltiples vitrinas de fotógrafos. Alto nuevo ante un «boarding house», con traza de casa moruna. Tampoco hay cuarto libre, señor mío. Sigue el camino: es cosa de un segundo; otro «boarding house», con traza, éste, de pensión suiza. Afortunadamente, Alah se compadece, y el viajero encuentra reposo en un cuartito limpio, pintado al temple de optimista azul, con agua abundante y cama muy blanca y muy dura. ¡Qué remedio! ¿No habíamos quedado en que el cuerpo, absolutamente distraído de la vida exterior, viene dispuesto a poner todo su poder sensitivo al servicio de la emoción suprema? Durmamos... soñemos...

A la mañana cantan los gallos. El viajero se tira de la cama con la bucólica impaciencia que era de esperar. En el comedor del hotel toma la inevitable taza de te, en presencia — bien quisiera decir en contemplación; pero, por desdicha, no le es posible — de una media docena de «misses». Inglaterra es, en Granada,

fiel a su costumbre de enturbiar la hermosusa de los lugares más bellos del mundo con el rostro de sus hijas más feas. Un alemán amigo, que también desayuna, explica al viajero cómo estas espantables vírgenes sajonas viajan, con subvención del Gobierno británico, para librar al Reino Unido de incitaciones demasiado eficaces a la melancolía. El viajero gusta de la mentira verosímil, y promete estamparla en la guía que piensa escribir de esta ciudad-prodigio. Con esto vengará la afirmación baedekeriana de que los chopos que la noche antes tal le deleitaran, los trajo de Inglaterra Wellington. ¡Vea usted lo que hace ese maléfico sentimiento que los maestros de escuela y los diputados a Cortes llaman patriotismo!

¡A la calle, es decir, al aire libre! Estamos en lo alto de una montaña. ¡Ya nos lo decía el corazón! Los chopos cubren la ladera en avenidas anchas, enarenadas, limpias; corren regatos cantarines al pie de los árboles; por el centro de las avenidas hay fuentes: unas de surtidor — son árabes —; otras de caños — el pilar imperial de Carlos V —. Aquí está la Puerta de la Justicia: los arcos elegantes de herradura parecen sostenerse por milagro; dentro del arco moro han puesto los cristianos la imagen de la Virgen.

— ¡Ave María! —, a pesar del anacronismo, y viva el farol que te reza con el anhelo de su llama. Aquí hay una cascada que llena de frescura el aire limpio y matinal. Aquí una cruz de piedra; alzóla un marqués de Tendilla por amor al Carmelo:

Esta cruz y fuente son
efectos con que acredita
a la casa Carmelita
el marqués, su devoción.

¡A la casa Carmelita! Menos mal. Pensando en Teresa de Jesús, el viajero perdona al marqués el odio que le debió inspirar la Media Luna... Aquí está la Puerta de las Granadas...

Todo esto, que en la noche medio adivinara, y que ahora ve en la clara luz mañanera, es para el viajero refrigerante como una revelación. Su gozo a un tiempo se exalta y se aquieta en la certidumbre de lo presentido; estas alamedas son y serán buen laberinto para enredar y desenredar la madeja de sus apasionadas divagaciones. El sol se ha levantado; pero no puede taladrar la arboleda, y el viajero, como chiquillo, cómplice de la sombra verdosa y fragante, salta por la umbría y les dice locuras a los árboles. Frente a la cascada se deja acariciar el rostro por las gotas que saltan menudas, cernidas y frescas; moja las manos en la taza de una de las fuentes, muerde unas cuantas hojas de arrayán, respira el aire a pecho abierto, cierra los ojos para abrazar inacabablemente el fantasma de la más deseada presencia, y, después de un instante de locura, los vuelve a abrir, ya serenos y críticos, para dar comienzo a su misión de perfecto turista.



ELOGIO DEL AMOR DE LAS FUENTES Y LOS ARRAYANES



CIERTO que tienes tus rosas, Granada; tus rosas blancas en racimos, opulentas como en ninguna parte; las que huelen a frescas, y a pureza, y a gracia; las que se balancean sobre el arbolillo escueto y enano entre unas pocas hojas verdes, con tanta abundancia de blanca blancura; las que se deshojan antes de marchitarse, para ser jóvenes hasta en el morir, como quien dijese para morir cantando.

Y esas otras rosas menudas y apenas amarillas, que las rapazas llaman de *pitimini*, y que se tienden en cortina sobre los muros viejos, más campesinas y más piadosas que la hiedra, puesto que a más de cubrir las grietas sonríen sobre ellas, como quien dijese vestir al desnudo con manos suaves y ropas de seda. ¡Caridad

exquisita, como el amor con que las muchachas del pueblo visten el altar de San Antonio!

Y esas otras rosas — rosas de limón —, cogollos apretados y fragantes, intensa y turbadoramente fragantes, que cogen el sentido como un deseo de amor sensual, esas que respiramos primero y mordemos después, como labios de amante, ya perdida toda noción de aroma a fuerza de embriaguez de aroma.

Y esas otras rojas, que son de terciopelo, que huelen a vainilla y a irresponsabilidad, más desmoralizantes que una filosofía, venenosas, dulcísimas, locas y sabias, con argumentos en su púrpura y en su terciopelo, y con filtros en su perfume para vencer toda austeridad y echar por tierra toda Pedagogía.

Y esas otras, sencillamente rosas rosas, de las que hacen pasmarse de asombro, tan regularmente perfectas son, a las buenas madres de familia, y ante las cuales los señores formales exclaman: — ¡Qué primor, si parece que son de porcelana! —. ¡Rosas de pueblo, que los jardineros rurales apiñan en ramos en forma de pirámide, con una rama de azucena en la cúspide, para la fiesta de Santiago bendito!

Y esas otras, rosas de musgo, que parece que nunca se han de acabar de abrir, capullos encerrados en la felpa verde, coral entre espuma de algas, que hacen pensar en pamelas de batista blanca, y en niñas con ojos azules, buenas y elocuentes como las que disertan en «Sanford y Merton» o en «Las veladas de la Quinta».

Perdón, rosas de zarza; pero vosotras no estáis en los jardines, y Granada es ciudad de jardines.— ¡Ah! — protestáis —, también hay huertos en el Albaicín, y a la vera del río —. Es verdad, y en los huertos suele haber setos vivos, y en los setos, rosas, los cinco pétalos, la borla de estambres, la promesa del rojo escaramujo, que sabe tan dulce y abrasa la boca — pícara condición de tantas cosas buenas, entre ellas los besos —. Rosas de zarza, sobre las que mejor que sobre ninguna otra se comprende el rocío, madres de toda rosa en la mente del Creador. Cierto: Granada tiene también rosas de zarza. ¿Por qué no poner una en el manojo de estas otras pomposas y fragantes? ¡Así, su sencillez, pueda redimir tanta literatura! ...

Cierto que Granada tiene claveles. Con esta bendición del destino, bien puede ser feliz una ciudad. ¿Es posible mirar un clavel, sin pensar en la copla:

El clavel que tú me diste
el día de la Ascensión,
no fué clavel, que fué clavo
que me clavó el corazón...?

¡Viva el pueblo romántico y sensual, que cree que los pechos se apuñalan y las almas se prenden a golpe de aroma! Los claveles huelen a clavo: verdad sencilla y tan evidente como las geométricas que admiraban a Pascal por su carencia de definición. El olor de clavel es olor a clavo, como el espacio es el espacio y el tiem-

po el tiempo. Mas si en el espacio y el tiempo cabe la pasión, en el perfume cabe la interpretación, y el olor a clavo se puede interpretar como olor a oriente y a noche de Agosto, con todo el titilar de estrellas, y todo el fuego fatuo de juramentos a la luz y sombra de terciopelo azul de un cielo de España. ¡Oh, el cielo de Granada, en una de estas noches de primavera!

El cielo consuela de todo, como el mar: el mar, porque une en la inquietud; el cielo, porque cobija en la quietud. ¿Qué más da pensar que las almas son peñas y que el agua va de ésta para aquélla, mezclando y confundiendo los anhelos, que imaginar que son como polluelos dormidos bajo el ala de una misma madre? ¿Habéis visto en algunos cuadros de Primitivos un manto de la Virgen María, bajo el cual se acogen justos y pecadores? Así bajo el cielo, en la noche, las almas. Y la caricia tibia de aquellas alas o de aquel manto, duerme nuestra inquietud como el calor del regazo de madre al chiquillo desasosegado... Cierto que todo amor es como acogimiento de madre, y por eso, al sentirnos amados, nos sentimos niños... y por eso acaso gustamos a veces de hacer sufrir un poco a aquellos que nos aman: ¡malicia de rapaz, que muerde el pecho que le está amamantando!

¿Dónde estamos con toda esta desatinada palabrería? Hablar de flores es comprometido, pues que de ellas se salta a las estrellas, y cielo arriba, ¿quién responde de no perder un poco el seso? Volvamos a la tierra en busca de nuestros arrayanes. Creo que por la

culta Europa, en las patrias que no tienen la suerte de conservar ardiendo en la ortodoxa sangre algo de la infiel lava moruna, a los arrayanes les llaman mirtos, y hasta creo que la docta Alemania los tiene por emblema del candor virginal. En nuestra Granada son el laberinto y como el emblema del más antropófago amor. Porque al atardecer, cuando el aire se queda muy quieto y el sol se está poniendo frente a la Sierra, regando toda la campiña en oro líquido; cuando lejos, inevitablemente, se oyen voces de niños, y cerca sonidos de fuentes, los arrayanes abren su pebetero y despiden un acre perfume, que parece a un tiempo refrigerio y sed, caricia y deseo, frío y hoguera, un perfume que se entra por la boca, que es sólido y se va disolviendo en los labios, bajo el paladar, sobre la lengua, en extraña fusión, en amargura y aspereza, en inquietud, y es imposible no arrancar una de aquellas hojas menudas y ariscas, y dejar de morderla, y no sentir ansia de una fuente viva que no sea de agua, como las de la tierra, sino de aquel licor maravilloso que, al leer de niños la historia del pueblo de Dios, soñábamos o evocábamos ante las misteriosas palabras: «había doce fuentes y sesenta palmeras...» Que toda es menester para apagar la hoguera que nos ha prendido en el corazón, entrando por los labios, el acre aroma de los arrayanes.

A mediodía, cuando suelen estar cubiertos de polvo, parece que de ellos se desprende ardor de calentura; son las masas unánimes y verdes como carnes atormentadas; piden el agua al cielo con más elocuencia

que las mismas grietas de la tierra, y en su hosca dureza de resignación, tan resistente, tan inmutable, hay como una tremenda rebeldía. (Ya se sabe que los más negramente rebeldes son los fuertes, que saben callar.) Pero, cuando al atardecer ha venido el jardinero — ya que el cielo no quiso escucharlos —, y ha desatado sobre ellos la gracia aristocrática del surtidor o la humilde limosna de la regadera, también callando, porque ni en la alegría son gárrulos estos taciturnos amigos, saben agradecer, aterciopelándose y dejando escapar ese aroma vivo y trastornador de que estamos diciendo. Así hay, entre surtidores y arrayanes, una cordial complicidad y compenetración: llaman los arrayanes a las fuentes para, en las alas de su frescura, mandar al aire aromas; gustan los surtidores de destrenzarse sobre los arrayanes, porque la pompa geométrica de las verdes arquitecturas es un buen marco para la locura, también acompasada, del agua, que al salir del surtidor, hasta libre está presa. Y la gran fiesta de unos y otros es cuando sopla acaso un poco de viento, y amparada por él puede el agua romper la palma imaginada por el artífice, y deshacerse en lluvia loca sobre el laberinto, y entonces sí que los arrayanes se esponjan y estremecen para recibir la caricia. Yo, que os hablo, los he visto temblar; yo, sí, a los arrayanes inmutables, en el Generalife, por esto, porque un poco de viento destrenzó la palma de un surtidor, y el agua, desatinadamente, caía sobre ellos, y los lavaba, y los envolvía, y los penetraba, y los vestía. Temblaban y

abrían el plano, al parecer impenetrable, de su recortada superficie, y, acogollándose las duras hojuelas, dejaban huecos como de cien bocas, y el agua resbalaba despacio e iba a bañar la ramazón obscura y complicada, los tallos duros, la insensible armazón, el esqueleto del laberinto. ¡Temblaban! Así tiemblan los fuertes a la caricia, así brotan las lágrimas de los insensibles, al halago de la suavidad que les llega. ¡Temblaban de amor! Y este amor de arrayanes y fuentes, que está en Granada, inmutable y antiguo, es uno de sus más turbadores misterios; tanto que la voz de las fuentes no deja de cantarle, y de noche, cuando todo ruido de vida humana y exterior se ha apagado en el fortificado recinto, se oye el rumor incansable del cuento de este amor. La primera noche que duerme en la Alhambra, piensa el viajero, al oirle, que está lloviendo, porque no suena el agua a agua que corre, sino a agua que cae, y es que, aunque corre por los canalillos, va diciendo la gloria de su lluvia sobre los arrayanes, y los arrayanes, que la sienten correr por el pie, sueñan el gozo de sentirla sobre su cabeza, porque el amor se cansa a días de adoraciones, y clama por caricias...



EL CORAZÓN QUE DUERME BAJO EL AGUA



EL CORAZÓN QUE DUERME BAJO EL AGUA



EL PATIO DE LOS ARRAYANES

FELICIDAD, Bendición, Prosperidad, Salud eternal...» Puesto que hemos entrado en la Alhambra, sea con nosotros la gracia de esta generosa salutación. El soñador que imaginó la gracia de este patio, puso en sus muros una leyenda toda de bienvenida. Para nosotros, ignorantes de la lengua árabe, las letras de la salutación son simplemente trazos ornamentales, maraña de líneas armoniosas, que hacen bien a los ojos y dejan en paz al intelecto; mas como el espíritu de una palabra no se pierde, aunque desaparezca y muera el único intelecto capaz de comprenderla, la bienvenida, escapándose de la leyenda mural, perfuma el aire, y quienquiera que entra en este patio se siente bienvenido.

Sin embargo, este patio, primero que se encuentra,

tiene una extraña combinación emocional, una impresión de cosa a un tiempo pública y recóndita. El cielo azul — que es de todos, al menos para la contemplación — está como apoyado sobre los altos muros; el agua de la alberca le refleja en verdosa placidez; los arrayanes hacen al agua un marco de quietud. Hay dos tazas de mármol a las dos cabeceras del estanque; dícese que los surtidores saltan a gran altura; yo nunca los he visto saltar. Así, el agua de la alberca, que debiera inquietarse con su lluvia, ha estado frente a mí siempre serena y quieta, cercada por su verde prisión de mirtos, como un espejo mágico, como una gran losa de lágrimas, cuajadas, por milagro de alquimia o de nigromancia, para cubrir dignamente el sepulcro en que esté haciéndose polvo algún inmenso y atormentado corazón. Es una locura, ciertamente, una desatinada locura; pero es imposible mirar esta quietud de agua sin pensar que, bajo ella, se inquieta, en agonía interminable, algo que no puede vivir ni acabar de morirse. Los peces, como rojos puñales, van hendiendo aquel agua, que seguramente no es líquida; sus idas y venidas atormentan, como ideas informes que se agitasen en un cerebro fatigado, impidiendo en él, aun en la hora del sueño, la cristalización ansiada del reposo... Quisiéramos dejar de mirar, alzar la vista desde el agua verde a la serenidad del cielo azul; pero hay una fascinación dolorosa: la paz nos llama; la inquietud nos retiene; la hospitalaria leyenda de los muros sigue dando al aire el aroma de su bienvenida; el es-

píritu no la quiere oir; la maraña de la tracería está convidando al intelecto a perderse, a fraccionarse, a disiparse en ella — ¡oh, bienaventuranza! —; pero el intelecto se obstina en seguir esta otra maraña invisible, en que los peces rojos, como husos de fuego, van llevando en la alberca los hilos de un encaje... ¡ay, de la vida y de la muerte! Las encajeras clavan sus alfileres despiadadamente para tejer la rosa, que es el centro; la concha, que es la orilla. Así, en el corazón que duerme bajo el agua, la inquietud fué clavando sus puntas de acero, y fueron muchas, incontables acaso, y acaso floreció una rosa negra, y acaso se cuajó el nácar de una concha, y hubo una estrofa o una tragedia...

Sobre todo ello sigue reinando en paz el cielo. Bien vale, al fin, la pena de mirarle. Mirando el cielo azul, se comprende lo inevitable que es, en todo mundo que esté bajo él, la ofrenda del incienso. La paz azul del cielo llama al penacho de humo con tan imperiosa atracción como el amor al hijo. Una tarde de Octubre en los jardines de Aranjuez, una mañana de Febrero en los jardines del Retiro, en Madrid, estaba el cielo de este azul de Granada, y estaban quemándose montones de hojas secas, y los ojos que veían subir el humo, no querían creer que fuese obra consciente e indiferente de hombres el haber encendido aquellas hogueras; porque tan perfecta y tan necesaria era la relación entre la paz de lo alto, cayendo en quieta luz sobre la tierra, y el doloroso desasosiego de la tierra, subiendo en humo al cielo, que el fuego se trocaba en fuerza natu-

ral, en hecho inevitable, en alarido lento, entrañable y profundo... no sé... En esta mañana de la Alhambra está faltando un ara que mande una queja — imprecación o deprecación — a la serenidad inmutable del Destino: por eso es más intenso y más amargo y más cruel el dolor que parece dormir bajo el agua.

Este patio tiene galerías a modo de claustro: dos arcadas se perfilan con gracia en los dos frentes, correspondientes y distintas en la perfección de su elegancia, como una pregunta y una respuesta. De discreción a discreción, la una tiene en su fondo una puerta cerrada; la frontera tiene esa misma puerta de par en par; han desaparecido las bien labradas hojas que un tiempo la cerraron, y de ella sólo quedan los quicios. Y así — respuesta a la pregunta, solución al enigma de su callada hermana — conduce ésta a través de la Sala de la Barca, que bien puede llamarse introducción a un cielo, al prodigio del Salón de Comares: el que tiene en la bóveda todas las estrellas de una noche de Agosto. Y como si se hubiese querido, en el plan de toda esta maravilla, preparar salida y reposo en belleza natural a los ojos borrachos y al intelecto, loco por obra de tanto incomparable artificio, frente a la puerta que pregunta y a la que responde, en total perfección de perspectiva, ábrese un ajimez sobre la gracia del campo granadino. Y la áspera pendiente sobre el Darro, de lejos, como que le estuviera diciendo al corazón: ¡Ven a mí, fatigado de destrenzar tus propios laberintos, que en mí está la verdad!

Y es cierto que en ninguna parte como en Granada triunfa tan absolutamente la hermosura natural sobre la belleza compuesta por humano artificio. Y el triunfo es soberano y único, porque triunfa sobre la soberana perfección. Sucede que vamos viajeros por bosques y montañas, o sobre la dulzura de los lagos o a orillas de la mar, y aun cuando nos sentimos penetrados por su virtud saludable y santificante, se nos ocurre dudar, a veces, si nuestro espíritu, al cabo hijo de nuestro siglo, y traído a la vida en estas horas de civilización refinada, no tiene su hogar verdadero en el centro de la perfección artificial, y si la belleza de ciudades suntuosas y jardines compuestos en sabias perspectivas para fondo de prodigiosas esculturas y arquitecturas, no habría de conmovernos más hondamente y de aplacar más seguramente nuestra sed de belleza: naturalmente, en este nuestro escrúpulo, la belleza urbana — amparada en su prestigio de ausente — tiene para nosotros fascinaciones que se nos antojan invencibles; por ventura llegamos a pensar que su contemplación y goce son absolutamente necesarios al funcionamiento normal de nuestras actividades intelectuales, y reconociendo lo inevitablemente morboso de nuestra producción, reclamamos para ella el acicate de esta belleza hecha de tormento — ese otro nombre del esfuerzo consciente —. Aquí, en Granada, aprendemos la verdad. Aquí está la maravilla del humano artificio; aquí el palacio en que una ciencia segura de sí misma se ha dado el goce soberano de ha-

cerse la insensata; aquí el laberinto, la maraña, el florecimiento, el panal con todo su rumoroso enjambre de abejas; aquí el surtir del agua poemáticamente dispuesto para voz del silencio; aquí la voluptuosidad de la estancia recóndita y fresca bajo el cielo de fuego; aquí el verso tendido por los muros en grandes letras ornamentales para que por los ojos, casi inconscientemente, reciba el corazón su alimento; aquí la gracia de las columnas y el atrevimiento de los frágiles arcos; aquí el diamante de cien mil facetas con todo el iris dentro; aquí el inesperado jardín engastado como una esmeralda en el corazón mismo del laberinto; aquí la fuente que habla, no sólo por el agua, sino por el labrado mármol de su taza, y dice su elogio y el de su señor... Y en medio de todo ello, y a pesar de todo ello, y aprisionado como está el ánimo en esta red de maravilla, los ojos ansiosos, a cada vuelta escapan por la abertura de un ajimez, y se van a posar y a apacentar en la aplacante lozanía de la vega. Y si un minuto gustan el inquieto placer de la artificialidad, horas enteras, y aun toda una vida, quisieran dejar que pasase en coloquio con la hermosura natural que generosamente se les ofrece. Desde estos ajimeces, desde lo alto de las torres, desde la reja abierta en el muro de aquel otro jardín, desde aquel mirador, el alma se olvida del tesoro para gustar la vida ansiosamente.

El viajero ha venido a Granada soñando con la Alhambra; ha visto la Alhambra con admiración, glo-

tonamente, apresuradamente, prometiéndose, luego de la primera visita, volver a diario a contemplar con lentitud la prolija labor de aquellos muros, el gracioso enredo de aquellas perspectivas, y es cierto que ha vuelto, todas o casi todas las mañanas; pero hoy se asomó al mirador de Lindaraja, y apoyando la cabeza en el quicio, echó a navegar la fantasía por el cielo azul, y cuando tomó tierra en sus navegaciones era hora de salir del palacio. Y mañana se sentó en la reja del jardín, y colgó el huso de su contemplación a las ramas de los álamos parlanchines que están en la vertiente sobre el río: y tanto hiló de rama en rama, que hubo de marcharse también olvidado de la tracería... y pensó con resquemor de remordimiento: — ¡Volveré a la tarde!; pero a la tarde se perdió entre los olivares, camino del camposanto; la tierra estaba roja, las ramas de los árboles eran de plata; había un silencio prodigioso; cuando quiso volver a la posada, ya estaba en el cielo la luna. Al otro día, a la hora del café, sentado en la terraza, alzó los ojos a la sierra: ¡nunca lo hubiera hecho! La cumbre estaba de un claro azul; la vertiente de un azul intenso, y pudiera decirse milagroso: tenía una atracción de ojos de mujer muy querida; era imposible, con todo el remordimiento del mundo, dejarla de mirar, y más cuando a medida que fué cayendo el sol, el azul se fué perdiendo y sonrosando en inesperada transfiguración, y más tarde, del coralino rojo pasó al violeta ensoñador y vivo, porque entonces la sierra adquirió una generosidad que casi

la convirtió — sin mitologías — en ser humano: el violeta, como una fuerza viva, comenzó a vibrar, y desprendiéndose de la montaña, se difundió en el aire y le coloreó sutilmente, no ya envolviéndole, sino compenetrándole como un rocío, como una transfusión, si así puede decirse, espiritual...

La Alhambra, entretanto, aguarda al viajero; el viajero siente confusamente que la emoción que ha de darle el palacio es siempre la misma, puesto que obra de artífice o de artista, después de todo, ha inmovilizado un instante de vida, y en cambio la Naturaleza va viviendo con él y le tiene ofrecidas en cada momento emociones y palpitaciones actuales que no han de repetirse — nunca pasa dos veces la misma gota de agua por el mismo río —, y el corazón es de carne — tanto vale decir de tierra —, y se inclina del lado de la tierra... y el palacio árabe sigue aguardando.



A LA SOMBRA DEL CIELO



EN EL SALÓN DE COMARES

UN cuadrado perfecto. Mármoles para el suelo. Para techo una bóveda que copia la celeste en noche estrellada, merced a inverosímil artificio de maderas labradas e incrustadas. Entrando de la sala de la Barca, una puerta en arco con su corona de estalactitas oro y azul. Guardianes de misterio de esta puerta, dos nichos de menuda, minuciosa y prolija labor: sabemos que en ellos se ponían las vasijas con agua, tesoro de esta raza, que aún tiene en los labios el fuego de la sed de Ismael. Por esta sed de siglos brotan poemas como surtidores, dondequiera que el agua se encuentra o se presiente, y así en estos dos nichos la decoración dice, agradecida y exaltadamente:

«¡Alabanza a Dios! Yo sobrepujo en hermosura a los seres dotados de belleza, por mis joyas y mi diadema, y los luceros descendieron a mí desde la elevación de

su morada. El vaso lleno de agua que hay en mí es como un alma fiel que en la quibla del templo está absorta en su Dios. Pasarán los tiempos, mas mi generosidad continuará dando alivio al que tiene sed, y refrigerio al indigente. Por mí pasa la liberalidad caudalosa de mi señor Abul Hachach. Jamás se extinguen en mí sus resplandores; pues su luz refulge aun en las tinieblas de la noche.»

«Los dedos de mi artífice tallaron sutilmente mis labores, luego que hubieron ordenado las piedras de mi corona. Asemejome al solio de una esposa, mas le soy superior; pues, contengo en mí la felicidad de las desposadas. A quienquiera que venga a mí sediento, le conduciré a lugar donde halle agua limpia, fresca, dulce y sin mezcla. Pues yo soy a modo de arco iris cuando aparece, y el sol es mi señor Abul Hachach. Perduren sus bondades tanto tiempo cuanto la casa del Excelso continúe otorgando el favor de la peregrinación.»

En cada uno de los tres restantes lados del cuadrado hay tres ventanas como tres anhelos, que rompiendo la cárcel de la simetría, han salido al campo, o por la generosidad de ofrecerse o por el ansia de saber. Cada ventana de éstas es como una estancia pequeña, pero perfecta y acabada en un todo, como un palacio. Bien se ve que en cada una de ellas hay espacio para una total felicidad. Ocho piden el amparo de Alah: «La protección, el socorro divino y una fulgurante victoria para nuestro señor Abul Hachach, Emir de los muslimes. Aumente su poder Alah y haga gloriosas sus victorias».

La novena, digamos la primera, puesto que está en el centro, olvida la deprecación, forma primitiva y aun levemente impura de la oración, para elevarse hasta las cumbres de la más exaltada alabanza, y dice:

«Mañana y tarde se elevan hasta ti, desde mí, palabras de prosperidad, de bendición y de alabanza.»

«Hijas somos todas de esta arrogante cúpula, mas entre ellas soy yo la más gloriosa.»

«Estoy en el centro mismo del alcázar, como un corazón. Y en el corazón está la virtud del alma.»

«Hermanas mías menores son todas las estrellas de este cielo, mas el sol derrama sobre mí el beneficio de su luz.»

«Mi dueño, a quien Alah guarda siempre bajo su amparo, me ha vestido como a ninguna con vestiduras de precio.»

«Y ha puesto en mí su trono. Manténgale en él y jamás le humille Aquel que tiene el suyo en las moradas eternas.»

Bajo la cúpula de maderas que cubre la sala está la mística alabanza de El Reino, que hace el Libro en la sura 63. Así toda la estancia está como empapada y hechizada en el rocío de sutiles y exaltados conceptos, y el espíritu que al penetrar en ella se disponía, acaso por virtud de efectistas y cromadas lecturas, a evocaciones de voluptuosidad oriental, se repliega en sí mismo, enroscándose como concha de caracol marino, y oye sonar profundamente voces que le hablan de intimidad con lo absoluto. Ya la estrellada bóveda, con

el profundo azul que fingen sus maderas negras, no le parece cielo de verano sobre jardín de harem, cobijador propicio de exaltaciones sensuales, sino cielo de noche de Tebaida, página extensa y limpia para el exaltado poema de la contemplación del solitario, que vive alimentando el cuerpo con un poco de miel y un puñado de hierbas, y que bebe el agua como los fuertes en el hueco de la mano, inclinándose apenas sobre el arroyo... O imagina que este azul y oro de las estalactitas es aquel mismo azul con doradas estrellas que los magos caldeos escudriñaban desde las altas torres en espiral — como la de Babel, que está en los cromos de la Historia Sagrada —, para aprender secretos de evolución de mundos. O aquel que apaciguó las noches nómadas de Abraham y fué palio de serenidad en sus pláticas con Melquisedec sobre la ofrenda del pan y el vino y el misterio inefable de llamamiento o vocación divina.

Y así, cada una de estas nueve pequeñitas estancias, reposorios o miradores, son como tiendas sembradas en la noche sobre una pradera, y entre ellas se están apacentando los corderos, y está el pastor, que es también el profeta, mirando las estrellas, y el perro vigila, y las mujeres y los niños duermen, todo en maravilloso silencio. Sobre el brocal del pozo está el cántaro, y en la tienda, arropada en la artesa, fermenta lentamente la masa del pan que ha de cocerse a la mañana. Todo es calma bajo aquel cielo de sereno azul, y la meditación del hombre que vela mirando a

lo alto, le enciende los ojos, que parecen hermanos de las estrellas; de cierto, entre unos y otras se cruzan esos hilos de diamante que no se sabe bien si son luz o música. — *Com vos sento sonar en mes orelles, armoniques estrelles...* — ha dicho el poeta de nuestros tiempos más digno de mirar al cielo cara a cara.

Del coloquio salen sin palabras sentencias de infinito. El hombre que vela anduvo todo el día sin reposo guiando a sus rebaños y a sus gentes; de sus labios brotaron mandamientos y ordenaciones; sus manos se alzaron para el castigo y para la caricia, pasaron sobre el lomo del perro y sobre la morena cabeza del hijo; una hora, apretaron contra su corazón el cuerpo de la esposa, mientras sus labios buscaron el panal y la leche de su boca. Ahora todo eso calla, y del aliento de todo lo que en torno suyo duerme, parece formarse para el hombre que vela un gran latido de corazón — no sabe si es del suyo o el de la tierra misma —, y le envuelve una onda de exaltado orgullo, y a un tiempo de gloriosa humildad; parécele que tiene en sus manos, como una lámpara, el alma de todos los suyos, y que es el sacrificador, y el pontífice, y que su oración es como haz de espigas en que estuviese unida toda la sangre de los suyos y la substancia de su propia casa, y siente que triturando el grano entre las piedras podría amasar un pan digno de ofrendarse por hostia a la Deidad oculta. Mas le vienen lágrimas a los ojos, y tiembla como niño al sentirse en presencia de esa misma Deidad, que sabe de él lo que él mismo ignora.

Y angustiado, atormentado por el deseo de esa verdad que desconoce, de ese sentido de su propia vida que le es impenetrable, clama por la muerte, por la transfiguración, por la transmutación de su substancia en la infinita esencia que le ha de revelar el porqué de esto que ahora le abruma y no comprende... Entonces, de la tienda central sale un gemido; el hombre se levanta y se acerca: es la esposa que, sin despertar, da de mamar al hijo, y el hijo acaso le ha mordido el pecho, y ella en el sueño ha sentido el dolor. El hombre se inclina, como una Providencia, y apartando del pecho de la madre la boca del rapaz, besa la diminuta herida. Y el pecho está caliente y húmedo aún. Y el hombre, que hace un momento quería morir, siente la suavidad entrañable de la vida, y llora abundante, caudalosamente, como si liquidándosele el corazón le saliese hecho fuente por los ojos. Y sus lágrimas, resbalando sobre el pecho de la mujer dormida, caen en la boca del rapaz, que ya empezaba a refunfuñar porque le arrebataran la golosina, y el rapaz las bebe golosamente como si fueran la leche de la madre...

Y así amanece, y despierta la vida, y vuelven a agitarse los rebaños, y el cántaro sube y baja al pozo, chirriando agriamente la soga en la polea, y se enciende el horno y se cuece el pan...

Ahora es mediodía. El mirador central está dorado a sol; acaricia la luz, entibiándolos, los mármoles del pavimento; con la refulgencia del aire exterior la pompa de la bóveda se ha empalidecido. Entran turistas dis-

cutiendo la fecha de la restauración de estos azulejos: dicen que estos balcones fueron en otro tiempo celosías, que en las ventanas hubo vidrios de colores, que un incendio destruyó la labor primitiva... ¿Dónde estamos?... El viajero vuelve de su patriarcal divagación, y abandona los matinales campos de Oriente. Las voces de los que entran y salen, con la resonancia del salón inmenso, le suenan a profanación, y por la ventana primera a la mano derecha, hecha pasadizo, vase hacia el Peinador de la Reina, en busca de la soledad que acaba de perdérsele.



SOBRE EL AMOR DE LOS HÉROES



EN EL PEINADOR DE LA REINA

CARLOS V el Emperador tuvo — se cuenta — especial afición a Granada. Dicen que el grande amor de su corazón de hombre fué para Gante, la ciudad en que nació. Yo no sé en qué pudiera consolarle la luminosa vega granadina de la ausencia de los canales y las brumas de tierra flamenca; pero ello es que quiso edificarse aquí un palacio, y que gastó dineros en piedras que iniciarán una pomposa arquitectura, mole a la romana, con robustas columnas y macizos muros. Parece este comienzo de palacio, que la pobreza y la tacañería de los Reyes de España, sus sucesores, no ha logrado aún llevar a término feliz, un desafío a la frágil maravilla que los árabes dejaron cincelada sobre el monte. Opónense fuerza a ligereza, resistencia a fragilidad; mas la fuerza, gastándose a sí misma, no ha logrado acabar la obra de su orgullo, y la gracia, rea-

lizándose en toda levedad, aún sonríe, ya un poco decrépita, pero feliz en sus memorias de juventud, al triste destino de esta ruina soberbia que, como no ha vivido, no tiene el privilegio de repasar recuerdos. Es extraño: unos muros con peso de siglos sobre las piedras, que sienten ya el deseo de derrumbarse, y que no han cobijado ningún anhelo de hombre, ninguna melancolía de mujer...

Mas para memoria de melancolías femeninas, aquí está el Peinador de la Reina. La Reina es la esposa de este mismo Carlos I de España y V de Alemania, el guerrero afortunado que tuvo por bandera la sombra de las alas de la Victoria. Entrase al Peinador, desde la Sala de Comares, por un corredor o galería de arcos que da sobre el bosque: el Peinador está sobre una torre y es un saloncito rodeado también de galería de arcos. El pavimento es una perforada losa de mármol, por donde pudieran llegar hasta la estancia los perfumes que se quemaran en la chimenea de la estancia inferior. El techo, un primoroso artesonado árabe, sin duda cubierta primitiva de la torre. Por las paredes hay pintada, en inhábiles frescos, la expedición a Túnez del Emperador, y unas cuantas mitologías, más las sartas grutescas de flores, frutas y conchas marinas. Dícese que en tiempos tuvieron galería y mirador cristales y dorados, y afirma seriamente una guía que este diminuto primor de arquitectura es gallarda muestra del buen gusto artístico de Carlos V y de su galante afecto hacia la malograda Emperatriz Isabel.

Las muestras de galante afecto de los héroes, supongo yo que han de hacer meditar con cierta melodiosa ironía a unas cuantas mujeres de buen corazón. A mí, hombre, no hay en el mundo destino, entre los tristes, que me cause más conmiseración que el de «mujer del héroe»: tanto es así, que tengo pensada una tragedia a la moderna, cuya protagonista, por el solo hecho de tener marido demasiado célebre, dejará tamañita en desventura a la «Bruta» de mi ilustre adversario (en concepción de arte) D. Felipe Trigo.

Porque los héroes, lectoras mías, son en la escala de seres que pueden servirnos de distracción, solaz y regocijo, los más dañinos e insoportables. En primer lugar, no saben hablar más que de sí mismos, y a un hombre no puede una mujer perdonarle el tedio del auto-relato sino cuando es auto-análisis y está hablando de amor; entonces, sí: toda disquisición es poca y todo aquilatamiento golosina. Pero no esperéis tales mieles en la boca del león que venimos estudiando. El héroe, al hablar de sí mismo, cuenta sus hazañas, y cuando ha terminado la lista de los triunfos, empieza con la de las aspiraciones. ¡Dios os libre de los «ideales» de un hombre, dulces enamoradas que me seguís leyendo!

El héroe no está casi nunca en su casa: esto, que al principio pudiera parecer una ventaja, y que acaso lo fuese si el buen señor emplease la ausencia en pasear, en trabajar en la oficina, en despachar madejas en la tienda o en vigilar desinteresadamente el adelanto de

los trabajos en la vía pública, es sencillamente terrible, porque el héroe ausente pasa el tiempo «luchando», y sabido es de qué extraños artículos se compone el código del luchador, y qué nefandos privilegios le concede la ley social, como compensación necesaria a sus trabajos.

En el campo de la guerra, en el del arte, en el de la alta política, en el de la medicina trascendental, en el de la profunda filosofía, es frecuente que la debilidad nerviosa engendre el vértigo: la moral de los valles se mira con desdén en las cumbres... y suele acaecer que, cuando el héroe vuelve a su casa, rendido a luchas y compensaciones, trae a los dulces brazos de la esposa una tendencia al amor platónico y al respeto conyugal, que asustan. La esposa se desvela, y el héroe ronca.

— Pero la gloria — diréis — tiene sus encantos.

¡La gloria! Basta haber respirado una vez el incienso de cerca, para saber que es humo, y que tiene en el fondo un saborcillo acre que desvirtúa casi por completo la gracia de su aroma; para respirarle sin que escuezan los ojos y un poco la garganta, es preciso estar lejos del incensario: entonces sí que es grato el aroma y graciosa la nube que va subiendo; pero en todos los altares, los dorados del retablo se empañan y el rostro de los santos se ennegrece. De esta vanidad de la gloria se percata, á muy poco de gozarla, el héroe mismo, si por ventura no es rematadamente idiota — el caso no es raro, lectoras dulcísimas —. Y si hasta el incen-

sado se entera, ¿no ha de enterarse su mujer, ser práctico, frío, clarividente, instintiva y serenamente justipreciador del valor positivo de los hechos, y del absoluto significado de las palabras? La mujer del héroe sabe a qué atenerse casi siempre respecto del valor esencial del homenaje que a su amado tributan las entusiastas turbas: sonríe, al parecer con regocijo, como si dijéramos «en función de entusiasmo», porque también comprende la utilidad que puede resultar de la comedia; pero en el fondo, todo el clamor y todo el laurel la dejan perfectamente fría. A momentos desdeña levemente a su marido, si advierte que se deja deslumbrar; otros se siente madre frente a él, y agradece a la vida la golosina que le ha puesto en los labios. No es poca suerte esta de que casi todas las mujeres, por la misericordia del instinto maternal en ellas eternamente desvelado, puedan sonreir con suavidad casi siempre que un hombre se les duerme en los brazos inoportunamente...

Quedamos en que es triste, de todos modos, compartir el destino de los hombres-águilas: a fuerza de mirar al sol, suelen andar un tanto deslumbrados por la sencilla visión de la vida, y viéndola ellos turbia, caen en la consoladora aberración de «incomprendidos»; así los niños, tapándose los ojos, tienen la pretensión de que no los ve nadie.

La hermosa Emperatriz Isabel debió sufrir como ninguna el mal de amarga melancolía que nace a la sombra de los laureles: el lecho solitario y la mesa vacía

le dieron largamente su lección de inquietud y de tedio. Con el reino partido, y siempre en guerra, el Emperador no volvía nunca. El Tajo sabe de sus desolaciones, y este Peinador la ha visto inmóvil, dejándose adornar y sahumar como un ídolo para la mirada fría de las turbas. Acaso a días ha sonreído a su propia imagen en la luna de plata del espejito, y su belleza la ha consolado un poco de su soledad. Cuentan chismes de Corte que era la Emperatriz por demás caprichosa en el comer, y no quería sentarse a la mesa con hora y ceremonia oficial, sino que, como chiquillo, se alimentaba de frutas y dulces, comidos a deshora con sus damas: ¡oh triste, oh graciosa, oh dulcísima, oh acaso enamorada prisionera de toda una grandeza imperial! Bajo estos dorados, entre estos cristales y estos frescos, «muestra del afecto galante» de un galán que no llega, ¿qué soñaste, dejándote pulir las uñas de las manos doloridas por el peso del cetro? ¿Acaso un pensamiento de misericordia fué para el desdichado que tanto te amó? En algunas horas de las tediosas, de las amargas, ¿sentiste deseo de saber a qué sabe la pasión, sospechando o sabiendo la de Lombay, desesperado? Y al deshacer las trenzas de tu cabello rubio, ¿no anhelaste una noche manos de amante para enredarlas?

Porque los héroes, apasionantes amigas mías, tienen este otro tremendo inconveniente: es muy difícil serles siquiera levemente infiel. La esposa está moralmente obligada a sentirse «la mujer más feliz de la tierra», y cada triunfo de él es como un eslabón que la

ata más y más inexorablemente al carro de su triunfo. Además, los enamorados de las heroínas consortes son casi siempre tímidos y desesperadamente leales: el héroe, que no suele ignorar su pasión, deposita oficialmente en ellos toda su confianza, y ¡adiós las ocasiones! Dígalo este de quien venimos hablando, que logró el triste privilegio de custodiar, campos de la Mancha adelante, a la muerta que fué todo su amor. Verdad es que tantas resignaciones, cuajando en fruto de santidad, le sirvieron para ganar el cielo. A esa costa bien vale la pena de resignarse. Mas dice un amador de estos tiempos, a quien con los altos ejemplos de Lombay y Petrarca aconseja una dama, que lo es de sus pensamientos, análoga resignación: «¡Señora mía; ellos creyeron dar mucho por lo absoluto, penas de aquí por glorias de lo alto, espinas presentes por rosas futuras; felices ellos, aunque acaso engañados; mas, ¿cómo queréis vos que yo renuncie a la rosa encendida de esos labios, que además se mueren de ganas de ofrecerse, si mis padres, maestros de moral, pusieron en mis manos, apenas supe deletrear, las fábulas morales de Samaniego, y en ellas hube de aprender de memoria este profundo dístico?:

¡No anheles, impaciente, el bien futuro!
¡Mira que ni el presente está seguro!



LA FLOR DE LA MARAVILLA



EN EL MIRADOR DE LIDARAJA

En la mañana limpia, lavada y azul, el ajimez festoneado es como engaste para un zafiro; el parteluz intensifica la tersura cerúlea del aire. En el jardín hay un hondo silencio. La fuente y el ciprés son como dos almas que meditasen y se comprendiesen por milagrosa compenetración de amor, sin haber menester ningún vano artificio de palabras. A instantes, el ciprés mueve la copa levemente inquieto, porque siente llegar hasta él un rumor que también le suena a meditaciones, y se asombra de que los hombres, seres tan orgullosos y pagados de superioridad sobre la Naturaleza toda, se encuentren aún sujetos a la necesidad dolorosa y engañosa de la palabra.

En el ajimez hablan, en efecto, Maud y Carmela. Maud tiene veinticinco años, y los ojos azules: ha nacido en Londres. Ha aprendido español por leer en su

lengua a Santa Teresa, pero cree en sí misma mucho más que en Dios. Carmela tiene otros veinticinco, los ojos casi negros, y sabe latín. A puro razonable, desconfía de su propia razón, y sonríe ante la seguridad — a ella se le antoja candor — con que la inglesa afirma el pleno señorío de su voluntad sobre las contingencias de la vida interior.

Porque — dice Maud — esta admirable arquitectura, esta joya, que es como un panal labrado en oro y en azul y en rojo, hecha vivienda para el ensueño y la voluptuosidad de un hombre, acaso soñador y seguramente batallador, a mí, como mujer, me produce rencor y amargura. Mirando este ajimez, hoy sin celosías, no me puedo olvidar de que un día las tuvo y sirvió de prisión — maravillosa, pero infranqueable — a mujeres que, como yo, como tú, sintieron en sí mismas la afirmación de su personalidad, con todo derecho a vida independiente, a libertad absoluta, a florecimiento en perfección de cada una de sus facultades, a fructificación en actos de todos sus instintos, a vida plena y suya en una palabra. ¿En qué piensas tú, tan callada y tan seria?

— Apenas pensaba — respondió Carmela —. Estaba recordando casi sin querer; mejor dicho, me estaba perfumando la memoria el verso de Teresa de Jesús, a quien tú tanto admiras: «Vivo sin vivir en mí». Y en el silencio de esta estancia, en el claro misterio de este palacio, en su aire de prisión que a ti te indigna, creo que le comprendo mejor que nunca. Vivo sin vivir en

mí... ¿No te parece la afirmación suprema, la ley única de una completa vida de mujer?

— No entiendo demasiado tu idea.

— Porque apenas lo es. No es idea, no: es como un sentimiento, mejor aún como una inquietud, anunciadora o precursora de una gran verdad. Llamémosle, orgullosamente, profecía... Yo creo que todas las mujeres la hemos oído anunciarse queda y emocionadamente en lo más hondo, no sé si del alma o de la carne, y el día grande de nuestra vida es aquel en que llegamos a saberla escuchar. Vivir, vivir; no hay vida que merezca nombre de tal, si no está fundida, deshecha, anegada, inefablemente perdida en otra...

— Ja, ja, ja! Bien dicen que España no es país de feministas. Aún está sobre esta tierra vuestra la sombra de la Media Luna. Habéis nacido esclavas, y necesitáis el yugo del hombre para atreveros a caminar sin miedo a los fantasmas de la noche o a los abrojos de la senda.

— ¡Eso crees! Mal sabes nuestra historia, tú, que la has aprendido en tantos libros sabios; mal has penetrado el espíritu de todas nuestras leyes, ¡las verdaderamente españolas! Ésta es la tierra, por excelencia, de las mujeres honradas; tanto vale decir de las mujeres que no le tienen miedo a la vida. ¿Has leído el discurso de Marcela sobre la sepultura del pastor Crisóstomo? Esa es una mujer de España, segura de sí misma. ¿Recuerdas las jornadas de Teresa por las carreteras, bajo el sol y la lluvia, luchando con la fiebre y la ma-

levolencia, invencible, soberana de persuasión, gloriosa de iluminación? Esa es una mujer de España. ¿No has oído hablar nunca, donde se habla de justicia y derecho, de Concepción Arenal, emperatriz en el valor supremo de decir con toda naturalidad las verdades amargas a los privilegiados de la suerte, hecha portavoz de los que apenas pueden hablar por sí mismos? Esa es una mujer de España.

— Ahora te entiendo menos que nunca. Hablas de renunciamiento como de la suprema obligación femenina...

— ¡No, como la suprema felicidad!

— Y luego ensalzas a las mujeres que han sido soberanas en actividad independiente y en fortaleza de voluntad. Permite que te diga, queridísima, que eso es, sencillamente, una paradoja.

— Como casi todas las verdades del mundo. Además, no lo es tanto como tú te figuras; fíjate — tú misma lo has dicho — en que estamos hablando de renunciamiento, lo cual no quiere decir nulidad, sino precisamente todo lo contrario. Para poder renunciar a algo ès necesario, de toda necesidad, haberlo poseído plenamente; las esperanzas fallidas no son renunciamientos, sino desengaños: lo más, lo más, fracasos. Yo quiero el uso de mi plena voluntad para tener el gusto de renunciar a ella; yo exijo el perfeccionamiento de todo mi ser para que valga casi infinitamente el don de mí misma; yo he buscado la verdad por los caminos ásperos de la independencia, y le he dado a la vida mi

propia interpretación, y pudiera tener, como tú, el orgullo de mi propio concepto, y le tendría si quisiera, y nadie vendría a disputármelo... y me moriría de pena; porque, créelo, créelo, la libertad en la soledad es un juguete de niños grandes, una muñeca llena de serrín, un goce solitario, morboso, triste sobre toda tristeza, y la única felicidad y el único sentido de la vida está en cerrar los ojos y apoyar la cabeza en un pecho que creamos más fuerte que el nuestro, y escuchar la vida a través de la interpretación de una inteligencia muy amada.

—Eso es injusto, injusto, injusto y humillante. Sí, humillante, porque los hombres, al cultivarse a sí mismos, al perfeccionar sus medios de acción, al prepararse para la vida, en una palabra, nunca trabajan sino para sí mismos; quiero decir que no tienen en cuenta a la mujer.

—Eso creen ellos. Pero no les demos nosotras el gusto de creerlo también.

—¿Qué dices?

—Lo mismo que antes: que la suprema felicidad para ellos, como para nosotras, está en darlo todo por nada. La ventaja que a ellos les llevamos está en que nosotras lo sabemos, y ellos no; y por eso que lo sabemos hemos sabido sacarle al don todas las ventajas y ellos nos lo agradecen, ¡infelices! ¿Qué hay en los planes de ambición de un hombre, en la ciencia que estudia, en la tierra que labra, en la riqueza que adquiere, en el poderío que logra, más que el ansia de darlo todo

ello a una mujer? ¿No se considera fraçasado y náufrago en la vida el hombre poderoso o célebre o riquísimo, si no ha logrado fundar una familia? ¿Y qué es una familia, sino una mujer? ¿Qué es el deber de los que le guardan, más que el amor a una mujer? ¿Qué es el pecado de los que le infringen, más que el amor a una mujer? Luego, si el hombre se afanó, fué por nosotras y para nosotras; bien podemos, sin humillación, perfeccionarnos y cultivarnos nosotras para él, sin desdoro y sin desigualdad.

— Yo quiero vivir por mí misma y para mí misma.

— Pues ya sabes a lo que renuncias.

— ¿Qué pensarían de todo esto Zoraya o Zaida o Daraxa, cualquiera de las indolentes prisioneras de este jardín y de este mirador?

— Nada, probablemente; aunque muchas mañanas, como esta de Abril, en pie, en esta ventana, apoyada la linda cabeza en este parteluz, mirando ese ciprés y esa fuente, que entonces reía con el agua de su surtidor, acaso sintieron confusamente algo de lo que estamos diciendo. No hay que pedirle peras al olmo, ni pensamientos atormentados a los siglos que estaban haciendo historia viva, para que le buscásemos sentidos trascendentales en estos otros en que ya estamos cansados de vivir. Zoraya era, sin duda, un lindo juguete que tenía caprichos; su amante era un tirano de buena presencia, que tenía flaquezas; de los caprichos de ella y las flaquezas de él se engendraba, sin duda, la fusión que entonces, como ahora, era la única fór-

mula de la felicidad. Ella vagaba por las maravillosas estancias de este palacio, tendiéndose de diván en diván, danzando sobre las frescas losas de mármol, sumergiendo el nácar vivo de los desnudos pies en la corriente de los canalillos, las manos en las pilas de las fuentes, y aplacando — o creyendo aplacar — esta inquietud indormible que unos siglos han llamado cordial y otros intelectual, y que es, sencillamente, la manifestación de la vida interna — como el latir del corazón o el tic-tac del reloj — con el goce de un perfume intenso, de una nueva fruta, de una tela nunca vista, de una joya extraña.

Hoy hemos cambiado el nombre a muchas cosas, hemos aprendido otras nuevas; pero la inquietud no la hemos podido dormir; viejos con todo el peso de los siglos pasados, ya los goces sencillos nos parecen pueriles, y buscamos, para aplacar el doloroso latido, otros más complicados, a los que hemos puesto por nombre ideales y deberes. Los hombres, a quienes la mayor fuerza física llevó más pronto a la agitación exterior, hace siglos que están agitándose por ellos y para ellos; a fuerza de agitarse han hecho esa obra, no sé si decirte prodigiosa o monstruosa, que llamamos civilización. Porque nos amaban bastante, sin comprendernos demasiado — nunca un hombre comprende del todo a una mujer, ni una mujer a un hombre —, habían hecho de nosotras el rincón de misterio, la celda aparte, el oasis de paz, la hora aplacante, el instante quieto, el agua dormida, la fuente sellada, el huerto escondi-

do; para las horas de cansancio, de tedio, de duda esencial, de amargura invencible, tenían nuestra contemplación y clamaban por la canción de cuna que había de dormirles bajo nuestras alas. El destino no era tan triste ni tan humillante como nuestra ignorancia le fingió; bastaba para enaltecerle hasta obra de dioses, haber puesto en él un poco de espíritu, mucha misericordia y todo el santo orgullo que nos hubiese dado la consciencia clara de nuestro valer. El mal estuvo en que no supimos comprender la misión, porque éramos ignorantes, desoladoramente ignorantes; hacíamos nuestro oficio de madres, de consoladoras y de inspiradoras, mecánicamente, sin amor, sin ansia de perfeccionamiento. La obra de arte fracasó; los hombres, que buscaban la paz en nuestro santuario, encontraron el tedio; clamaron por silencio lleno de alma, y se les dió palabrería vana o malhumorada; pidieron consuelo, y hallaron desoladora incomprensión. Entonces se acostumbraron a vivir entre ellos, y buscaron a la mujer sólo para las horas — que hemos dado en llamar vergonzosas, también por falta absoluta de espíritu — de la sensualidad. Y como la inquietud no se acallaba, por no sufrirla, decidieron negarla, y dijeron, riéndose, que la novelería y el romanticismo — así lo llaman ellos, de puro despecho, por lo inevitablemente que les hace sufrir — eran cosa exclusiva de mujeres.

Las mujeres hemos oído hablar a los hombres, y como en el comercio de ideas la única prueba del espíritu son las palabras, hemos creído que para ellos

la inquietud no existe, y hemos intentado apagar la nuestra con la misma fórmula que a ellos, al parecer, les ha dado tan buen resultado. ¡Seamos hombres!—hemos clamado—. Vivamos egoístamente como ellos; venga a nosotras toda la ciencia práctica del mundo; lancémonos al vértigo de la actividad; luchemos contra ellos por un puesto, por una misión oficial; pongamos precio de cobre a nuestro esfuerzo: deberes iguales, derechos iguales... Y así estamos, frente a frente, enemigos, o por lo menos, competidores, luchando todos, esforzándonos todos en un mismo sentido, poniendo en juego las mismas facultades y análogas actividades durante todo el dia, con lo cual, al final de la jornada, tan cansadas como ellos estaremos nosotras, cansadas triste y físicamente, desilusionadas, llenas de amargura; habremos salido camino al ideal, pero todas las piedras de la senda se nos habrán clavado en los pies, como a ellos, exactamente como a ellos; y al mirarnos unos a otros, sin esperanza de consuelo ninguno, o nos suicidaremos de desesperación, o clamaremos al cielo para que se sirva crear un ser nuevo y suave, que no sea ni hombre ni mujer — ya que hombres y mujeres nos habremos destrozado la vida —, un ser espiritual, refrigerante, consolador, maternal, pueril, a quien podamos llevar como ofrenda el fruto material de nuestro trabajo, y que en cambio nos dé la caricia, y el ánimo, y el arrullo, y la tibieza, y el plácido ¡Amén! y el ilusionado ¡Aleluya!

Afortunadamente, muchas mujeres que hemos apren-

dido latín y mecanografía y logaritmos, después de haber luchado una hora, como hombres, hemos escuchado el mandato de la felicidad, y estamos a la orilla del camino con los brazos abiertos. Para vencer la desconfianza de los hombres, hemos aprendido, como un arte supremo, la frivolidad; para recobrar el trono de espiritualidad perdido, nos hemos cultivado hasta el punto de hablarles en hexámetro cuando es preciso, y de consolarles con filosofías — entre verso y axioma cuidamos de poner una risa y un beso para borrar toda pedantería —, y los hombres van volviendo a mirar a la mujer con ojos maravillados y un poco incrédulos, y como ella ha cruzado las manos para conservarlas pulidas y suaves, le ponen todo el oro a los pies, y ella no se siente humillada al gozarlo, porque ¡bien ganado lo tiene! Así Zoraya y Zaida, sin darse cuenta de ello, fueron soberanas en belleza de los hombres que quisieron aprisionarlas en estas maravillosas redes policromas y laberínticas. Así, nosotras — con la inmensa ventaja de saberlo — podemos ser emperatrices de espiritualidad y amor en la vida moderna, y en nosotras se salvará la intelectualidad, y en nuestros ocios sobrevirá la especulación, y nuestro silencio será la garantía de la meditación, y la verdad, que no tiene tiempo de triunfar entre la agitación febril de los hombres, elegirá nuestra voz, suavemente imperiosa, para dejarse oir en la tierra. Y tendremos, para nuestro orgullo, todo el maravilloso universo del arte, el verdadero, el que puede llegar a ser perfecto, porque no ne-

cesita prostituirse para comprar pan... y hasta puede que de nuestro optimismo misericordioso brote una sinceramente optimista filosofía. Y nuestros hijos vendrán al mundo en tal hora de paz — tan perfectas de cuerpo y espíritu habrán llegado a ser sus madres —, que casi les parezca una blasfemia la antigua maldición de entrar a la vida por puertas de dolor y con lágrimas en los ojos. Y los padres, viendo la maravilla del gozoso alumbramiento, mirarán al hijo con reverencia, y le dejarán en nuestras manos para que hagamos de él algo muy superior a su propio ideal. ¡Y así nos habremos repartido la vida, y seremos felices ellos y nosotras, y sabremos que lo somos, que es serlo cien veces y nuevamente a cada instante nuevo!... ¿Qué piensas?

— Nada, te oigo.

— ¿Quién te ha dado ese ramo de claveles?

— Le compré está mañana frente a la Catedral.

— Por eso le llevas en la mano. Yo llevo este único prendido en el pecho, porque me le ha dado alguien que me quiere... y esa es toda mi ambición feminista.



EL SUPREMO SENTIDO DEL OCIO



EN EL PATIO DE LOS LEONES

El viajero, que por fortuna tiene su poco de fantasía, contempla este patio como, según las crónicas, estuvo en tiempos más felices: un bosque de columnas, blancas losas de mármol para suelo, lozanos naranjos para sombra, fuentes corriendo para frescura; en resumen: maravilloso nido para el ocio, la más sutil y refinada de todas las humanas virtudes.

Y aun hoy, que el laberinto de ligeros fustes se ha reducido a poco más de un centenar, que los mármoles han desaparecido, que las fauces de los leones están secas, destrozado el estuco de los muros; hoy, que ya los naranjos no dan sombra propicia a las divagaciones, se siente en él toda la poesía del dejarse vivir, no ya sin problema espiritual — cosa imposible mientras exista espíritu —, pero sin el tormento de la necesaria actividad exterior, sin ese «hay que ganar la vida

que positivamente está en la quietud. Y este carro loco que no lleva a ninguna parte, corre empujado por un motor que huele a infierno, perdidos los caballos de Platón y ciego el carrero que los dominaba con toda lentitud y belleza. ¡Es para llorar lágrimas de sangre!

¿Qué oficio habrá lo suficientemente noble para librar al esfuerzo de la prostitución de venderse para pago de cosas injustas, innecesarias y dolorosas? Antes, la palabra, este fruto supremo y suave del jardín del espíritu, se daba graciosa y generosamente; tanto el que la decía, como el que la escuchaba, podían creer en su verdad: algunas de las que así se dieron han merecido el nombre de «Verbo», y aun saliendo de labios de hombre, han sido eficaces como brotadas de la misma esencia de Dios. Pudo decirse eficazmente «Amaos los unos a los otros», porque quien lo dijo comió su pan de limosna... Ahora, ¿qué vamos a decir noble y sinceramente, si al hablar desde el monte vamos descontando en monedas las palabras? Es preciso hacer cestos como San Pablo, para ganarnos el derecho a creer nosotros mismos en la verdad que estemos diciendo. Llegará día en que pidamos la pobreza como privilegio y una orgullosa soledad como miel sobre el pan de nuestra indigencia.

Yo, que os estoy hablando, hijo dañado de estos tiempos en que el estado normal del cuerpo y del espíritu es la calentura, en un impulso de invencible vagabundeo he logrado vivir, sin salir de Europa, mu-

chos meses de un año en primavera. De Febrero a Agosto he estado viendo abrirse en tierras diversas las primeras rosas del año, y tengo la esperanza de morir fuera de toda pompa mundanal, pobre como nadie, debajo de un árbol o a la orilla del mar, en el alto breve de una peregrinación interminable, en la cual llevaré al amor por toda compañía y todo tesoro; el amor que acaso me habrá dado un hijo, y sin acaso la felicidad. Y entonces puede que escriba el libro para cuyas palabras os podré pedir fe sin cargo de conciencia.

Por ahora voy declamando éstas, en las que no pocas veces hay alaridos de amor a la justicia, entrañable y dolorosamente sentidos, pero que de bien poco pueden servir, puesto que al darlas al mundo con dolor, no logro yo mismo encontrar en ellas la fuerza necesaria para romper con lo mismo que tengo por abominación. Toda esta poesía es como beleño; cierto que mientras la voy poniendo en el papel, soy verdaderamente pobre, puesto que de nada necesito, y mi corazón, plenamente enredado en su laberinto, ni siquiera se acuerda de su derecho a la felicidad, por lo cual a nadie pide ni de nadie teme; mas una vez que ha pasado la hora del alumbramiento, madre necia, corre el alma a vender a sus hijos, sin pensar en la sangre que le costaron, por el poco dinero que le quieran dar, y a veces el que compra escamotea una palabra, porque se le antoja — desdichadamente con poca verosimilitud — que tiene filo de puñal.

Todo esto son divagaciones un poco desoladas, porque está el cielo gris y hasta sobre este luminoso Patio de los Leones la niebla del aire es como ceniza penitencial, y mueve a confesiones y contriciones. Lo único que, en realidad, he querido decir, es que toda religión se pervierte en cuanto tiene un templo material, porque el sostener las piedras en pie cuesta dinero, y para lograrlo se vende el espíritu. Y la vida del hombre es una religión, cuyo único espíritu es la felicidad, que hemos vendido absurda y desatinadamente por mantener en pie y dorar las piedras de un templo fantasma, ¡Volved al ocio los que tengáis valor de vivir, como Juan el Bautista, de miel y agua de río! Yo os garantizo la recompensa.

Dicen que este patio, con los salones que le rodean, fué el harem de los reyes nazaritas. Poco importa; el caso es que su traza, como la de tantas otras maravillas de arquitectura, fué una ficción de selva. Yo no puedo mirar sin emoción un fuste de columna: es el grito del hombre que, obligado a vivir entre muros, clama por la libérrima gracia del árbol. No sé qué gran rebelde rompería por primera vez la pesadumbre del dintel con la ficción del cielo libre de una cúpula: dicen que esa maravilla se había perdido durante siglos, y que Miguel Angel, el gran endemoniado, volvió a encontrar la clave de su equilibrio. Aquí, en la Alhambra, la idea inmensa y única de libertad está rota en cúpulas pequeñas, cuajadas de estalactitas, en arcos decorados con festones. A mí todos estos frag-

mentos de un gran todo me parecen, no sé con qué fundamento, materialización de la idea semita de la tienda. En la unidad de este palacio, eternos nómadas, los árabes se hicieron a manera de pequeños recintos para traer por contraste al espíritu la sensación de inmensidad; nunca parece el espacio más inmenso y más libre que cuando se le mira desde una ventanita muy pequeña, en lo alto de un muro, desde un tragaluz de torre, desde una hendidura de muralla. Bajo estos templetes, cuya techumbre es reducción de un cielo, el árabe tejió su eterno sueño de vida nómada; estas columnas, agrupadas con gracia de humanidad, parecen peregrinos que se disponen para la marcha; hasta estas fuentes, dentro de las mismas estancias, hablan de acampamiento junto al pozo. Es preciso que en el recinto de la existencia arraigada en estabilidad, en la morada misma, el agua no descanse en el cántaro, sino que surta con inquietud de peregrinación, y que huya por los canalillos de mármol, incitando al vagabundeo del cuerpo y del espíritu.

Es una paradoja, como casi todas las verdades: en cuanto el hombre se detiene, se le imponen el trabajo y el cautiverio; las raíces son como cadenas. Si quiere poseer su espíritu en quietud, ha de caminar lentamente y sin itinerario preconcebido, descansando en lugares inusitados, y tomando de ellos lo meramente necesario para seguir la marcha. Cuando la vestidura se destroce, deténgase un momento y trabaje lo justo para comprar la nueva; pero no vaya cargado con

telas de repuesto, porque acaso le quiten el arranque para atravesar sin reparo la fresca e invitadora corriente de un río; al menos habrá de caminar más de lo que apetezca por buscar un puente, y ya se habrá perdido la gracia libérrima de aquella jornada.



UNA NOCHE SIN LUNA



EN LA PLAZA DE ARMAS

Después de un día pasado en la Alhambra, el viajero siente una fatiga de extraño género; parece que en el cerebro se le hubiese alojado un enjambre de abejas. Todo el mundo ha visto en el verano, a la hora de siesta, abejas volando sobre los macizos de flores de un jardín; suele a estas horas estar el cielo tan profunda y cálidamente luminoso — el sol fundido o diluído en el intenso azul —, que no pudiendo contener en sí mismo toda su luz, como fruta madura que se abre generosamente, ha comunicado su azul y su oro al aire todo que está sobre el jardín. Y las abejas que revolotean, parecen ir rompiendo con el vuelo algún precioso esmalte; tanto, que las alas mismas se les doran y refulgen a modo de joyas. Hay una efervescencia, una fermentación: burbujas doradas danzan ante los ojos deslumbrados por el brillar del cielo y por la in-

tensa reverberación del sol sobre la arena del jardín. Los geranios son fuego. Las grietas mismas de las paredes parecen tener un reborde de oro: cerrando los ojos a medias, las pestañas son otros tantos prismas para la luz, y se ven entre ellas todos los colores del iris. Si acaso estábamos leyendo y hemos por un instante levantado los ojos del libro para mirar al cielo o al jardín, al volver a él la vista encontramos las letras también policromadas y vivas, hinchándose en la página, moviéndose, adelantándose y confundiéndose en su prisa por llegar a nosotros. Entonces nos duelen los ojos, y si los cerramos, ¡cosa extraña!, seguimos viendo las abejas, no ya con la vista, sino con el oído, porque el rumor casi imperceptible que llega de sus alas se transforma, merced a la fatiga del cerebro, borracho de sensaciones visuales, en impresión de luz, e imaginamos que de los cuerpecillos que no vemos, pero que comprendemos por la vibración, se desprende un flúido o un polvillo dorado, luminoso y musical. Sí; aquel rumor de alas no le atribuímos entonces a movimiento, sino a la vibración luminosa de todo el cuerpecillo del insecto, foco que a sí mismo se fuese consumiendo y agotando por disgregación de partículas a un tiempo sonoras y luminosas.

Todo esto, que bien puede parecer locura, es, sencillamente, verdad, y los sabios han de tener, sin duda, un nombre que yo ignoro para explicar esta aberración, causada simplemente por la fatiga de uno de nuestros sentidos. Si persiste esta sensación llegamos

a temer que verdaderamente una abeja de oro se nos ha entrado en el cerebro y lo está taladrando; el rumor del revoloteo se trueca de exterior en interior, y se hace doloroso; nos parece que hasta el corazón se complica en esta inquietud, y el desasosiego que sentimos llega a tomar apariencias de pena o de remordimiento. Entonces clamamos por un poco de paz, y como la fatiga nos vino por exceso de luz, deseamos vagamente un lugar muy obscuro y plácidamente silencioso, soñamos con frescura de noche, tal como en alguna sin luna ni estrellas hemos gozado al inclinarnos sobre el brocal de un pozo, mirando a lo hondo, donde nada se ve, pero de donde sube un aire húmedo, callado y aplacante.

Así, digo, después de un día en el palacio árabe. Los ojos, ávidos, han pasado horas y horas perdiéndose en el laberinto de líneas y colores, deleitándose en pasar de la maraña de la tracería al panal de la bóveda, del azul intenso de los azulejos al blanco marfileño de los muros, heridos por el sol. En el delgado fuste de las columnillas, en los festones de los arcos, en el cielo estrellado, que es la bóveda de la sala de Embajadores; en la policromía que sobre el estuco se adivina, y aun a fuerza de mirar se descifra; en el misterio de las leyendas, en la fantasía desatinada y geométrica de este palacio de palacios, ha ido la vista perdiendo poco a poco toda noción de realidad. Y con la vista, el intelecto. ¡Bajo el panal estalactítico ha gustado el viajero la miel de tantas voluptuosas evocaciones! Para él se han

encendido todos los pebeteros de la leyenda; para él se han desatado todas las fuentes que ahora están aquí mudas, y ha corrido el agua por los canalillos sobre el mármol blanco, y ha salido, hilo a hilo, acerada como un puñal, por las bocas de los leones. ¿Y quién, pensando en agua que corre sobre mármol, no ha creado por completo la evocación, la imagen de unos piececillos de mujer, color de sal gema con venas azules? El viajero ha besado esos pies con toda reverencia, y luego ha imaginado danzas con todo un revuelo de gasas y sedas, y con brillos de oro y de plata y de piedras preciosas. Sus ojos se han abierto cada vez más. A pesar de las celosías, el sol de Mayo, entrando en las estancias, hacía vibrar el aire como sobre una hoguera, y el humo tenue de los pebeteros ponía en los párpados leve inquietud. Si acaso se ha asomado al ajimez, en busca de verdor apaciguante, se encontró con que el sol caía en la vertiente opuesta sobre las palas de las chumberas, que, bruñidas, le reflejaban como otros tantos espejos. En el Patio de los Arrayanes, el agua del estanque era como placa de acero, brillante también; y si cerró los párpados, trajo la fantasía a su retina interna toda una procesión de jinetes moros cabalgando a la luz meridiana, y dando al aire el blanco de sus albornoces y el metal de sus cascos, cuando no los ojos negros de alguna, quién sabe si mora o infanta prisionera de guerra o de amor en la torre, más centelleantes que ningún metal.

Por todo lo cual, al llegar la tarde el cansancio de la

vista y de la fantasía es extraordinario y torturante; el enjambre de abejas se agita en el cerebro con torturadora actividad; no hay lugar para el saboreo, ni aun para el recuento de impresiones. Una violenta fobia geométrica se desata en la voluntad; anhélase la destrucción, más aún, el anonadamiento de toda forma, puesto que de la destrucción quedan ruinas, y en toda ruina hay forma. Vuelve a sobrecoger al viajero la idea del pozo obscuro y fresco. Sus cartas — tan esperadas siempre — están sobre la mesa, y no las lee por el horror de ir a encontrar en ellas líneas negras sobre una superficie blanca. Suena un piano en el salón; hasta la melodía le es dolorosa; el sonido se ha transformado en línea también. De esta brillante sucesión de arpegios no le llega al cerebro más sensación que la de una serie de ángulos agudos, que van encadenándose aire arriba en una tracería monstruosa; ¡ángulos, para colmo de tormento, coloreados en rojo, verde, amarillo y azul!; es intolerable...

Por fortuna, anochece; más, llega la noche; no hay luna. Saliendo del hotel, por contraste con los focos eléctricos de la entrada, las alamedas parecen sumidas en la más profunda obscuridad; las frondosas copas hacen bóveda, y bajo ella, el aire, que se baña en las fuentes y en los regatos, está húmedo y fresco. ¡Qué delicia respirar el silencio con los ojos cerrados, e ir andando despacio, como perdido en el seno mismo de la noche! Luego, hasta las pocas luces de los hoteles se extinguen. Lleva el viajero la cabeza descubierta, y

la humedad del aire, penetrándole por entre el cabello, va aplacando la fiebre geométrica y como deshaciendo la maraña de líneas; también los colores como que se disuelven poco a poco en la frescura ambiente. El viajero se atreve a abrir los ojos; entonces se halla envuelto en una luz que apenas es luz; más parece fosforescencia y tenue, o mejor aún facultad, que a él por milagro le haya sido otorgada, de ver sin la ayuda de medio lumínico ninguno. Así, los objetos toman apariencias casi milagrosas, como percibidos a través, no de sensación, sino de revelación, y adquieren propiedades desconocidas; sin perder su forma, pero desbordándose de ella en cierto modo, vienen a acariciar sentidos nuevos que el viajero, hasta este instante, ignoraba poseer, y que, por lo tanto, aún no tiene palabras para definir. Ello es que todos son conductores de paz, de aplacamiento, de adaptación; pero en modo alguno de resignación. El viajero siente su espíritu y aun su corazón en comunicación directa e inmediata con lo más hondo de la vida — un panteísmo que no le fundiese con la Naturaleza, sino que le hiciese dominador de ella y maestro, casi dictador, de su sentido oculto —. En esta hora nada le arredra, porque se siente dueño del destino; ni nada le inquieta, porque se comprende poseedor de una voluntad tan esencialmente perfecta y libre que está por encima de todo remordimiento. Algunas renunciaciones, por las cuales sintiera al realizarlas, con dolor, cierto orgullo cordial, ahora le parecen simplemente ridículas, y toda su vida mezquina-

mente inquieta y agitada por cuatro sonidos y apenas dos formas — ideales y amores —, se le antoja mezquina y morbosa germinación, como capa de algas sobre el agua dormida de un canal, que subsiste un día o dos acaso, merced a la misericordia de la casualidad, que no ha hecho pasar sobre ella una barca... (Aquí, el viajero recuerda que sobre las algas de un canal de Flandes se abrían una tarde maravillosa flores de nenúfar, ¡tan blancas! Cierto: hasta en la auto-mentira vital, que es nuestra única vida, hay flores que quisiéramos prendernos para siempre sobre el corazón, y al solo recuerdo su perfume viene a turbar de nuevo, para el viajero, la serenidad que la noche le iba comunicando. ¡Qué importa!)

El palacio de Carlos V alza en la obscuridad su mole casi temerosa. El viajero entra en la Plaza de Armas; está solitaria y como dormida. El viajero se asoma al parapeto, bien convencido de que no ha de ver nada, como si se asomase a su propio espíritu; nunca había venido aquí de noche, y se encuentra con una maravilla. Granada está en lo hondo, y Granada, vista desde lo alto, una noche sin luna, no es ciudad de piedra y ladrillo, sino de cristal. El viajero no acierta a explicarse el prodigio, merced al cual la escasa luz del alumbrado público, reverberándose en las paredes blancas, da una prodigiosa refulgencia azulada, que recuerda la fosforescencia de las luciérnagas en las serenas noches de verano. No hay formas de casas, ni líneas de calles; todo está como disuelto en azul. Es una fantasmago-

ría, un alma de luz, un embrión de claridad, algo como la idea que tenemos los ignorantes de la materia primitiva, que en el infinito del espacio, frío y negro, debió arremolinarse, tímidamente luminosa, llamándose a sí misma y buscando la revelación de su forma para constituir los mundos.

Los granadinos llaman a este extraño fulgor de la ciudad, en la noche, «el cielo abajo»; ellos, que saben antes de asomarse a mirarla, que allí está la ciudad, distinguen en el fulgor único el centelleo distinto de los faroles, y los comparan con las estrellas; pero para quien lo contempla de improviso y sin idea preconcebida, es imposible que aquella claridad deje, al menos en los primeros momentos, de formar un todo indistinto, y es — ya lo he dicho — como un alma de luz, como un fenómeno absolutamente natural, como el hálito mismo de la ciudad que se hubiese hecho vibración lumínica. Y el espíritu, fatigado de polimorfismos y policromías, descansa y se distiende en la vaguedad, apenas luminosa, y se deja arrastrar, suave y lentamente, como barca en el agua que llevase el piloto dormido...



EL CONSUELO DE LA FATALIDAD



EN LA TORRE DE LA VELA

Si es cierto que todos los espíritus tienen necesidades semejantes, yo no sé dónde irán a buscar las gentes que viven en patrias de bruma la sensación de serenidad, de quietud, de pacífico y fuerte dominio sobre el alma propia, sobre el dolor universal, sobre el gozo desatinado, sobre el acontecimiento y la vida, en una palabra, que nosotros, hijos felices de tierras de sol, venimos a encontrar en lo alto de las torres, dejando volar y cernerse la vista lejos, lejos, lejos, en la diafanidad de un aire cristalino, limpio, inmutable, quieto, silencioso, y por lo mismo tan elocuente. Éste es un misterio para mí tan indescifrable como este otro: ¿cómo será posible atisbar la verdad de un espíritu amado, si hay que buscarla en ojos que no sean negros? ¿Cómo poseerán su alma por un solo instante, en pleno dominio de serenidad, las gentes que no pueden

desde una altura echarla a navegar por un horizonte tan limpiamente inacabable que agote la facultad de visión, antes de dar su propio límite? Porque en tierras de bruma, siempre que los ojos se asoman a mirar desde lo alto, experimenta el alma una sensación de extraña angustia. Hay siempre una neblina que vela el horizonte — ¿emocionante, diréis? —. Desde luego; pero ahora no hablamos de emoción, sino, por el contrario, de serenidad: en la emoción — tal como generalmente se entiende — suele haber siempre un poco de tormento; cierto que bien le podemos llamar «mi adorado tormento»; pero, por hoy, quédense en el fondo del valle, sobre la tenue bruma del río, todas las atormentadas palabras.

Nosotros estamos en lo alto de la Torre de la Vela, y la mañana es limpia, clara y azul. No existe el aire, no hay peso sobre el corazón; el sol calienta tibiamente. Sin saber por qué, al sentir en las manos — frías aún por obra y gracia del baño matutino —, al sentir, digo, sobre los dedos un poco ateridos la suave caricia de la luz solar, pensamos en la lumbre incolora de una hoguera que ardiese al aire libre, en plena luz de mediodía. Y nos vienen ideas gozosas, como si el alma se tornase niña y sintiese impulso de saltar — como antaño — sobre el montón de llamas. Hemos dicho que no existe el aire, y sin embargo, huele bien. Huele a ese olor de olores, el olor a mañana sobre el campo, el «supremo específico», que Thoreau soñaba se vendiese en botellas para los empedernidos habitan-

tes de las ciudades, que se empeñan en dormir hasta mediodía. Del jardín de los Adarves sube el perfume de las rosas; de la Plaza de Armas, el de algunas acacias en flor; de toda la frondosa vertiente, el indeciso y fresco olor del ramaje. ¿Sutileza de olfato? ¿Acaso simplemente memoria ó imaginación olfativa? ¡Qué más da! El caso es que por todos los poros de la piel, abiertos de par en par a la virtud purificadora de la mañana, se entra la sensación fortificante de estos mismos aromas, que en la tarde, cayendo sobre el cansado cuerpo, lo envenenan voluptuosamente, trayéndole el germen de la melancolía. ¡Y el corazón salta de gozo, sin quererse acordar, en la eternidad de esta hora, clara como un diamante, de que pueda haber ópalos, ni penas, ni aun siquiera santidad de resignaciones en otras horas o bajo otros cielos!

La Torre de la Vela es maciza y robusta. Hemos subido a ella por una escalera tenebrosa, guiados por una vieja que lleva en la mano un candil. Supongo que este grato arcaísmo está premeditado, como otros tantos detalles, en la dulce ciudad de Boabdil para regocijo de los ingleses. Es prodigioso lo que se cuida Andalucía entera de dar a los hijos de la verde Albión el regalo sutil de lo típico, Aquí, en Granada — dejando para otra sabrosa conversación el misterio del barrio gitano—, creo yo que hasta los borriquillos que van por agua al patio del aljibe, cuidan de colocarse en línea «típica», para no descomponer el cuadro; hacen bien, puesto que de eso viven. Todas las farsas son

laudables siempre que sean inofensivas y se lleven a cabo con alegría de corazón; al viajero filósofo le agrada «realizar» — que diría uno de los ingleses susodichos —, cómo ha hecho su camino hasta estas pintorescas breñas alpujarreñas el dogma ibseniano de «la mentira vital». Pensándolo bien, no era difícil. Los españoles, a pesar de toda nuestra austeridad histórica, hemos sido siempre maestros en este arte, digamos dramático; como que tenemos la ciencia suprema y admirable de hacernos creer a nosotros mismos nuestra propia mentira vital, ¡y sin ayuda del alcohol, que es lo más admirable! Sol y agua del botijo. ¡Bendito el optimismo de esta tierra nuestra, y Alah nos conserve la imaginación!

Digo que estamos ya en lo alto de la torre: es una plazoleta cuadrangular. La tronera por la cual hemos salido a luz, nos da ciertas veleidades heroicas, pero hay un perro tumbado en las losas y tomando el sol. Al observar la profunda fruición con que se deja calentar el perro, nos hemos dado cuenta, por comparación, de esa suave tibieza en las manos, y con ella — a través del can — hemos también experimentado la dulzura de una fraternidad con la Naturaleza toda. Es grato dejarse tostar irresponsablemente, como las piedras del parapeto, como las hojas de los árboles, como el agua del río... irresponsablemente; éste es el supremo encanto de todo panteísmo: la irresponsabilidad. Irresponsables, ¡qué descanso!, ¡qué humildad tan bienhechora y tan libertadora!, ¡qué grato fatalismo!, y amén

de todo, ¡qué adecuado en esta tierra, que aún está añorando la sombra de la Media Luna!... ¡Irresponsables; albricias, corazón!

Pero nuestro rancio orgullo católico protesta. ¡Es decir, que en medio de todas las decadencias, no quieres, miserable de ti, ni siquiera conservar la fruición, el goce, el saboreo de tu reino interior! ¿Que arrojas tu corona y tu armiño a los perros? Todo por haber visto un can feliz que duerme bajo el sol... Sí, sí, conciencia, orgullosa conciencia, tienes razón; soy emperador de mí mismo; puedo determinarme libremente; pero dímelo luego, a mediodía, cuando la pesadumbre del sol, del cansancio y de la digestión de la fementida pitanza, que sin duda me han de dar en la fonda, advirtiéndome de que existo por medio del dolor, o siquiera de la molestia, me dé deseo de escapar al destino, y me sirva de algo el convencimiento de mi libertad; pero, ¿a qué decirme que soy libre e independiente de la tierra, ahora en que tanto me place el sereno, tibio y fragante cautiverio? A esta hora feliz quiero ser hermano de la tierra; más, hijo de la tierra; más, esclavo de la tierra, y estar como ella, bajo el cielo, tendido en inacabable voluptuosidad de frescura y de anonadamiento, bebiendo sol tibio por toda la piel, sol bueno, sol milagroso, sol suave de mañana de Abril, el que se lleva lejos, hecha pedazos, mi propia alma; sí, siento que dentro de la carne el espíritu se me va deshaciendo, y que poco a poco desaparece como terrón de alcanfor, como gota de esencia que se pierde a puro

dar aroma. ¡Qué bien se está sin alma algunas horas! ¡Bendita la mañana que se la lleva!

¿Y éste fué el dominio de ti mismo, de la vida y del acontecimiento que viniste a buscar en la torre? Éste, lectora argüidora y un poco sofista — así me gustan a mí las mujeres, si además son bonitas —; éste, porque al perderme en la Naturaleza me transformo, por milagrosa alquimia, en fuerza natural, y ahora soy poderoso como la tormenta, e impetuoso como el huracán, y si la fruición perezosa me consintiese hablar, estoy seguro de que diría, como la voz del rayo sobre el Sinaí, palabras inefables. Puede que hasta rompiera a hablar en verso... sí, sí, es muy posible; ya siento en el cerebro cierta inquietud burbujeante, que es como el germen del alejandrino. ¡Horror! ¡Aparta, tentación! ¿No tiene ya Granada hartos poetas? De fijo ofendería un consonante más a esta vega, que vista desde lo alto de la torre nos da con su verdor jugoso lecciones de silencio fecundo, y al Darro que va hondo, graciosamente apresurado, a buscar el abrazo del Genil, cantado queda, y dolorosamente, por Sor Ana de San Jerónimo. Y a los jardines, que trepan vertiente arriba, policromándola generosamente, y a las chumberas que en la orilla opuesta centellean al sol como escudos, y a las fachadas blancas de las cuevas, que entre el verde gris parecen caras bien lavadas y se ríen de gusto al sentirse tan limpias... y a Oriente a la magia de la Sierra Nevada.

Todas éstas son cosas inefables, y mejor que can-

tarlas, lectora, hallo pàra tu fruición espiritual pedirte que vengas a gozarlas desde lo alto de esta torre; si la eminencia te da vértigos, podrás apoyarte en la espadaña, y si pasas la mano por el bronce de la campana, la encontrarás tibia — besada como está por el sol — y hasta creerás que tiembla a tu caricia. Entonces, cuando el viento, al mover el velo verde que llevarás prendido en el sombrero, te dé la enaltecedora sensación de que en el cráneo te están naciendo alas, comprenderás todas estas locuras que yo estoy clamando, ni más ni menos que un muecín que clamase las glorias de Alah, y penetrarás el sentido de todas estas incoherencias; y acaso no te importen los datos de la guía, que apenas pueden sostener, viajera española que te las das de inglesa, tus manos pequeñitas; y puede que te sientas, como yo, hermana del perro y de la arboleda, y que mandes el alma a paseo, por una hora o por muchos dias, y que te decidas a vivir un capítulo de tu propia historia locamente, o irresponsablemente, o felizmente, que estas tres palabras, aunque no lo parezca, son sinónimas.

Y si así sucede, y si a ello contribuyen un poco mis lucubraciones, a la hora en que seas más felizmente irresponsable, piensa un instante en el autor de esta otra guía sentimental.



ELLA Y EL FANTASMA



CAMINO DE LA SIERRA

ELLA. — No, no; es preciso que esta tarde vayamos a recorrer iglesias; a ti se te ha olvidado que yo soy viajera y que tengo que cumplir concienzudamente con todos mis deberes de turista. Semanas enteras llevo en esta ciudad, donde acaso traje el propósito de no pasar sino muy pocos días, y aún quedan en la guía muchas páginas que me atormentan como un remordimiento.

EL FANTASMA. — ¿Porque te hablan de lo desconocido?

ELLA. — De lo que ya no debiera serlo para mí.

EL FANTASMA. — No te atormentes, que no lo es. En cuanto se ha dado media vuelta al mundo, se ha visto todo lo que con los ojos se puede ver. ¿No estuviste en el Panteón del Escorial? Pues ya te sabes de me-

moria los mármoles de Sierra Elvira, que están en la Cartuja; mármoles por mármoles, aquéllos a la sombra de la muerte, éstos a la dorada luz del sol de Andalucía. ¿Fuiste al Paular y viste su retablo? Entonces ya sabes lo que es paciencia de monje artífice, y no han de sorprenderte las labores que con nácar y concha labró sobre caoba y cedro otro monje en estas cajoneras de sacristía. ¿Visitaste, en París, Cluny y el Louvre? ¿Qué te queda por ver en relicarios, ni aun en la capilla de San Juan de Dios? ¿Leíste, en Ávila, los comentarios de Teresa de Jesús sobre el libro de San Jerónimo? No han de darte más emoción las ingenuas palabras de este Santo, conservadas aquí en marco de plata. ¿Viste, en Namur, la urna que guarda el corazón de Don Juan de Austria? ¿Qué misterio de evocación heroica ha de guardar para ti la losa que debió de cubrir, en San Jerónimo, los restos de Gonzalo de Córdoba, el Gran Capitán?

ELLA. — Todo eso son sofismas, y harto lo sabes tú, sombra, no sé decir si de mí misma o de mi vida; sofismas, cierto que por ser tuyos, sabrosos para mí como la más sutil de las verdades. Cada minuto tiene su emoción, y cada evocación su encanto nuevo; además, el espíritu, llevando en su unidad el misterio de la variedad inagotable, sabe sacar del mismo fruto un sabor distinto cada vez que lo gusta. Ayer olvidaste una pena, oyendo la música misma que hoy acaso te hace llorar. Aunque hayamos visto, en esa media vuelta al mundo que tú dices, mármoles y sepulcros y relicarios,

vamos a visitar hoy los que guarda esta Jerusalén infiel, y puede que le encontremos a la cruz nuevo sentido, al hallarla engastada en el mismo corazón de la Granada mora.

El Fantasma. — También es sofisma eso que tú dices. Vamos a prescindir de sentidos ocultos y a decir la verdad como simples mortales — ¿te ríes? —, como personas que se quieren mucho — ¿risa también? —, ¿como gentes que se conocen demasiado y ya no tienen ilusiones mutuas que cultivar? . . . ¿como niños?... ¿como enemigos?

Ella. — Como quisiéramos que nos la dijesen, siempre que sea la que deseamos oir.

El Fantasma. — Perfectamente. ¿No estás cansada de excursiones obligatorias, de sumisión a esa guía tiránica?

Ella. — ¿Quieres que te diga que lo estoy?

El Fantasma. — Quiero que lo estés, aunque no me lo digas.

Ella. — ¡Para qué, santo cielo!

El Fantasma. — Para que, abandonando tu Baedeker, vengas conmigo esta tarde siquiera.

Ella. — ¿Siquiera? Me hacen gracia tus distingos adverbiales. ¿No te pasas la vida a mi lado? ¿No eres la más inexorable de las compañías? ¿No te interpones invariablemente entre mi contemplación y su objeto, para robarme la emoción, que es su fruto, antes que haya acabado de cuajar? ¿No está en mis oídos tu voz, hablando con insidiosa garrulería en cuanto quie-

re acercarse a ellos la sospecha remota de la música? ¿No se hace suavidad tu presencia, y color y perfume tu esencia, en cuanto van mis manos a la tersura del rostro de un niño, en cuanto hacen llamamiento a mi sentido la lozanía o el perfume de una flor? ¿Qué más quieres, compañía insaciable, palabra inagotable, interpretación infatigable?

EL FANTASMA. — Quiero tenerte y no acompañarte; quiero que en esta hora vengas a mí, sencilla y absolutamente, sin estar yo obligado a ir contigo; quiero hablarte, pero no interpretar para ti cosas que me son extrañas y enemigas; en una palabra: deseo el goce de que sientas por mí y para mí total y plenamente, con lentitud caudalosa, con facilidad de florecimiento. Porque cuando levantas los ojos de la contemplación, desde los objetos exteriores a la que tú llamas mi presencia insaciable, algo de tu emoción se queda en ellos, y llega a mí rota y dolorida, como hijo de tu corazón, que saliese de él hecho pedazos.

ELLA. — ¡Horror!

EL FANTASMA. — ¿Por qué te ríes de la verdad más dolorosa de tu vida?

ELLA. — De verás no lo sé... no te enfades... recurso de mujer. Tan seguras estamos de nuestro derecho a la felicidad, que cuando tropezamos con la pena inevitable, preferimos reírnos de ella a reconocerla por tal. Parece que le quitamos realidad negándole la beligerancia. En resumen, ¿dónde quieres que pasemos la tarde?

El Fantasma. — Si fuésemos camino de la Sierra, por los olivares...

Ella. — Vamos camino de la Sierra.

El Fantasma. — ¿Por qué te vuelves a reir?

Ella. — Porque camino de la Sierra, tú lo has dicho, están los olivares, y las hojas de plata son en la media luz de la tarde que acaba otros tantos puñales que se clavan en el corazón, y la tierra tan roja, bajo ellos, es como el alarido de una abrasada sed sentimental...

El Fantasma. — Pero el aire está quieto y como saturado de paz.

Ella. — Palabras. Cuando la inquietud se ha hecho gusano del espíritu, la misma paz exterior la desvela. ¿No has visto alguna vez un niño dormido al canto de la madre, que abre los ojos en cuanto la madre deja de cantar? A la inquietud cordial la despierta el silencio. Y no puedo entender cómo sintiendo celos de la emoción fragmentaria y un poco artificial que puedan levantar en mí las obras de arte, se acomoda tu intransigencia con esta otra virtud emocional de la tarde en el campo, envolvente como una inundación, e inmensa como la capa misma del cielo que está sobre nosotros.

El Fantasma. — Yo tampoco lo entiendo, pero es así. Vamos camino de la Sierra.

Ella. — Por los olivares...

El Fantasma. — Por los olivares. El camino real está aquí al lado y acaso es más cómodo. ¿Pero no entiendes tú la apasionada delectación de apartarse deliberadamente de un camino? Ahora bien podemos pen-

sar que estamos perdidos para siempre, tú conmigo, desamparada y sola de cuanto no sea yo. Cierra los ojos. No sabes cuánto me atormenta la idea de que acaso no sabes o no puedes cerrar los ojos. ¡Tienes en ellos siempre una inquietud de curiosidad! ¿No te duelen nunca a fuerza de mirar intensamente? Pero ciérralos de verdad; no mires hacia dentro, ahora que has renunciado un instante a la visión exterior de las cosas. ¿No puedes apartarte de ti misma? ¿No puedes dejar de preguntarte esos «cómo» y «cuándo» y «por qué» y «para qué», también hostiles, también enemigos?

ELLA. — ¡Si en todas mis preguntas estás tú!

EL FANTASMA. — No importa; calla, calla un segungundo siquiera; sé ciega, sé muda, sé impenetrable; no oigas lo que te digo; hablo únicamente para hacerte callar, para dormirte; sé mía, déjate inquietar por mí, sin comprenderme, sin preguntarme. Yo sólo sé calmar tu agitación cuando ha nacido de mi misma esencia. No hay palabras, no hay colores, no hay vida, no hay tú ni yo, no hay más que inquietud. Ésta es la unión en que se extinguen todas las dudas y todas las interrogaciones callan. ¿Que tiemblas? ¡Yo también; no te importe! ¿Que sufres? No es verdad, no es sufrimiento: es que la unión se acerca y aún no se ha logrado; ella vendrá, si me prometes no abrir los ojos. ¿Que te mueres? No se muere nadie en esta agonía... No llores. ¡Sí, ya lo sé; también yo estoy llorando; pero no es por eso, no es por eso! Es que me desespera esta concien-

cia tuya indormible, este diamante que tienes en la última morada y que jamás se funde ni se quiebra. ¿Que lo has enterrado en la carne misma de mi corazón? Sí, sí; pero me hiere, me desgarra, me duele infatigablemente. ¿No tienes tú noción de la misericordia? ¡Ay, que toda la sangre de la vida se me va por la herida tan pequeña, y para más dolor no puedo ni acabar de morirme!

Ella. — ¿Dónde estamos? ¿A qué desolación nos ha traído esta locura tuya? ¿Por qué se te han quedado los labios fríos? ¡Ay de mí! ¿Dónde iremos, si ya es casi de noche? Este silencio de los olivares ahora me da miedo; parece que se quedó embrujada en él el alma de una copla muy triste. Es triste Andalucía, ¿verdad? Yo no sé qué esperanza hay en ella que no acaba nunca de realizarse. Descansa en mí tú ahora, sombra mía, fantasma de mí misma; duérmete; yo, que no sé cantares, te voy a cantar. Tú, que lo sabes todo, tienes presentes todos los cantares del mundo; oye el que mi deseo quisiera haber formado para ti. Mira la Sierra lejos, mucho más lejos de nosotros que cuando salimos a buscarla. ¡No importa! Mírala qué tranquila y qué azul; mira cómo el último rayo de sol enrojece la nieve en lo alto, mira cómo ese azul y ese rojo han cuajado en el aire, fundiéndose, una palpitación violeta... Ya sé que todo esto no tiene sentido, no sirve para nada, no significa nada, ni es remedio para ningún dolor; pero lo digo yo, y eso ha de bastar para que a ti te sea como buena nueva, como anunciación, como

epifanía. Cálmate, sombra mía, inquietud de mi alma; ya se acerca la noche, ya está aquí el lucero. Vamos a la posada por el camino real... Por el camino real... No hay más que algunos niños, y va a salir la luna...



CARMEN DE CÁRMENES



EN EL GENERALIFE

«La vida es una noche de verano en un jardín, y el alma es una rosa...»
... En suma: no falta en aquel lugar belleza ni encanto alguno, sino alguna persona que lo supiere conocer y gozar viviendo en quietud...

QUIÉN no ha comparado la vida a un jardín? ¿Quién no ha dicho alguna vez que el alma es un huerto? ¿Quién no ha cortado rosas en los rosales de su propio espíritu? ¿Quién no ha oído, en un rumor de fuente, la voz inquieta y viva de sus propios deseos?...

Pues todo esto, huerto, jardín, rosas, rumor de fuentes, inquietud de agua que va corriendo, se encuentra en esta maravilla del mundo que los clasificadores de belleza olvidan incluir en la lista: «El Generalife de Granada».

Es una casa con un jardín, o, mejor dicho, es una escalinata de jardines que lleva a un mirador — grados de la contemplación, cada vez más perfecta, que llevan a la visión última de la serenidad espiritual —. Pienso yo que si Teresa de Jesús hubiera conocido este huerto, no hubiese llamado «castillo» ni «moradas» al alma y a sus pasos camino de la perfección, sino torres y jardines. Porque aquí están las fuentes de agua viva, que surgen limpias y agudas, tales los deseos de entre el laberinto de bojes y macetas, que dijérase que las quieren prender y apresar, como los amores y redes del mundo y de la carne al corazón, ya solicitado por la gracia de arriba; aquí los reposorios; aquí los laberintos, en los cuales perderse y detenerse a todo sabor, para desentrañar, saborear y desenmarañar la madeja y la miel, y el nudo del concepto; aquí el fuego de amor, en el florecimiento pomposo de las rosas; aquí la oración, en el murmullo de esas mismas fuentes; la mortificación en el aroma amargo, pero voluptuoso, de los arrayanes; aquí el esfuerzo en las escalinatas, con su descanso en las mesetas, donde brota, como por milagro, el refrigerio de los surtidores; aquí las estancias, encaladas y solas, para cerrar los ojos y afirmar el propósito — miel recogida sobre el desenfrenado florecimiento del jardín —, en el silencio y en la soledad, tal vez un poco áridas, pero tan nítidas; aquí, a media altura, el primer mirador, donde el corazón peregrino, cansado de [illegible] puede detenerse una hora y gozar la visión, y[illegible]a, pero en la que aún están el olor

a tierra de la vertiente, el rumor de agua del hondo río... Aquí, por fin, la torre última, el mirador postrero, desde el cual ya parece que esté el contemplador más cerca del cielo que de la tierra, donde ya los rumores de la ciudad no llegan sino en esa purificada sutileza que les hace asemejarse a voces de la Naturaleza misma, donde ya el aire no huele sino a pureza de aire, donde la luz está como cernida, y el horizonte limpio y vasto parece traspasar todo límite y encontrar poco obstáculo, ni aun en las cresterías de la Sierra, cuya nieve se tiñe ya de carmín, ya de profundo azul, ya de verdosas livideces, según el capricho del sol que se va hundiendo.

Porque este jardín maravilloso hay que visitarle a la caída del sol. Entremos cuando la tarde, perdida esa quietud meridiana que le hace asemejarse a una eternidad, va humanizándose con la sospecha del posible acabamiento; sean las cinco de la tarde en un día de Abril. A la puerta habrá un viejo, que desatando una cadena, nos franqueará la entrada. Es un sendero ancho y en cuesta, con arbustos a un lado y otro, de los más campesinos, que comienzan a florecer; el seto vivo, a cuyo pie corre abundante regato; campos sembrados de hortaliza y mies; los guisantes comienzan a estar en flor; las habas ya la van perdiendo. El cereal, aún sin espigas, solaza al sol su pompa verde, sobre la cual está la sombra de no pocos árboles frutales; de ellos, los almendros ya tienen hojuelas de un verde tan tierno, que casi es amarillo; los albaricoqueros y

perales están en pleno florecimiento, y cantan los pájaros, que no hay más que pedir. Un poco más allá, y más en alto — todos estos sembrados son una ladera—, la tierra roja y bien labrada se muestra desnuda, y platean sus copas los olivos. Con lo cual, considerado lenta y sabrosamente, con ese gozo panteísta que satura, quién podrá decir si el cuerpo o el alma, en presencia del contacto con la tierra jugosa, bien labrada y fecunda, de olivares, huertos y campos de mies, habremos llegado a lo alto de la cuesta. Aquí el camino tuércese de Norte a Poniente, y la que fué calleja campesina se trueca en avenida de suma aristocracia.

Imaginad que está plantada de altísimos, recortados cipreses, descabezados unos con inquietante geometría, porque... ¿habéis conocido sensación de punzante inquietud intelectual como la de éstos, que debieron ser conos por ley de su vida, y a los que, vivos aún, la fantasía geométrica de un hombre truncó y mutiló en lo alto, sin consentir que llegaran a serlo? Bien podemos imaginarlos cónicos, en desarrollo total y libre — a su lado hay algunos que perfilan las copas con agudeza un poco irregular —, bien podemos, repito, imaginarlos, y, sin embargo, esta suma porción de que carecen, aunque tan conocida y fácilmente imaginable, nos inquieta como un hondo misterio, como una presencia invisible; tanto que a veces, en fuerza de mirarlos, los vemos enteros, terminando en aguja; ¿no es así? Algo se parece esta dolida sensación a la que suele sobrecogernos si a mediodía nos acontece pararnos a

pensar que están en nuestro cielo las mismas estrellas que consuelan la noche y tantas veces nuestra desolación, y que la cruda luz del sol no nos deja verlas.

Bien... entre los cipreses asoma, como grata infracción de la regla, la desmelenada cabeza de algún sauce. No hay maravilla de transparencia como la de las hojas de los sauces en el mes de Abril. El follaje ligero que Alfredo de Musset deseó — y tiene — para caricia de su tumba, parece estar hondísimamente convencido de su misión rebelde, consoladora y femenina, en esta avenida de austeridades, porque dondequiera que un sauce abre su paréntesis, claro y reidor, entre la severa regularidad de dos cipreses, no se contenta con menos que romper toda línea y adelantar al centro del paseo, haciendo reverencias y moviendo la cabeza loca para prender al transeunte en la red de su frivolidad; hasta los dos cipreses, sus vecinos, se estremecen un tanto cuando el sauce les roza, al inclinarse, con tan incorregible puerilidad. Digo yo que en gracia a esta sonrisa de los sauces y a este estremecimiento de los cipreses, bajo la caricia de su frágil locura, habrán nacido tantos lirios blancos a un lado y otro de la avenida; lirios blancos, no azucenas — las de la Anunciación —; lirios, los del Rey Salomón, vestidos de lino, con una cadena de oro sobre la inmaculada blancura, y unos pocos lirios morados, y aun menos — salomónicos también — vestidos de púrpura, sin ficción metafórica; de púrpura ni más ni menos: púrpura sobre lana, como en los austeros tiempos de Roma; púrpura sobre

terciopelo, como en los días omnigalantes del Renacimiento y en las mucetas de los cardenales.

Los lirios blancos son algo como las orquídeas, que ya van dejando de ser flor para ser joya, y es misterio de misericordia esta prodigalidad imperial con que la Naturaleza los abre en los jardines campesinos, en las huertas de pueblo, junto al sándalo y la hierbabuena, cabe las matas de romero en que tiende la madre a secar los recién lavados pañales del hijo. ¿Recordáis esa copla villancico, que hemos cantado todos junto al pesebre:

La Virgen lava pañales
y los tiende en el romero,
y los angelitos cantan,
y el agua pasa riendo...?

¿Hemos pasado en esta senda de cipreses minutos o siglos? ¿Quién sabe, cuando calla y deja que hable dentro de sí la hermosura que le rodea, quién sabe, digo, contar el tiempo? Es igual; la vida se detiene a sus horas — como en un beso — y estos altos de la vida, que luego nos van alimentando en viáticos de recuerdo, son lo único acaso por que vale la pena de vivir.

La avenida de cipreses se trunca: hay una puerta que está abierta, afortunadamente. Una puerta abierta es como un prejuicio que se derrumba; al pasarla, ya el dintel adquiere significación de palio o de arco

de triunfo, el paso se afirma inconscientemente y la cabeza se levanta un poco. ¿Dónde hemos entrado? Éste es otro misterio: esta puerta abierta no conduce a ninguna parte; quiero decir que la avenida de cipreses sigue, y que dintel, umbral y encalados quicios pueden considerarse como un pretexto. En realidad, son un cartel de aviso dado al paseante, acaso tan penetrado ya de la hermosura ambiente, que no se ha parado a considerarla, y la puerta, partiendo en dos la maravilla, le obliga a volver la vista atrás — después de mirar hacia adelante —, y a poner cierto encadenamiento intelectual en el tesoro de sus sensaciones. Tal vez hasta entonces no se ha dado cuenta absoluta de que aquello que así le viene inquietando, acariciando, apaciguando, son cipreses y sauces y lirios blancos. Ahora, en pie junto a la puerta, mira, y lo sabe: da nombre a su inquietud, ensarta sus dispersas emociones, y haciendo de ellas un manojo, lo ofrenda en el altar secreto de su alma, le pone a los pies de su emoción única, le rinde en homenaje a la inquietud esencial por cuya flor y para cuyo fruto — digamos esperanza y posesión — va regando con sangre el huerto de su vida.

Termina la avenida en una a modo de plazoleta, con edificación a dos de los lados. En el de la izquierda, el muro está cubierto por uno de estos rosales trepadores que llaman de pitiminí, y las innumerables rosas menudas entre la hojarasca hacen pensar, con la delicadeza del afiligranado, en la desenfrenada fanta-

sía de un decorador árabe; este tapiz se mueve levemente y perfuma el aire. El muro frontero, que es la fachada de la casa, tiene un gran portón con su portillo. Portón y portillo están cerrados; hay que llamar. Está bien que esta puerta esté cerrada, porque hay dentro demasiada belleza, y le corresponde un poco de misterio, tanto más, cuanto que sale a franquear el portillo una muchacha linda, con una flor prendida en los rizos. Éntrase en un zaguán, que da acceso a un patio; en el centro del patio hay una acequia. ¡Ojalá, cuando se abra la puerta para el visitante, esté cayendo sobre la de la acequia el agua inquieta de los surtidores; claro es que se pueden contar, pero por milagro de oportunidad parecen innumerables, como estrellas en cielo de verano o árboles en selva.

¿De oportunidad? ¿Acaso algo, a un tiempo mismo tan artificioso y tan permanente como un surtidor, puede ser oportuno? Sí, porque hay oportunidades que, para aumento de buena ventura, pueden tener la gracia de ser eternas. Cuando en la vida espiritual o cordial tropieza el hombre con una de estas afinidades oportunas y permanentes, puede gritar bien alto que ha encontrado la dicha: cuando en la combinación de elementos tropieza el creador — ¿qué menos vamos a llamar al artista? — con una de ellas, puede también regocijarse supremamente, porque ha tropezado con la verdadera belleza. Estos surtidores del patio de la acequia serán oportunidad inacabable en este jardín; de tal manera parecen haber brotado por obra y gracia

del deseo del agua de la acequia, tan quieta, tan callada, tan monótona, de sentir la caricia de esta otra agua tan inquieta, tan rumorosa, tan cambiante en irisación y en perlería... Por eso parecen innumerables, y aunque bien pudieran contarlos los ojos, el espíritu no quiere saber cuántos son. Se levantan a un lado y otro del estanque, surtiendo directamente del suelo, entre las macetas y los arrayanes, y se inclinan con gracia sutil, no sé si de saludo o de curiosidad, tal vez de reidora promesa, como diciendo a la quietud que van a inquietar con su caída: ¡Espéranos, míranos, llámanos...!

¡Cómo ríen los mirtos bajo el sol de la tarde! Este patio es pequeño, como todo lo bueno, y parece un mundo: al Norte, el muro está cubierto por tapiz de ciprés recortado; elástica, profunda y silenciosa barrera en que vinieran a perderse callando todas las saetas de ruido que quisiera enviar la vida exterior. Sí, éste es el reino del recogimiento; dicen que este Generalife (Jardín del Alarife, traducen algunos) edificólo un tal Omar, que cansado de las pompas mundanas, quiso retirarse a completa paz para entregarse al cultivo de la música; hay quien, más humano, pretende que éste ha sido sencillamente un carmen de reyes, consagrado a solaces de amor. Sea comoquiera, el que trazó el jardín fué gran filósofo, porque en este mismo recogido patio ha abierto, por la parte del Mediodía, un largo mirador o galería con una serie de primorosos arcos, presintiendo que el alma más presa en redes

de reposo o de amor gusta a las horas de asomarse a contemplar el mundo, aun cuando sólo sea para desdeñarlo. Vayamos a los arcos de este mirador. El visitante no se habrá dado apenas cuenta de que iba subiendo — tan fácil el camino, tan suave la pendiente —, y sin embargo, ahora se da cuenta de que se halla nada menos que en el tercer piso de esta huerta mística. A sus pies, en la primera plataforma, hay otro jardín: también de arrayanes, con su laberinto y su glorieta, florecido en blanco por gracia de frondosas matas de espinos y mundos, sonriente en rosa, merced a las gigantes matas de peonía, con cuatro fuentes... y más abajo, y más allá, la pendiente suave, hecha vergel de frutos, con todos los árboles también ahora cargados de flor...

El sol va huyendo; hay que arrancarse a la suavísima contemplación. El mirador está encalado a la andaluza; la cal casi ha borrado en los arquitos de herradura las filigranas del estucado árabe, y apenas si se ven las leyendas; sabemos, sin embargo, que son alabanzas a Dios. ¡Bendigámosle por haber nacido!... y vayamos al fondo, en el que se abre la triple arcada del mirador que da al Poniente. Ahora todo el hueco está ocupado por el fuego de la puesta de sol, y así los arcos, labrados con toda prolijidad, bien pueden compararse a una filigrana de nácar que engastase un topacio... Si nos asomamos a cualquiera de los balcones de este mirador — fórmanle tres estancias encaladas, desnudas y desiertas —, veremos otro jardín al pie,

con otras tres fuentes; aquí los recortados arrayanes forman una perfecta figura exagonal, y el intelecto, deleitándose en la verde y fragante geometría, parece obligar a la emoción, ya un poco desordenada, a entrar por caminos de paz. Y la emoción protesta, naturalmente, y acaso como acción de gracias a esta protesta de la emoción, que presintiera el sabio artífice que trazó los jardines, ha desatado en el centro mismo del jardín otro surtidor. Y mirándole se desata el deseo, y la imaginación pierde toda compostura; y hay que desensartar las palabras más locas de la lengua, para dirigir a esta columna de agua, a esta cosa viva, que es a un tiempo tallo y copa y contenido de sí misma, que dentro de sí misma se desborda, que siendo cristal es blandura, que siendo diamante es iris, las más apasionadas letanías, como a un amor, como a una aspiración, como a una esperanza, como a una ausencia que, a fuerza de llorada, fuese presencia real...

¿Habrá que decir que en estas estancias tan blancas, tan desnudas, tan llenas de la gloria de su mirador, hay retratos históricos? Todos son muy malos, en cuanto a pintura; el visitante puede mirar, si a ello le arrastra el vicio lírico de la evocación, el de Juana la Loca, y el de aquella Reina Isabel, que fué el amor de Villamediana. Doña Juana es más bien fea. Doña Isabel tiene en la boca, gordezuela y muy roja, un gesto de inconsciencia pueril, que justifica todas las locuras. También la Emperatriz que hizo santo al duque de Gandía, sonríe desde un lienzo mediano. Ahora que

queda hecha la evocación, no estará de más advertir que algunos críticos de arte consideran muchos de estos retratos como apócrifos: es igual. Como un rostro de mujer es siempre un enigma para el que no le mira con amor actual, y como es bien posible que no haya habido mujer en el mundo sin su Lombay anónimo, a cualquier tela o tabla, o apenas cartón en que ardan unos ojos femeninos, podemos aplicarle la aureola romántica de una historia de amor o de celos.

Dejemos a estas damas y a estos caballeros — héroes o no de los poemas que hemos aprendido en los días de infancia, y con los cuales hemos ido divirtiendo el corazón hasta que le ha llegado la hora de su propia rima —, y subamos por estos cuatro o cinco escalones, a la siniestra mano, al piso inmediato... que, naturalmente, es otro jardín. En todo rostro hay ojos, y boca y frente, y rizos que hacen marco a la frente, y de bien poco vale decir, a quien no los ha visto: esta mujer tenía los ojos negros. Así en todos los patios del Generalife hay fuentes y rosales en flor, y arrayanes, y de bien poco sirve decir que los hay a quien no ha contemplado el milagro de su compostura. Los arrayanes de este patio son altos; la fuente la ha pintado Santiago Rusiñol en su cuadro «Brolladors al vespre»; los rosales magníficos trepan a la baranda del mirador segundo. Hay una escalinata que conduce a otro piso, que es otro jardín, donde hay más arrayanes y más fuentes, y muchísimas flores, y otro incomparable mirador, y una escalera,

que es bóveda de frondosos árboles, con una fuente en cada uno de sus cuatro descansos, y otro jardín en lo muy alto, y aún otro un poco más arriba, de donde arranca el mirador postrero, que es una torre sin pretensión ninguna de arquitectura, porque sin duda, quien la imaginó, consideró que le bastaba con ser torre y abrir sus ventanales a los cuatro vientos, y dejar que los ojos se asomasen a mirar por ella... Así es lo cierto; desde ella se ven los siete pisos del jardín, y las vertientes del monte en que se asienta la Alhambra, y el río, y la vertiente opuesta, con el caserío del Albaicín y las profusas chumberas del barrio gitano, y la Sierra Nevada, ahora de un rosa coralino, y la vega sobre cuya bien compuesta lozanía parece caer lluvia de oro, desde unas nubes grises que por el momento hacen pantalla al sol que se hunde.

Aquí hay que callar, porque la lengua es vaso frágil para contener la inquietud, en fuerza de intensa, casi amarga; el peregrino pide una voz más sabia, más sutil, más capaz de inquietar a quien la oiga... y todo son prodigios en este pedazo de tierra que está fuera del mundo: o acaso vive un diablo en la casa vacía del Generalife: ello es que suena en un piano la «Appasionata» de Beethoven.

Bajando lentamente, se rehace la peregrinación; algunos jardines, los que están rodeados de muros altos, ya están sumidos en el quieto misterio del crepúsculo; en otros danzan entre las copas las doradas saetas de los últimos rayos del sol. En el patio de la acequia,

las fuentes han dejado de correr; también este silencio es oportuno; el alma va llena como un vaso, cargada como árbol repleto de fruta madura..., no quiere hablar, no puede hablar, quisiera ser muy niña y tener cerca un pecho para apoyar la frente, y llorar tal vez sin que nadie la viese. La muchachita, con la flor en el pelo, abre el portillo del portón: ya estamos de nuevo en la avenida de cipreses; pero... ¿qué es esto? ¿Quién ha cambiado el cuadro? ¿Quién ha tejido la fantasmagoría? ¿Quién nos ha traído de un jardín de la tierra a una selva de ensueño...? Ello es que todos los cipreses están como empapados en luz de sol y arden como bruñido cobre, y las hojas de los sauces son ya de cristalina esmeralda, y los lirios blancos refulgen con todo el refulgir que cabe en la más nítida blancura — no hay metal para decir la blancura metálica y nítida de estas corolas milagrosas —, y cada ciprés proyecta sobre el oro fundido del ciprés cercano una sombra azul, que es tan absolutamente irreal como si fuese la sombra de un ala que no estuviese en ninguna parte, y por sobre la arena del suelo hay sombras azules también, de un azul violento, y otras de ocre vivísimo, y el aire se ha solidificado y sutilizado a la vez en un sedoso violeta, y hay una fragancia enloquecedora y una vibración que es tormento de refinadísima voluptuosidad por toda la avenida. Y los cipreses siguen ardiendo, ardiendo, como abrasados por fuego interior, como si la luz naciese de ellos mismos, como si fuese su propia esencia.

¡Oh, minuto supremo, incomparable, fugitivo y eterno, puesto que huyes con el sol que se va, y te quedas para toda la vida y un poco más allá, incrustado, cincelado, preso, apuñalado en el alma! Habría que vivir setenta encarnaciones, y a través de inauditas metamorfosis, para olvidar la luz de estos cipreses, y la vibración ultra-apasionada de este aire de crepúsculo, abrasado en deseo y en caricia; porque siendo carne o agua, o fibra viva o siquiera piedra —¿es que la piedra no vibra también a sus horas?—, no habrá tiempo que borre ni olvido que anegue este estremecimiento de toda la sangre y de todo el espíritu, este grito casi de dolor que arranca al intelecto la impotencia para gozar total y adecuadamente la maravilla de este recuerdo... El peregrino, el visitante, sólo al pensar en aquella que fué hora única en su vida, se quisiera fundir y anegar en la esencia de luz de uno de aquellos conos refulgentes, y estrecharse contra él como contra un corazón, y gritar el más hondo de sus gritos, y llorar lágrimas de sangre, y quemarlas después como si fueran incienso ó mirra...

... Cuando se ha hundido el sol por completo, la tierra, bajo los olivares, se queda roja. El viejecillo que abre la verja, mira con un poco de asombro al visitante, que con aire de loco le da unas monedas, sin pensar en decirle «buenas tardes». La Sierra, de rosa que estaba, se ha vuelto azul, y el cielo empalidece despacio...



EL INDIVIDUALISMO Y LAS MULTITUDES



EN EL ALBAICÍN

Os gustan las marañas y los laberintos? ¿Tenéis en el espíritu ese amor a la encrucijada que ha producido en el ya muerto siglo XIX toda la frondosa novelería de noches obscuras, arcos temerosos, faroles con vacilante luz «que hacen más densas las tinieblas», recovecos, revueltas, siseos desde la misteriosa reja, asechanzas, cábalas y amor, conspiraciones y autos de fe, raptos y fugas a uña de caballo, moras convertidas, cristianos hechizados, tesoros de judío, y reyes que vienen de tapadillo a robar en los ojos negros de la hija del avaro la mejor de sus joyas?

¿No os sentís orgullosos de haber sobrevivido a un siglo? Venid entonces al Albaicín; yo os garantizo el hilo para un año de enredos. Pensad que en este barrio hay una casa que sobre un arco moro ostenta una inscripción agradecida a la memoria del

gran enredador de ovillos novelescos Fernández y González, y en realidad es difícil discernir si el Albaicín inspiró al novelista, o si es ni más ni menos creación de su calenturienta fantasía. Hay que pensar así no pocas veces, después de leídos ciertos libros: —¿Se inspiró el artista en la realidad, o la realidad es simplemente endemoniada materialización de ciertas imaginaciones del artista?—Lo cual no quiere ciertamente decir que en todos los casos los tales libros sean obras maestras.

No esperéis que responda satisfactoriamente a la pregunta; como he venido al mundo cuando ya el Albaicín es pura ruina, y como he venido a Granada cuando ya Fernández y González es polvo, nada puedo saber respecto a relaciones en tiempo, y no sé si este barrio es anterior a aquel cerebro o si aquel cerebro engendró este barrio. Lo cierto es que el Albaicín — ésta es observación de un mancebo enamorado, químico por vocación y casi filósofo por contagio de amor, cuyas maravillosas aventuras encontraréis narradas en otros de mis libros — se parece a un cerebro prodigiosamente. Con la diferencia cruel de que en sus laberínticas circunvoluciones, llamémosles calles para hablar en cristiano sin Anatomía, están todas las piedras de punta.

Además, la mayoría de ellas son cuestas empinadas, como subidas de otros tantos calvarios. Una visita al Albaicín, y más en una tarde calurosa del Mayo granadino, es casi acto heroico. Verdad que puede ha-

cerse en burro por poco dinero; pero la dignidad española, no sé por qué, transige mal con la humildad semita de este método de locomoción. Vayamos, pues, a pie, y Alah nos dé paciencia y resistencia. ¿Con el sudor de nuestra frente ganaremos el pan de una novelesca evocación? Lo dudo.

Porque estas callejuelas miserables, entre cuya aridez de pobreza moderna surge de vez en cuando — clavellina en la grieta de una muralla vieja — una puerta moruna o una reja de huerto, más que de leyenda hablan al intelecto investigador de Historia. No temáis, dulcísimas, que vaya a apedrearos los oídos con los manidos nombres de Boabdil el Chico e Isabel la Católica, ni que os hable de ciudades tomadas y alcázares rendidos, ni que haga mi literatura ondear un pendón sobre las muy pocas almenas que le quedan a esta infeliz muralla desdentada; la verdadera Historia, afortunadamente, tiene poco que ver con todo eso. No a la sombra, sino a pesar de los nombres sonoros y de los grandes hechos que la Fama se cuida de aventar a soplo de clarín hacia los cuatro cantones del mundo (¡Quién pudiera creer todavía en los cuatro cantones del mundo, que estaban en los cuentos de la criada vieja!), va pasando la vida cotidiana de los muchos, lenta y laboriosamente, y esta vida de los muchos humildes es la única historia digna de tenerse en cuenta. De ella hablan las callejas del Albaicín al espíritu atento, sin aparato y sin vocinglería, precisamente por las revueltas de sus callejuelas; por las rejas

morunas, por los patios que acá y allá pueden adivinarse en el rápido abrir de una cancela; por la fresca boca de un aljibe; por la capilla semibárbara, donde un Cristo, bañado en sangre y renegrido a humo, sonríe tristemente a las flores de talco de su altar pobre; por la vieja que en medio del arroyo aún hila estambre en una rueca; por las madejas de ese mismo estambre, que cuelgan puestas a secar en el patio de la tintorería; por los chiquillos desnudos y cobrizos, que con las cuatro matas de hierba que han nacido entre las piedras de la calle, levantan en imaginación un vergel; por el jazminero que asoma desde la alta pared de un jardín; por el cenador que se ve detrás de aquella verja; por la moza gitana que pasa, dando aire al aire con los volantes de su faldamenta; por el clérigo que va cuesta arriba, teja en mano, limpiándose el sudor con el inmenso pañuelo de hierbas; por la mujer que da de mamar al niño sentada en el poyo de una puerta, comiendo, mientras chupa el crío, un pedazo de pan; por la otra vieja que remienda andrajos, sentada en su silla de paja en el otro zaguán; por la fila de asnos que van al aljibe, trotando cuesta abajo con monería de petimetres.

Naturalmente conocéis las metáforas de la colmena y el hormiguero para hablar de estas calles estrechas, donde se agrupa la población pobre, como para defenderse de la pobreza con la misma estrechez; es lástima, porque quisiera yo haberlas inventado esta tarde. ¿Acaso no os remuerde la conciencia de haber, cuan-

do niños, destruído con una pajita un hormiguero, para ver lo que tenía dentro? ¿Y no os sorprendió entonces la desatinada precipitación con que las hormigas corrían de un lado para otro, al parecer sin más propósito que el de encontrar de nuevo la obscuridad, que vuestro cruel espíritu de investigación había destruído para ellas?

Así, las gentes laboriosas y humildes piden un poco de obscuridad para ir viviendo: todas las casas pobres tienen pocas ventanas, y cuando un hecho de resonancia histórica, que no puede menos de ser para ellas una catástrofe, levanta los tejados de estas vidas-colmenas, ellas, más que de ninguna otra cosa, se ocupan de buscar de nuevo obscuridad propicia, y desaparecen rápidamente de la crónica escrita, para seguir viviendo y haciendo vivir. Diréis: la imagen no es exacta; los grandes movimientos de la Humanidad conmueven hondamente a estas masas de seres humildes y desconocidos. No lo creáis; ese es el milagro; la obra progresiva (?) de las civilizaciones se hace siempre sin aparente intervención, y hasta sin consciencia de los individuos; uno a uno, ninguno de los hombres de un siglo se entera de lo que pasa a su alrededor. Nosotros mismos, que hemos vivido en momentos de agitación, o patriótica o política, apenas si sabemos por qué gritaban aquellas turbas, que ignoramos de dónde salieron, y en realidad nadie lo sabe ni lo sabrá nunca, porque el ansia, digamos el instinto primordial del hombre en cuanto individuo, es olvidarlo todo, olvidarlo de prisa.

Hoy hay en Francia mucha gente que no sabe a qué vino, ni en realidad qué fué la guerra con Alemania, y no hace medio siglo que pasó; lo cual no es de asombrar, porque desde que España no tiene obligación de enviar sus soldados a morirse de fiebre amarilla, la inmensa mayoría del pueblo español se ha olvidado de que existe la Isla de Cuba, y Puerto Rico conserva su existencia como nombre, merced a la impostura del teñido café de las tiendas de comestibles, pero no evoca idea alguna de tierra habitada.

Viviendo cerca del corazón del pueblo se ve la absoluta mentira que representa toda idea de colectividad; vivimos uno a uno, inevitablemente, con irremediable egoísmo, que acaso no es sino forma del instinto de conservación. Sin embargo, volveréis a decirme, la Humanidad sigue su camino y la civilización procede como un río, arrolladora e inevitable. Y yo os volveré a contestar, que ese es el milagro, y tal vez la prueba de que la tal civilización y el tal proceso son obra diabólica. Muchas veces he pensado esto: «Si el diablo existiese, el adelanto material del mundo sería su evidente manifestación». Y acaso exista, y acaso lo sea. Ello es que sin duda la obra se realiza merced a fuerzas incomprensibles y desconocidas, sin asentimiento y sin voluntad directora de nadie, y que sus resultados son todos perjudiciales para el individuo, en cuanto individuo. Claro es que, una vez entrados en el carril o en el cauce, la organización arrastra a los hombres; pero no los adquiere para sí, puesto que el asentimien-

to es involuntario y por pura fuerza de necesidad. Hasta los privilegiados, los ricos o los educados superiormente, los acostumbrados, en una palabra, a los refinamientos de civilización, en cuanto accidentalmente se hallan fuera del engranaje, rompen con ellos y los descuidan, encontrando en romperlos y en vivir vida puramente individual, simple y sin trabas, la más sabrosa fruición de su vida, tanto que renacen y se rehabilitan, y que a estas escapadas fugaces les han dado el nombre de «cura».

Todo esto podemos ir pausada y resignadamente meditando por las callejuelas del Albaicín. ¿Creéis vosotros que aquel tejedor árabe le dió gran importancia a la conquista, por la católica Isabel, de la ciudad, si al vencer le dejó libre su industria y asegurado el tráfico de ella? ¿O que le importó grandemente hacerse bautizar a aquel judío que, merced al agua bendita sobre su cabeza, pudo seguir trocando, por alquimia de usura, sangre humana en monedas? ¿Ni que le diese más cobrarlas de un cristiano que de un moro? Aquel que tiene un huerto, con tal de que el huerto siga siendo suyo, y siga dando coles y naranjas, tan feliz vive bajo Isabel como bajo Boabdil. Y hoy se encienden fuegos artificiales en honor de un Emperador contra quien ayer se ha quemado pólvora de guerra. Y el pueblo, que se atemorizó con una y se alegra con otra, no sabe el motivo de su temor o de su regocijo. ¡Malos están los tiempos! — dice, ante toda agitación, todo el que tiene algo que perder, y aun los que po-

seen consciencia bastante para soñar con rehabilitaciones y regeneraciones de la Patria — ¡ese grande amor de todo corazón bien nacido!, nos han enseñado a decir —, prefiere que en sus tiempos no tenga lugar el trastorno necesario, a poco que pueda derrumbársele la casa o entorpecérsele el precario bienestar de la vida.

Hormigas, sí, hormigas afanadas, porque el afán es la ley misma de la existencia; hormigas que van haciendo historia sin saberlo y poesía sin enterarse ellas: ¿felices?, ¿desgraciadas? No hay felicidad ni desgracia, me decía un día Ramiro de Maeztu. Yo, en mi peregrinación por estos barrios, que a pesar de casi cinco siglos cristianos han conservado su carácter moro, voy casi creyendo que tiene razón, aun cuando al oírselo decir hube de protestar líricamente, por obligación de poeta que defiende la efectividad de los sentimientos — ¿qué sería, si no, de todos sus poemas? —. No hay más que vida, y con vivir le basta a la inmensa mayoría de los mortales; con vivir, aunque sea en muy poco terreno y con muy poco pan.

¿Esto es optimismo? ¿Es pesimismo? Sinceramente hablando, tampoco lo sé... Pero he aquí que hemos llegado «a lo alto del monte», frente a la iglesia de San Nicolás, y que el previsor Ayuntamiento granadino ha puesto en la explanada unos bancos de fingido mármol, para que podamos gozar a todo sabor del panorama incomparable, que no he de describiros otra vez. Ahora estamos enfrente — río por medio — de la Alhambra. Vemos la altura cubierta de bosque, y las to-

rres y muros del palacio árabe. Vemos, a la siniestra mano, la Sierra, gloriosa como nunca en la reverberación de una sangrienta puesta de sol.

Sube del valle el intenso silencio de la hora; en el aire está el veneno de todas las inquietudes, y el alma, de golpe, como piedra que cayese al agua, rompe la certidumbre consoladora de la negación, y se sumerge desatinadamente en la inquietud de su melancolía. Y le parece que la pena sí existe, y que la felicidad debiera existir, mal que le pese a nuestro paradojista amigo. Y no vale decir que esta inquietud extraña es cosa fisiológica, efecto meramente reflejo del apagarse el día sobre la carne un poco fatigada. Precisamente a fuerza de materialismos de esta laya, ha llegado el viajero a sublimar todos los movimientos de su cuerpo, por la adhesión que muestran inevitablemente a sus impulsos espirituales. ¿Qué más da sentir la melancolía de una felicidad lejana, porque va cayendo la tarde, que encaminar, sin remedio, la melancolía fisiológica de la tarde que cae a la lejanía donde está la felicidad? Desde que hemos querido quitarle el espíritu al cuerpo, el cuerpo todo se nos ha convertido en espíritu, y así vivimos todos nuestros amores, plena, absoluta e indivisiblemente. También obra del diablo esta alquimia; pero fórmula que te ha salido mal, alquimista apasionado e ignorante; si te la debemos, en acción de gracias estamos dispuestos a regalarte el alma, que en otros tiempos te molestabas en comprar, usurero ridículo, sin creer en ella.



DE CÓMO POR VIRTUD DEL SOL, EL ALMA «SE PASEA POR EL CUERPO»



La mañana está fresca y azul; es bien temprano para emprender peregrinaciones a itinerario fijo; aún no se abrieron las puertas de la Alhambra, ni es hora tampoco de pedir éntrada en el Generalife. Sin embargo, a estas horas, el maravilloso carmen debe revelarse a los afortunados sentidos que puedan gozar de él en todo el esplendor de una maravilla nueva. Porque si tan gloriosamente misteriosas son en él las puestas del sol, ¡cuán misteriosamente claros han de ser sus amaneceres! Pensando en esto, el viajero siente una añoranza inquieta: tal la de un amador feliz, que al abrir los ojos piensa que nunca vió a su amada de mañana, en la hora gozosa e ingenua del despertar, en todo el desaliño de una gracia fresca y matutina, con el oabello suelto y aún el agua del baño resbalando sobre la carne limpia.

Estas añoranzas de amor suelen resolverse en vagabundeos, o materiales o imaginarios, en torno al adorado tormento. Amante hay que pasea la calle de la novia mirando a las ventanas, cerradas aún, que le guardan el sueño; si por desdicha ella está lejos, demasiado lejos, él suele hundir la cabeza en la almohada y emprender en su busca fantásticas deambulaciones; el amor siempre está dispuesto a tomar el tren. El viajero, en sus no menos sobreagudas ansias, por amor al Generalife, decide ir a rondarle la puerta en esta mañana gloriosa. ¡Bendito sea Abril y el buen olor que ha puesto en el aire!

En la accidentada calle de la Alhambra, ya los fotógrafos andan atareados en descubrir sus escaparates; a la puerta de una de las fondas, una mujer regatea la compra de pescado; del estanco — posada, taberna, tienda de comestibles — sale el perezoso rasguear de una madrugadora guitarra. La pereza madruga en Andalucía, y ésta es una de las características de esta región feliz; la gente se levanta temprano y se acuesta tarde, para tener más horas en qué perder el tiempo. Tratándose de mí, huelga decir que esta afirmación no encierra ni el más leve asomo de censura; ya queda dicho, en este mismo libro, mi convencimiento de que el único medio de ganar la vida es irla perdiendo consciente y reposadamente en el supremo saboreo del ocio. Yo he nacido en Castilla; pero, sin duda, en anteriores encarnaciones, parte de mi substancia ha debido pasar larguísimos días tostándose al sol anda-

luz en carne de lagarto o de perro libre. El desperezo al sol es una de mis grandes voluptuosidades, casi tan gloriosa como la de sentirme hundir en el agua viva del mar. Bajo el sol hay un dulce atontamiento y una sabrosa calentura. Cuando la carne está bien caldeada y la piel seca, parece que, sublimado a fuego, haya perdido el cuerpo algo de su animalidad; tostado al horno, el barro cuajó en la fragilidad de una maravillosa porcelana, o — como en la artificialidad de una fábula que leímos de niños — tostado el grano de café, revelóse su aroma. Ello es que nuestra estatua de arcilla se hace ligera y prodigiosamente porosa, y entonces, sublimando a concepto filosófico la frase popular, bien podemos decir que, encontrando por todas partes poros abiertos y caminos libres, «el alma se nos pasea por el cuerpo».

No sé si es herejía o licencia retórica localizar el alma en el cerebro o el corazón; ello es que las prisiones, aunque sean retóricas, resultan deprimentes y desmoralizantes; a fuerza de estar presa «la cuitadiña» en estos dos alcázares — dicen que del sentimiento y del pensamiento —, se ha acostumbrado y aficionado a sublimidades, arrogancias y quintaesencias, que han llegado a ponerla del todo insoportable. Tal la chiquilla anémica que llora ante el amor de Felipe Derblay, y toma fósforos por culpa de un cadete. El alma, desde su cárcel del corazón, se hunde en melancolías de imposible; subida al calabozo de la torre — nueva y linda metáfora para el cerebro, que brindo a todos los escri-

bidores que gusten de seguirme el estilo —, se pierde en megalomanías de responsabilidad; preciso es sacarla a tomar el aire. De aquí la suma moralidad de estos «paseos por el cuerpo», que por virtud del sol la traen a flor de piel, poniéndola en contacto inmediato con lo exterior de la vida, que, después de todo, es la única verdad que de la vida sabemos.

En este paseo, dulcísima lectora, vamos, pues, a dejarnos tostar pasiva, pero intensamente, por el sol andaluz, que a pesar de lo temprano de la hora ya tiene al cielo como bruñida capa de esmalte; iremos muy despacio y sin hablar; no tendremos intención de ver nada; mas, mientras lo consienta la dulce modorra que nos ha de invadir, llevaremos muy abiertos los ojos. Puedes estar segura de que las visiones que en ellos se pinten, en este sabrosísimo vagar de la atención, serán de las inolvidables. Te permito llevar una sombrilla roja, para que la luz caiga sobre tu rostro y tu cabello, teñida de rosa, y porque el rojo, dicen alienistas y jardineros, excita las locuras y favorece los florecimientos. Así puede que logremos en esta mañana un buen ramo de desatinos, florecidos a medias en ti y en mí, porque yo te prometo que, si tú no protestas en contra, he de ir lo suficientemente cerca de ti para caer bajo el influjo de la roja seda.

Ya verás, es decir, ya sentirás sobre toda tu carne, primero el suave cosquilleo del sol, sensación aún no de calor, sino de dulzura, y luego, por grados, la fiebre que se acerca, el cuerpo todo que se volatiliza, los pen-

samientos que se desengarzan, dejando a las ideas libres y distintas, como granos de trigo que ruedan por el suelo cayendo del celemín colmado. Comprenderás entonces, sin tomarte el trabajo de razonar, lo inútil de toda relación entre unas y otras, lo rematadamente superfluo de todo engarce. Fuera de la usual disciplina sintáctica, las ideas adquirirán de pronto a tus ojos un brillo de verdad que no tuvieron nunca, y si acaso aún te lleva la costumbre a considerarlas en el espejo de las palabras, te acudirán grandísimos deseos de pronunciarlas en toda sinceridad, sin aliño de convenientes y pulidas hipocresías — por lo cual te aconsejo que huyas de estos pasos al sol con personas a quienes necesites conservar en la ilusión de una necesaria mentira vital —. Conmigo no hay cuidado; hace tiempo que tengo hecho pacto con las palabras, y entiendo siempre lo que quieren decir por encima y a pesar de lo que dicen.

Ya habremos salido a campo abierto. Vamos, naturalmente, camino del Generalife, puesto que queda dicho que este paseo matinal nos empujó el ansia casi de amor de mirarle de lejos y adivinarle hermoso como nunca y medio dormido en el para nosotros misterio de su mañana. Habremos pasado entre los dos hoteles «chic»: allí, la bóveda de árboles nos habrá sobrecogido con una casi desagradable sensación de frescura. Mas como, por ventura, ha sido breve, no habrá tenido tiempo de volvérsenos el alma a su prisión; únicamente, ya casi a flor de piel, habrá experimentado la pobre

cierto temblor, que no sabrá si es de frío o de miedo. Estas dos sensaciones suelen confundirse, porque el miedo no es sino el frío del alma.

Alegraráse, por lo tanto, sobremanera, y dará saltos dentro del cuerpo al sentir nuevamente la caricia del sol. Saboreará con locura la golosina. Hará con las ideas juegos malabares; la luz, teñida en rosa, las iluminará cuando suban y bajen con fulgor de bengala. El alma estará regocijada y niña, y jugará, más, más y más; tanto que las ideas, esferas de cristal o acaso pompas de jabón, después de combinarse en posiciones fuera de toda posible geometría, vendrán a chocar unas con otras y se romperán en cien mil irisados fragmentos. Éste es el instante en que, ya caldeado a rojo el cuerpo, tiene todos sus poros de par en par.

¿Habéis oído hablar de piedras que cantan al sol? No sé si es cierta la conseja. Lo que sí es ciertísimo es que en este supremo minuto de intoxicación solar, todo parece cantar en torno nuestro. Y la canción ya ni tiene palabras ni sentido: es como alma o esencia de toda canción. La sangre va de prisa y pone en el cerebro una palpitación precipitada; la sensación de realidad ha desaparecido en todo el cuerpo; cerramos las manos y creemos sentirlas hechas aire, aprisionando el aire. Todo el espacio es oro inmaterial y palpitante; del corazón ya no queremos saber nada, porque todo el cuerpo es corazón, y rebosando como agua de fuente que cae en el vaso, va a perderse en el gran corazón, que es todo el Universo. A esta hora no sabe-

mos de nuestros amores, pero todos ellos han venido a envolvernos y confortarnos en lo que tienen de esencial: la sensación, la consciencia de una inacabable ternura ambiente. Recordamos, o más bien vislumbramos muy cerca de nuestro deseo el grito de la Esposa del «Cantar», clamando por el confortador aroma de las manzanas. Hay que cerrar los ojos y dejarse caer. Ha llegado la hora de buscar la sombra.

Pero ha de ser una de estas sombras meridionales, que están impregnadas de luz; la sombra de una parra, que es como gasa verde, como ficción de obscuridad. Tendidos bajo el toldo de pámpanos, cerraremos los ojos, y aun seguirán ellos, y con ellos el cerebro, llenos de luz. Y empapado en luz todo nuestro cuerpo, atisbará el alma, traída a cada uno de sus átomos, insospechadas claridades. No temas para el sueño que sobrevendrá — dulce y completo como el de un niño — visiones ni espantos de pesadilla. No has fumado opio ni veneno, sino luz natural y sol de mañana. Todo será claro, juvenil y riente en nuestra peregrinación por los reinos de lo desconocido. Dejándonos en la paz de nuestra pereza, el alma irá a penetrar misterios que solamente lo eran para su encerramiento. Cuando nos vuelva y nos haga despertar, nos volverá feliz, serena, pulida y limpia por su trato de una hora con la verdad. No temas que nos aflija con náuseas ni desmayos, que son en los despertares de orgía otro nombre del remordimiento. No habrá hecho mal a nadie, y se habrá hecho a sí misma un bien infinito.

Ahora hemos de estar largo rato despiertos, con los ojos cerrados, gozando de la infinita paz. Ya será más de mediodía cuando vengamos a completo acuerdo, y volveremos lentamente a la posada. Por el camino todas las cosas nos irán pareciendo recién creadas; comeremos con desacostumbrada fruición y excelente apetito; con el último pedazo de pan nos sobrecogerá invencible sueño; iremos a dormir largamente; no soñaremos. Al despertar se estará hundiendo el sol, y por todo el ambiente habrá una deliciosa frescura; lavado y perfumado el cuerpo, cepillado y aromado el cabello, subiremos a la terraza, por ver cómo se acaba de poner el sol, y cómo la Sierra se tiñe primero de coral, y luego de amatista. Tal ligereza tendremos en la carne, que nos sentiremos indudablemente inmortales. Guardaremos una hora de comprensivo silencio. Cuando del todo se haya puesto el sol, nos acometerá un ataque de sabrosísima locuacidad, merced al cual nos haremos confidencias inesperadas. Y como del silencio y de las palabras vendrá a revelársenos el acuerdo perfecto que los dioses pusieron en nuestro espíritu para gloria de nuestra carne, tendrá el día de sol su complemento en una magnífica noche de amor.

EL DIABLO VENCIDO



EN EL BARRIO GITANO

He aquí que las últimas laberínticas callejas del Albaicín nos han traído al barrio gitano. Ésta es para el viajero, decidido a gozar «lo pintoresco», una de las atracciones de Granada, que no le cede en anticipaciones de ilusión a la visita de la misma Alhambra. ¡Los gitanos de Granada! ¿Quién no recuerda que los pintó Fortuny? Por si acaso lo hubiéramos olvidado, apenas llegados al hotel se nos presenta un guapo mozo, vestido con el más desaforado y pulcro acuarelismo, con patillas de hacha, peinadas, lavadas y hasta perfumadas; con pantalón de terciopelo, con sombrero apuntado, polainas de flecos, faja vistosa; lleva en la mano un mazo de tarjetas postales, ilustradas con su propia jacarandosa efigie, y al ofrecéroslas, por una cantidad módica, no deja de haceros saber, con seriedad que sorprende a los mismos ingleses, que es hijo del gitano

auténtico que sirvió de modelo al pintor malogrado; y lo dice con el mismo sincero orgullo con que cualquier Príncipe heredero pudiera gloriarse en la herencia y memoria del Rey conquistador o pacificador, su augusto padre. El caso es que la ley de herencia a éste también le ha concedido una especie de «lista civil», puesto que vive decorativa y majestuosamente de pasear su facha y su alcurnia, frente a la mirada admirativa y el bolsillo liberal de los hijos de la noble Inglaterra. El viajero, frente a este gitano de guardarropía, no puede menos de evocar la imagen de aquellos mozos suizos, también de cromo, que en las verdes montañas que rodean el lago de Lucerna tocan el cuerno de los Alpes a la puesta del sol, en la productiva cercanía de los grandes hoteles, y piensa: ¿Qué sería de lo pintoresco si no existiesen ingleses en el mundo? Sólo por esta dulcísima misión, sólo por este candor admirable que hace a sus hijos creer en lo típico, y pagarlo por añadidura, se le pueden perdonar a la Gran Bretaña no pocos egoísmos y aun rapacidades. Nuestro gitano se contonea desde que sale el sol hasta que el sol se pone, entre el Hotel Washington y el Siete Suelos. Allí, a las cinco de la tarde, hay mujeres rubias y hombres afeitados que toman te con pan y mantequilla; allí, a las ocho, estas mismas mujeres rubias salen del comedor descotadas, en compañía de estos mismos hombres afeitados, que visten frac o smoking. Las tarjetas postales se venden que es un primor; puede que los ojos azules sueñen frente a los negros del granadino so-

carrón con amores volcánicos y meridionales de los de navaja y fandango; sí, acaso alguna virgen británica siente una extraña turbación al recordar el eco de esta copla, que escuché en una juerga de Sevilla, hace tres noches:

Ya está despuntando el día...
Si esta mujer no despierta,
¡va a ser la perdición mía!...

Pero hay otros gitanos en Granada — diréis — que no son de cromo. Bien quisiera creerlo. Cierto que anoche pudimos asistir, mediante cinco pesetas — lo cual no es mucho seguramente para encontrarse en presencia de la verdad —, a una zambra con danzas de las más sugestivas, y las danzantes, ¡oh, Lucía!, eran de lo más «cañí», cimbreante y serpenteante que pudiera pedirse, con sus faldas profusas y sus blancas enaguas... sí, sí, un exquisito número de music-hall, con empresario y todo. Para curar este casi incurable escepticismo, hemos venido hoy al barrio gitano, como quien dice al corazón de la sandía, para morder la pulpa roja y fresca y sorber el dulcísimo jugo.

Es un camino cortado en la vertiente; respecto a polvo, no hay nada que pedir: los chiquillos retozan sobre él casi desnudos, con la misma fruición que peces en el agua. El río corre hondo, con huertos a una y otra orilla. Es hora de serenidad: las seis de la tarde; es domingo. Viene ya el viajero un poco fatigado, y

por ende con cierta predisposición a hundirse en la creencia y el misterio; además, trae en el corazón cierta inquietud para la cual sería buen remedio una «buenaventura». Después de todo, ¿por qué no han de tener estas gitanas pacto con el diablo?

Precisamente de esta primera cueva sale una; por triste suerte es rubia, rubia como el trigo, rubia como lo son tantas rapazas en Castilla, a fuerza de haber tomado sol; rubia con la cara tostada como corteza de pan candeal. Es difícil hermanar la idea de este trigo en espiga, o ya cocido al horno — imágenes de paz campesina, de abundancia aldeana —, con la de comunicación diabólica que veníamos solicitando. Es muy malo visitar los lugares con la anticipación de determinadas impresiones; todas las contrarias que recibimos nos hacen efecto de decepción, y la poesía real, que sin duda existe en los lugares y en los tipos, se pierde por esta vez para nosotros. ¿Por qué no ha de gustarme, y aun conmoverme, esta gitana rubia y con ojos garzos?

Afortunadamente, aquí llega Lucía. Lucía es morena; en la zambra organizada anoche en honor de los huéspedes del Washington, la he visto bailar. Tiene en la cara, color de canela, un par de ojazos negros que se han sorbido toda la luz profunda de un día de sol, por lo cual dan la misma impresión de infinito que una azul y profunda noche de Agosto; hay una admirable confusión entre sus pestañas de seda y los flecos de su pañuelo de talle. Es preciosa, mimosa, pueril, con esa

gracia de chiquilla española en que el candor no parece nunca puerilidad, ni el atrevimiento perversidad. Se ríe para enseñar los dientes blancos, y entonces tiene en las mejillas dos hoyuelos, en los cuales se esconde toda tentación. Diabólica es la moza; pidámosle la ciencia del diablo:

— No, señor — dice ella modestamente —, yo no sé decir la buenaventura; no sé más que bailar. Además, eso de la buenaventura es mentira; la verdad, verdad, verdad, es la que sale echando las cartas.

Una gitana vieja, que ha oído a la rapaza, con grande indignación sale en defensa de la ciencia y virtud adivinatorias; pero, al mirarnos, todo su ardor decae:

— Es usted español — dice sonriendo —; entonces, de sobra sabe usted que todo esto es guasa; pero con algo hay que ganar el pan para estos churumbeles: cómpreme usted una cestita, y si quiere usted la buenaventura, se la diré a pesar de todo, aunque la niña tiene razón: lo único que es verdad son las cartas.

— ¿Qué dicen las cartas de mi destino, gitana?

— Que es usted moreno y está enamorado de esa señorita que lleva usted a la vera.

— ¡Ay, gitana!, ¿y para eso se ha dignado el demonio hablar contigo? ¡Eso hace miles de años que me lo tengo sabido yo!

— ¿Por qué se ríe la señorita? Si le pone usted encima de la mano una monedilla de plata, a ella sí que se la voy a decir de veras; y le acertaré una pena muy

honda que lleva escondida en el pecho, y que nadie la sabe, porque ella no da su brazo a torcer.

La señorita se ríe demasiado, lo cual ofende un poco a la gitana. Por fin se rinde a la insistencia de la vieja:

— A ver esa pena tan mía y tan negra. Dígamela usted, para que de paso que la sabe el mundo, pueda yo aprenderla.

La pena es misteriosa; tanto, que para descubrirla es preciso, dice la gitana, que entremos en su cueva.

Accedemos, dispuestos a sentir el inevitable escalofrío del «antro».

La cueva es un «silo», es decir, una vivienda excavada en la misma vertiente del monte; es espaciosa, clara, fresca, blanqueada con cal, colgada de pulcros cacharritos de cobre. Esta primera estancia es una especie de antecámara; en el fondo, velada por blancas almidonadas cortinas de percal, está la alcoba; se ve la cama grande, con colcha de cretona rameada, y almohadas con puntillas de crochet. Sobre la puerta hay un cuadro devoto: ¡La Santísima Virgen de las Angustias! Y aquí hemos venido a consultar al diablo. Naturalmente, el diablo no quiere nada con estas gitanas católicas y limpias; la pena sigue oculta, afortunadamente; en cambio viene la inevitable predicción de los tres hijos que ha de tener la señorita, simpáticos como ella y enamorados como su padre, y de la buena noticia que habrá de recibir por telegrama en cuanto lleguemos esta noche al hotel. Naturalmente, gracias y propina; después compra de un calderito.

En otra cueva, con la «mise en scène» aún más cuidada, el empresario de toda la gitantesca banda, mozo con camisa bordada y sombrero ancho, habiéndose enterado, no sé si por arte de magia, de que el viajero tiene la dulce debilidad de escribir comedias y libros de viajes, le propone dictarle una buenaventura «más graciosa — dice él — que la de los niños Quintero», y hasta media docena de «camelos auténticos». Bastará para lograr toda esa buena fortuna con que pague esta noche dos o tres botellitas a toda la banda; además, las niñas bailarán lo suyo. — Aquí, señorito, estamos como quien dice entre gente de casa, y no le vamos a decir a usted una cosa por otra —. Lucía asiente a la disertación, poniendo sobre toda ella la sal de su sonrisa. ¡La sal! Esa es la palabra y éste es el adjetivo: Lucía es una chiquilla «salada». Un atardecer brumoso, en Londres, un inglés aristócrata en sangre y en vida, dejando a un lado el arte de escribir, que es su mayor aristocracia, recordaba en el español más gitano del mundo la lumbre de sus maravillosos ojos negros; y pareció como si toda la romántica bruma londinense se hubiera por un momento dorado y caldeado por obra y gracia de la evocación.

La tarde cae; es preciso volver a la ciudad; volvamos al camino polvoriento. ¿Qué es ese extraño carmen, donde junto a un estanque se ve un mapa de España, trazado en un pedazo de pizarra? Y un poco más allá unas cuantas figuras geométricas. La gitana vieja explica el misterio: es la Escuela del Ave-María, la fun-

dación famosa de D. Andrés Manjón, el canónigo del Sacro Monte, que dándose el trabajo de inventar, después de Froebel y Pestalozzi, toda una ingenua y cordial metodología pedagógica, ha enseñado a esta gitanería a lavarse la cara, a hacer la señal de la cruz, a penetrar los laberintos del alfabeto y de la tabla de multiplicar. Hoy es domingo; la Escuela está cerrada; es lástima; hubiéramos querido hablar con este hombre, que al parecer — ya que su obra lo afirma — tiene una fe ciega en la utilidad de la civilización. Al viajero le causan cierta melancolía todas las empresas civilizadoras, desde que ha tomado la costumbre de viajar por tierras ultra civilizadas. En Alemania, patria de tantas verdades fundamentales, emporio de la ciencia y de la industria, las muchachitas que están al mostrador de las tiendas ganan un marco al día, sin derecho a sentarse en todo él, y por la noche acompañan a cualquier extranjero que quiere aprender la lengua alemana, con tal de conseguir que las convide a tomar uno o dos chocolates ¡con muchos bollos! Verdad es que ya en el Imperio alemán la civilización ha llegado al progreso supremo. Temo que, dentro de veinte años, los ojos negros de alguna gitanísima Lucía estén clavados sobre un libro de Nietzsche, y que sus lindos pies, en lugar de agitarse para la danza, se apresuren camino de un colegio electoral. Ya sabe leer, lo cual no es poco. Don Andrés Manjón tiene la culpa. Dios, por quien él lo hace, se lo perdone.



ELOGIO DE LUCÍA





CHIQUILLA, gitana, vamos a creer en el diablo por el fuego de tus ojos negros, y después, bien puedes pedirnos en albricias un Perú, porque no es poco haber ganado en una vida la creencia en las llamas de un infierno. De menos se han hecho no pocas milagrosas conversiones, tallo de canela con azúcar dentro, y te aseguro yo que en el cielo será día de fiesta mayor, y repicarán solas las campanas, y los ángeles tañerán granadinas en los violines, la tardecita en que entre un pecador convertido a fuerza de penar por el milagro de tus ojos negros...

Porque ha de ser ello una tardecita, Lucía, gitana. No creas en las noches de amor teniendo esos ojos tan negros. Donde estés tú, aunque sea mediodía, estará, por lo negro de tus ojos, todo el misterio de la noche. ¿No has oído decir: donde está Dios está la gloria?

Donde tú estés con los ojos abiertos, estarán dos luceros encendidos, y para los luceros todo el cielo es noche.

Será a la tardecita, y estará el pecador a solas contigo, en el huerto, debajo de la parra. Y habrá una sombra luminosa y cálida, con una impostura, bajo las verdes pámpanas, de frescura de cueva: con lo cual todo el calor del aire parecerá calentura de amor, y toda sed de los labios, ansia de tu boca.

Y tú estarás en pie, gitana, chiquilla, con tu gracia de estatua y de junco, inquieta como llama de hoguera, cual si por todo el cuerpo moreno, morena, estuviese enredando una sierpe su fascinación. Y el maleficio de tus ojos tan graves, trocará en bendición el rojo de tu boca, tan risueña.

Porque ésta es tu gracia y tu fuerza, gitana, mujer; por los ojos eres casi bruja, por la boca niña. Y así tienes, en la distancia breve que va desde tus ojos a tu boca, la sed y la fuente, la herida y el bálsamo, la pregunta al Destino y la respuesta de la buenaventura.

De la buenaventura, cuyos secretos ya se te han olvidado, gitana, Lucía. Cuando te hablan del diablo te ríes, y cuando te he pedido los secretos de mi porvenir has iniciado un paso de danza: ¡Yo no soy gitana de buenaventura!

Tienes razón, chiquilla: ¿qué ventura le va a pedir a la suerte el que tiene la gloria de mirarte y de ver en tu cara el fuego, la fuente y la risa? Por eso, cuando la vieja que te sirve de abuela hace salutaciones sobre

una mano, leyendo destinos por virtud de una moneda de plata, en el nombre de Aquel por quien no puede venir cosa mala, tú entornas los ojos y muerdes con los dientes, ¡tan blancos!, la viborilla roja de tu lengua. Sin embargo, en tu frente se enciende una centella de curiosidad. ¿Acaso dudas de lo que no crees, chiquilla, gitana?

Dura como peña, no haces caso de los madrigales. Tu corazón ha promulgado en ley ininfringible que, pues nació gitano, gitano ha de morir, y mientras oyes, Lucía, gitana, los arrebatados lirismos del pecador, piensas en cómo sonarán trasplantados a la boca, hermana de la tuya, que por decreto del Destino la está esperando.

Y el pecador, Lucía, desespera un poco de su salvación, si ha de fiarla a tu misericordia. Y se pone un instante desatinadamente triste; pero tú le consuelas rompiendo a bailar, y en el trenzado prodigioso de tu danza se rompe su tristeza como un espejo...

Porque no hay pesadumbre que resista a la gloria de ver ondular ese cuerpo gitano, danzante, chiquilla. Tienes un pañuelo de flecos y una falda con muchos volantes. Y cuando los flecos se mueven, bailando tú, y vuelan los volantes, es como si el viento aventase la paja en la era para dejar el trigo limpio.

No hay pesadumbre, no, ante la gloria de tu danza. Hecha pedazos, vuela en el aire de tus volantes y se dora al sol. Y el pecador comprende que ese es tu destino: disipar la tristeza, romper el pensamiento, aventar la ceniza...

Y te pide perdón, Lucía, gitana, por haber pretendido, con una hora de amor, cristalizar el agua, parar el viento, inmovilizar la llama: sacrilegio, chiquilla, sacrilegio, como ponerle a un beso un consonante y clavarle hecho verso en un papel.

No eres para nadie, Lucía, no eres para nadie, gitana. Eres tú misma dentro de ti misma, fuego en hoguera, vuelo en ala, corazón en vida, palpitación inevitable. Y la mano que se tienda a cogerte, como si se acercara a lo infinito, caerá paralizada para siempre, por profanadora...

Aquí están tus ojos, aquí para ellos las palabras que te quise decir: una para cada fleco de tu pañuelo; que cuando estés bailando, sean cascabeles y te regocijen con el ritmo que tú les quieras dar. También te ofrecería todos los besos que no te he dado, si los quisieras tú; en esas trenzas negras acaso ardieran como claveles. Tú verás. Si una noche despiertas, y tienes calentura, que sean en tus labios lo que ha sido tu danza en mi pena.

Y ahora que me voy de Granada, donde hubiera debido nacer, déjame que te diga que me olvides, para poder llevarme la ilusión de que siquiera un día, Lucía, gitana, has sabido que estoy en el mundo.

DE LA CARIDAD, DEL ARTE Y DE ALGUNAS VIRTUDES FEMENINAS



VISITANDO IGLESIAS

No es posible que nos vayamos de Granada sin hacer una visita de iglesias. Quien dice Granada, dice Reconquista, y sobre los abrojos de pobreza y ruina que el tozudo heroísmo de casi siete siglos trajo consigo, la única flor que se levanta es la de la arquitectura religiosa, rosa de fe, bastardeada por la ostentación, es cierto, pero al cabo testigo en piedra y cristalización de ideales, que aunque hayamos dejado de comprender, no podemos por menos de reverenciar. Vamos, pues, a recordar hazañas, recorriendo altares. No frunzas el ceño; aunque tu desatado individualismo, que tú crees sencillamente cuestión de lógica, y que es una forma como otra cualquiera de sentimentalidad, te haya llevado a hacer, en tu léxico íntimo,

sinónimos «hazaña» y «desmán», es preciso que por hoy te olvides de que has venido al mundo después de proclamados los derechos del hombre.

—Antes que los derechos del hombre se proclamaran, recogió Moisés en el monte la palabra de Dios: ¡No matarás!

—Y a ese mismo Dios clamaba Moisés con los brazos en cruz para ayudar a la matanza de los Amalecitas.

—Y Cristo Jesús, en cuyo nombre se han unido las piedras de estos templos, predicó el amor en fraternidad como ley.

—Abominando de los templos, dices bien; pero en su nombre y por su amor se han derramado ríos de sangre.

—Porque los hombres han despreciado su palabra.

—No lo creas; porque no hay palabra que no sea susceptible de apasionadas interpretaciones, y porque la mayor desventura que puede sucederle a una verdad es caer bajo la interpretación amparadora de un poderoso... Las palabras de Cristo, y con ellas todas las palabras de pura y suave y amorosa misericordia, son fieles a su sentido primordial mientras están únicamente en el corazón de los pobres, de los esclavos, de los pecadores capaces de humildad, de los que nada tuvieron que perder nunca, o de los que ya todo lo tienen perdido; mientras son doctrinas, en una palabra, mientras son consuelo de una rebeldía muda y toda interior. Pero cuando trascienden a los privilegia-

dos de la tierra, cuando se hacen religión oficial, como, naturalmente, los privilegiados no han de renunciar a sus privilegios, emplean, inconscientemente — no es tan grande la perversidad humana como los resultados nos hacen pensar —, sí, inconscientemente, esa sublimidad en sublimarlos, y el rojo de sangre con que la doctrina brotó del corazón del justo, en vestir de púrpura sus injusticias... Una religión, perdido ya el sabor de agua de fuente viva, tiene por misión única exaltar y espiritualizar en lo posible los ideales y las aspiraciones de la época en que va profesándose. Por eso una misma palabra, «caridad», por ejemplo, va pasando a través de los siglos por tantas opuestas acepciones. Por caridad besa Isabel las llagas de los leprosos; por caridad aparta la Iglesia a los leprosos de todo amparo humano; por caridad recoge Vicente de Paúl a los niños pobres; por caridad quema la Inquisición a pobres neurasténicas; por caridad muere en la hoguera Juana de Arco; por caridad se la beatifica... Puesto que caridad, según el catecismo que ahora aprendemos, significa el acto de amor de Dios y del prójimo, algunas de sus adaptaciones ocasionales pueden parecernos hasta sacrílegas; pero para juzgar de un hecho habría que saber sin duda posible la significación que el hecho tuvo en la conciencia de quien le llevó a cabo. Así, pues, prescindiendo de interpretaciones, vamos a admirar esta maravilla de arquitectura del Renacimiento que es la Catedral, a pasmarnos ante el perfecto y suntuoso circulo de su capilla mayor, y olvidan-

do si quieres, a Hernando del Pulgar, recordemos en toda paz a Diego de Siloe, el arquitecto que en la serenidad de su sueño de arte quiso, para símbolo de esta iglesia, un búcaro en que está un ramo de azacenas.

— Sí que es verdadero apacentamiento del alma en serenidad la contemplación de la obra de arte, única y sencillamente considerada como labor que, por virtud, de paciencia, va trayendo a forma la espiritualidad de un sueño... Este ramo de azucenas... Mientras el artista trabaja es un anacoreta, porque está en soledad, fuera del mundo y de toda inquietud material, sólo con su tormento frente a su obra, que aun en las rebeldías le acaricia los ojos y la inteligencia, íntimo con ella en intimidad superior a la del amor más apasionado, poseyendo su alma con la más firme de las posesiones; absorto, profundamente atento en constancia, en renunciamiento y pobreza, puesto que de nada necesita; en perfecto desinterés, puesto que nada quiere saber de la vida. Las horas se deslizan para él apresuradas y sabrosas, en rapidez que, sin embargo, le deja el saboreo de cada segundo, y la forma que surge de su esfuerzo y su meditación a él mismo le sorprende, siendo tan suya, como don, como gracia, como caricia de muy deseado y al cabo bien correspondido amor... Sí, pensemos en Diego de Siloe y en su fruición ascética al mirar resuelto el problema de esta bóveda, que después se ha llamado maravilla del mundo; evoquemos la mística atención de Alonso Cano y su pasmo al

mirar confirmada en la talla su concepción devota de la Madre de Dios. Sentémonos un rato y apacentemos los ojos con la policroma riqueza de las vidrieras, con las sinuosidades de la línea, casi trocada en música en el prodigio de la ornamentación... y luego, con el espíritu saturado de paz, bien podemos entrar en la capilla del Sagrario; después de todo, la hazaña de Hernán Pérez del Pulgar no es de las que peor se avienen con un concepto puramente cristiano de la virtud. Todo quedó en paso de romanticismo; él — dice la crónica —, exaltado por relatos de hazañas soldadescas, quiso sobrepujarlas, y juró tomar posesión de la mezquita mayor de Granada para iglesia de la Virgen María, en su advocación de Nuestra Señora de la O. Y como lo juró lo hizo, acompañado de sus quince escuderos, a uno de los cuales, caído en los noques de la tenería, quiso bonitamente alancear, por no dejar prenda viva de su paso en Granada. Todo ello es bizarro y de buena ley; en la noche serena de un diez y ocho de Diciembre, cuando el cielo está azul y las estrellas parecen pestañear de frío; cuando el suelo relumbra de escarcha, gusta evocar el paso de aquellos diez y seis por el laberinto de callejas moras, llevando sus manojos de encendido esparto, arrastrados por el ansia de gloria, y amparados por una devoción a María, exaltada y caballeresca. Cierto que el del Pulgar había también jurado prender fuego a Granada, y achicharrar por consecuencia a buen golpe de infieles. Mas la Virgen María, en cuyo honor se emprendió la aventura

romántica, no permitió que fuese manchada con sangre, ni de cristiano ni de infiel — ella es madre de todos, y a los magos que vinieron de Oriente a contemplar al Hijo no les preguntó el nombre del Dios a quien servían —, y por aquella noche Granada siguió durmiendo en paz.

— Ya ves cómo no todas las evocaciones heroicas son abominables. Todo está en saber cerrar los ojos a tiempo. ¡Cuántas suaves evocaciones de abnegación y suavidad femeninas pudieras hacer en la capilla real, frente al sepulcro de Isabel la Católica, olvidando en su sumisión de esposa y en sus desdichas de atormentadísima madre su funesta influencia de conquistadora! Yo, que tampoco puedo mirar con simpatía su obra, la he puesto muchas veces, sin embargo, en parangón con nuestra muy amada Teresa de Jesús, en consideraciones de admiración apasionada sobre el heroísmo femenino, hecho por mezcla extraña de osadía suma y de suma obediencia, insconsciente, ignorándose a sí mismo y su propio mérito, y a pesar de ello sutilizando en la acción hasta la quinta esencia de las responsabilidades; sin vanidad de su grandeza, porque la pesadumbre de las ideas seculares hacen creerse intrusas a estas mujeres admirables en los reinos del heroísmo. Teresa siente escrúpulos mientras escribe sus inmortales conceptos de «estorbarse de hilar estando en casa pobre y con hartas necesidades», tal llamamiento a la hu[illegible] y en toda grandeza femenina. Y acaso t[illegible]l dejó muchas veces la



rueca, con temor de faltar a su deber, para resolver conflictos de legislaciones. Y otros días se apartó en su tienda de guerra a llorar por el infortunado destino de sus hijas, Catalina y Juana, esposas sin ventura de reyes inconstantes, o por la muerte de su Príncipe Juan, esperanza truncada de su amor de madre...

En vista de lo cual bien podemos ir con espíritu sereno a la visita de San Jerónimo, y, pensando en el Gran Capitán, que en aquella iglesia tiene su sepulcro, dejar de lado sus batallas, y evocar su donaire de andaluz simpático que lucha de astucia con el más astuto de los Reyes, que rasga diplomacias a punta de espada, que hace gastar el bronce de las campanas por celebrar victorias, con gallarda garrulería; que pasea el hervor de su sangre, netamente española, bajo el sol hermano de Italia; que fantasea, miente y triunfa como gran señor...

— No, gracias; basta de evocaciones para un solo día.

— Es que la iglesia de San Jerónimo es otra joya de Arte cristiano.

— A cada día bástale una admiración; ahora vamos a comprar claveles; precisamente aquí, a la puerta de la Catedral, nos encontramos los puestos de flores. Démelos usted todos de color de rosa, viejecilla de boca desdentada y riente. ¿Que pone usted entre ellos una rama de azahar? Miel sobre hojuelas. ¿Y ahora una fragante mata de albahaca, y hasta un puñado de hojas de Santa María? Felicidad para toda una tarde. Felicidad

olorosa, natural, campesina, sin evocaciones; gloria sin más suscitación posible que la paz de un huerto. Huerto han llamado místicos al alma; vamos a poseer en paz la nuestra, siquiera una tarde, por la misericordia de este ramo.



DE LA MUERTE Y DE LA SEPULTURA



EN LA CAPILLA REAL

Aquí están los sepulcros de Isabel y Fernando, los católicos reyes que hicieron de Granada el ápice y la flor de sus anhelos, y plantaron en ella la bandera y la cruz; aquí los de Juana, su hija, la loca de amor, y Felipe el Hermoso, su marido. En el silencio de la capilla, el mármol de los túmulos parece cobijar el sueño eterno de estos dos corazones de exaltadas mujeres, que sólo en la muerte hallaron descanso, y de estos dos hombres, tan amados por ellas, y de tan extraño y enigmático espíritu. Digo parece, puesto que los cuerpos no están en los sepulcros, sino en la cripta de la misma capilla, humildemente cobijados bajo losas de piedra.

Las cuatro estatuas yacen sobre los túmulos, que fingen amplios lechos nupciales. Ángeles, Apóstoles, Padres de la Iglesia hacen guardia de honor a los

muertos. Toda esta pompa sepulcral intenta en vano redimir y aligerar la pesadumbre del sepulcro. ¡Haberse de enterrar, someter la carne a la grave frialdad de la tierra y a la podredumbre lenta y repugnante! He aquí la más desoladora de las formas de la resignación cristiana.

¿Quién podrá de buen grado aceptar, no ya para la carne propia, sino para la muy más amada de aquellos a quienes mucho amó, la profanación del lodo y los gusanos, con tan horrenda elocuencia descrita por Fray Luis de Granada? ¿Cómo resignarse a morir, fibra a fibra, en podredumbre, ni aun con la esperanza católica de la resurrección de la carne?

¿Y estos mármoles, que sin duda tan dolorosamente pesan sobre el pecho, donde ya está hecho piedra el corazón? ¿No os parece que el alma, o bienaventurada o atormentada en su vida, más allá de la muerte, gustará en sus gozos o en sus desolaciones de venir a las veces a compartir unas u otras con el cuerpo que le fué en la tierra vestidura y morada? ¿Y pensáis que, entrañable como el alma es, no ha de padecer horrenda e inacabablemente ante la podredumbre de las entrañas que palpitaron por sus emociones? ¡Sí, las alas del alma han de mancharse en la corrupción de este pecho, donde anidó el amor; de estos brazos que, estrechándole, intentaron aprisionar siquiera una vez lo absoluto; de estos ojos en los que puso lágrimas el sumo gozo y centellas la suma indignación; de este vientre donde cuajó la vida el supremo misterio del hijo; de

estos senos que le amamantaron; de este cerebro, en fin, que soñó, que esperó, que pensó, que rigió y ordenó por y para todos los miembros; de este cerebro tan hermano del alma y tan uno con ella, que en los días de humanidad no acertó la conciencia a concebir noción de diferencia entre uno y otra.

«Enterrar a los muertos» parece ser mandato de misericordia. «¡Quemad a vuestros muertos!» es precepto de amor. Que limpiamente vaya el aire al aire; que la carne doliente purifique todas sus llagas en la gloria del fuego. Que la ceniza, limpia en su insensibilidad mineral, pueda guardarse sin horror, como joya para los que amaron el cuerpo de que fué sostén, o lanzarse a los cuatro vientos en una clara mañana de sol o en un atardecer de melancolía. Y que si el amor de los supervivientes o del alma misma que habitó aquel cuerpo van a buscarla en evocaciones y visitaciones, lo encuentren inefablemente mezclado y confundido con la sonrisa de la Naturaleza toda, y puedan en ficción consoladora imaginar el limpio brillo de los ojos en el agua que corre, y el rojo de los labios en alguna rosa, y hacer mitologías, por cuya virtud suene a la voz perdida la voz de las fuentes, y sepa a los besos desvanecidos el buen olor del aire que — dijo Shakespeare — «ha pasado sobre un bancal de violetas...»

Sin embargo, diréis, todo este panteísmo, si literariamente consolador, parece ir contra el instinto mismo del hombre, y aun contra toda su sentimentalidad. Todos amamos anticipadamente nuestro sepulcro en la

veneración que nos inspira la huesa de los que nos precedieron. En el sepulcro está la raíz misma de la inmortalidad; el hombre, dondequiera que vaya, desea llevar consigo a sus muertos. Ved a Abraham caminando con el cuerpo de Sara, la predilecta esposa. Y a Jacob llorando sobre el sepulcro de la dulce Raquel. Y a esta misma reina Isabel la Católica, espejo de cristianas humildades, pensó en la pompa de su sepulcro y en la felicidad de descansar en paz, y por los siglos de los siglos, junto al cuerpo de su diplomático Fernando. Y quiso junto a sí la sepultura de sus hijos, precisamente en esta Granada que tanto amó. Y Carlos V, por la afición que también tuvo a este vergel morisco, lo eligió para sepultura, no sólo suya, sino de todos los Reyes, sus sucesores, y a la muerte de su Emperatriz Isabel hizo peregrinar su cuerpo a través de las soledades de Castilla para venir a buscar aquí su lugar de reposo. Y Felipe II, el que historia y leyenda quieren pintarnos como campeón de todo ascetismo, también tuvo el apego anticipado a la pompa de su enterramiento, y labró panteón para sí y los suyos en la austeridad de El Escorial, e hizo trasladar de Granada a los muertos que su padre hiciera enterrar allí, para que gozaran la paz definitiva en el lugar que, en vida, él halló más propicio al reposo.

A esto os respondo yo que todo esto es bien cierto, y que el alma tiene tan imperiosa necesidad de amor, que se enamora hasta de sus propios dolores. Dios os libre, lectoras, de la negra voluptuosidad de la triste-

za, porque una vez que os haya dominado el vicio de su saboreo, ya nunca jamás podréis librar el alma de su yugo grave y de su gusto amargo! Y el horror es, como el vértigo, espantoso, pero irresistible.

Yo os juro que la mayor parte del espanto que causa la idea de la muerte tiene por fundamento el horror de la carne a la sepultura. Desaparecer no es dolor muy intenso. Que desaparezcan los demás — salvo en uno o dos casos para cada vida, los de aquel uno o dos que nos son esencial alimento del alma—, tampoco es irremediable desolación. No hagáis una mueca indignada ante este que acaso os parezca desagradable alarde de escepticismo; hay que tener valor de decir la verdad. No es preciso llegar a consolarnos de nuestros muertos, porque prestamente los olvidamos. Tampoco se alarme vuestra arraigada religiosidad: nuestras esperanzas cristianas debieran hacer para nosotros días de júbilo de aquel en que las almas, rompiendo la prisión de la carne, aborrecida por San Pablo, van a buscar el gozo de la luz inmortal. Bien que egoístamente nos dolamos a la pérdida de esos pocos amores que hemos llamado ya únicamente necesarios; pero, ¿cómo explicáis el horror que os produce la muerte de los indiferentes, de los desconocidos, esta sola palabra: «la muerte» por la muerte? Sólo, creedme, sólo por el horror de la sepultura.

La vida quiere vida; la materia clama por la inmortalidad; el barro de que estamos hechos, por la transformación rápida, luminosa, casi pudiéramos decir glo-

riosa, del fuego que le está llamando; oigamos el grito, satisfagamos el ansia, demos cumplimiento a la profecía. ¿No habéis sentido tantas y tantas veces, siempre que os ponéis en contacto con la Naturaleza, siquiera sea únicamente por la sencilla acción de asomaros de mañana al balcón y respirar el aire libre, un ansia interior de disolución, de fusión, de mezcla con la vida universal que aquel aire os anuncia? ¿No habéis gozado la sensación de un par de diminutas alas, nacidas en cada átomo de vuestro cuerpo? Y al hundiros en la gloria del agua para el baño, mucho más si fué en río, mucho más si en la inmensidad viva y fresca del mar, ¿no habéis sentido como si quisiera deshacerse la carne y mezclarse inacabablemente con el agua, y perderse con su substancia, y ser agua, agua bajo el sol? ¿Y en los días de sol, palpitación ni más ni menos que la palpitación del aire caldeado? Y los aromas de las flores, y la fragancia de los pinares, y esa otra fragancia de las arboledas, en la humedad de una tarde de otoño, ¿no os parecen parte de vuestra propia substancia, esencia de vuestra misma esencia? Y en la serenidad de la noche, cuando os olvidáis de la tierra mirando al cielo, que sabéis que no es cielo, y olvidando en la suma quietud del espacio todas vuestras mezquinas inquietudes, ¿no habéis comprendido que vuestra forma es cosa transitoria, prisión de momentos, y que el verdadero lugar de vuestra materia está en ese espacio inacabable donde toda forma es posibilidad?

Pues todo esto no son voces inútiles ni fuegos fa-

tuos, sino verdades dichas en ese claro lenguaje de la verdad que habla por el instinto, tan claro que nuestro entendimiento, turbio de ideas preconcebidas y de prejuicios seculares, no acierta a entenderlas, deslumbrado o desconcertado por su misma diafanidad.

Y esa voz de verdad dice que el alma, dominando un instante a la materia — la vida es un instante en la eternidad, nos dicen los místicos —, se hizo su propia forma y le dió una belleza y una razón de ser por la íntima fusión consigo misma; y una vez que el espíritu ha abandonado el cuerpo, es casi sacrilegio tratar de conservar una forma vana que ya de nada sirve ni a nada responde, y es crueldad someterla a las lentitudes, acaso dolorosas, de la putrefación — ¿quién sabe si algo de sensibilidad queda por costumbre de ejercitar su función receptora o transmisora en la carne que llamamos muerta? —, para que llegue a la nueva fusión con la substancia eterna que la está llamando. Ya os lo he dicho: aplaquemos el clamor, realicemos rápidamente la profecía.

Acaso hay restos aún en la huesa de esta inquieta Isabel, que quiso un mundo y otro mundo para dar a su espíritu jardín de esparcimiento, tan vagabunda que hizo peregrinar a su amor de pueblo en pueblo, rebelde a políticas imposiciones, tan ansiosa de conocimientos que aprendió latines, tan soñadora que gustó de hilar, por su propia mano, el lino que había de servir a las camisas — entonces lujo inusitado — de su marido. Y en este otro de la Reina Juana, también peregri-

na de amor, y ésta trágicamente, después de la muerte del amado, Reina, dicen que loca y seguramente tan desdichada. ¡Cuántas noches de soledad y de angustia habrás deseado, enamorada triste, hacerte aire en el aire y deshacer tu cuerpo para volar adonde te llamara la inquietud dolorosa de tu deseo! ¡Y aun la piedad, mal entendida, conserva la prisión para tus huesos, consumidos de tantos fuegos, de tales hogueras!...

¡Paz bajo el mármol! ¡No hay paz mientras subsista como cuerpo un átomo del que sólo fué cuerpo porque vivió en él un alma! ¡Rosas, claveles, azahares de Granada, invadid el sepulcro, arraigad en las juntas de las losas y desunidlas pronto! ¡Que el sol caliente los huesos áridos, que vuestras raíces beban prestamente lo poco de vida que aún pueda haber en ellas, que florezca el lodo que una piedad despiadada transformó la carne, que se disipe el hedor y que surja el surtidor fragante de vuestro perfume! ¡Palmas para esta huesa, porque Isabel soñó con nuevos mundos! ¡Granadas abiertas para esta otra, porque Juana enloqueció de amor! ¡Y todos los claveles de un carmen para esta de Isabel, la Emperatriz, porque Lombay se consumió por ella!

LA VIRGEN DE LAS ANGUSTIAS



Si por fortuna tuya eres católica, lectora mía, ven conmigo a hacer una visita a la Madre de Dios, que en el misterio de las siete espadas para un solo dolido corazón, venera el pueblo granadino con simpática idolatría. Vamos anochecido: ésta es la hora suave en que «la Señora» gusta de recibir a sus devotos. A pesar de las llamas de los cirios, el templo está en penumbra, y así, sin demasiada confusión, se le pueden contar a la madre las tormentas espirituales. La Señora está en su camarín «de ricos mármoles», dice la guía, y tiene el pecho cubierto de joyas; en el regazo sostiene al Hijo muerto, «Jesús en falda», dicen los granadinos; pero el rostro, también aprisionado, en la riqueza bárbara del rostrillo, no se puede inclinar a mirarle.

Tampoco al pecador que le diga sus cuitas le ha de mirar; más vale así. ¿No habéis, acaso, reparado en

que si una mujer quiere de veras, nunca mira a la cara del hombre que le está haciendo confesiones de locura o de extravío? Es porque el amor de mujer, cuando de dolores se trata, apartando los ojos, ve por el corazón. Por eso la Señora tiene el pecho traspasado por los siete dardos, y el tormento de sentirlos clavados le dice harto nuestra locura. ¡Si supierais qué garantía de misericordia para el pecador es el que su pecado haga sufrir mucho a quien le tiene que perdonar! En el sumo dolor se anegan todos los orgullos, y todos los rencores perecen. Quien sabe hacer sufrir, sabe hacerse amar: ésta es sabiduría de todos los siglos.

... «María guardaba todas estas cosas en su corazón...» Ésta es una de esas palabras por las que el Evangelio se ha hecho como panal, y a través de los tiempos pone sobre toda inquietud el bálsamo de su dulzura. ¡Oh, maravillosa lección de silencio!

Todas estas cosas... y todas estas cosas eran el incienso y la mirra y el oro de los magos, y las simples ofrendas de los pastores, y los prodigios que en el cielo de Oriente daban testimonio del cumplimiento de las profecías, y la inquietud de todo el pueblo de Dios que sentía llegar la promesa, y la enemiga de los poderosos del mundo — Reyes y sacerdotes — y el gozo de saberse Madre de Dios, y el dolor de escucharse profetizar Madre de Cristo, y la aprensión de las contradicciones, y la visión del futuro tormento, y la suma pobreza y la riqueza inesperada y renunciada apenas llega... todas estas cosas... y un corazón, un dulce

corazón de mujer, ha sabido guardarlas y considerarlas y callarlas maravillosamente. Aquí podemos, pues, en la propicia sombra de la noche que llega, dejar nuestra inquietud como una espada más para el dolido pecho; la Madre no nos mira, pero la guarda en su corazón, y porque el corazón de la Madre es como laboriosa y milagrosa abeja, nos la volverá trocada en miel de paz, el día en que más nos duela la herida.

Privilegiada es la ciudad que tiene a la Madre de Dios en su camarín, accesible y callada para escuchar mejor. Los granadinos sienten con simpático romanticismo este privilegio, y precisamente al anochecer, la hora de las discretas confidencias, la hora en que, en el espíritu más disipado, el tráfago del día que termina deja un instante de autoposesión, vienen a hacerle la breve cortesía de un saludo.

Confieso que este rápido pasar de hombres, frente al mirar ausente de la Dolorosa, es una de las más claras visiones que me ha dado el mundo católico en mis peregrinaciones a través de sus templos; acaso por su carácter de intimidad absoluta, por su carencia de toda ceremonia, de toda fórmula ritual; aquí ni antífonas ni inciensos, ni latines bárbaros, ni sartas de arrastradas «Ave-Marías» que, a fuerza de pasar por labios que las dicen tediosamente, han perdido el perfume de rosa con que aromaron la fantasía de Domingo de Guzmán, ordenador de la mística guirnalda. Aquí habla en el silencio el cariño — más exacto parece decir «cariño»

que afirmar «amor», al definir el sentimiento que une a los granadinos con María —, sencillamente con levantar los ojos, sin pompas de alarido ni aun de deprecación. ¡Buenas tardes, Señora!, y la Señora, en inefable familiaridad: ¡Anda con Dios, hijo!



UN DÍA EN CÓRDOBA



LLEGA el tren a las cinco de la mañana; mas, como primavera, ya es hace rato de día claro. Aunque el viajero venga algo fatigado del tren, ¿cómo ha de retirarse a descansar, desdeñando el desusado encanto de visitar por vez primera una ciudad en esta hora limpia y matutina? Apenas, tal le aguijonea la curiosidad, toma tiempo para dejar el equipaje en la fonda, lavarse y cepillarse a toda prisa; además, el día promete ser harto caluroso, y hay que aprovechar el aire fresco. A la calle, pues, sin esperar la jícara de chocolate que, oficiosamente, ofrece el hostelero. Éste es el paseo de los Reyes Católicos. Al fondo se vislumbra la Sierra; del lado opuesto comienza el laberinto de la ciudad; vamos a perdernos en sus revueltas.

Aquí tenemos una calle, que tal vez a los cordobeses les parezca ancha; es indudablemente la gran vía del

comercio de esta ciudad; hay en ella buen número de cafés con mesitas de mármol... y mecedoras; esta novedad se le antoja a nuestra pereza de muy buen agüero. Por lo visto, aquí cada ciudadano es tan feliz como militar de guardia a la puerta de un cuartel: la igualdad ante la mecedora es un derecho simpático e indiscutible. ¡Bendigamos a Córdoba, que así lo ha comprendido, y regocijémonos con la seguridad de haber llegado a sitio donde indudablemente se practica el arte sublime y filosófico de perder el tiempo. Aunque, como va dicho, es casi de madrugada, el viajero siente deseos de dar por terminada la excursión en la dulzura de una mecida taza de café; pero el amor a lo pintoresco vence, y cerrando los ojos, por no enterarse demasiado de la tentación, pasa rápidamente la calle principal y llega a una moruna encrucijada, en la cual toman su nacimiento varias calles, todas estrechas, todas en cuesta, todas pavimentadas con guijarros primorosamente puestos de punta, todas bastante limpias, todas maravillosamente silenciosas.

A un lado y otro abren sus cancelas los bien famosos patios cordobeses; en algunos, el agua de una fuente cae sobre el mármol y aljofara el verdor de las macetas; en todos hay una grata paz soñadora; en ninguno se ve figura humana, ni se oye el más leve rumor que denote vida. Las mecedoras, como en los cafés, siguen ofreciéndose en estos patios, con tentación casi irresistible, al fatigado cuerpo del viajero, el cual, con más valor que el Cid, sigue su peregrinación sobre pie-

dras de punta, alzando con frecuencia los ojos al cielo para gozar del incomparable bruñido azul. Este azul de cielo andaluz da impresión de eternidad por su perfectísima limpieza; mirándole, es imposible comprender el fenómeno meteorológico que en Castilla, por ejemplo, llamamos «nublado». No pueden existir nubes bajo aquel cielo: el azul es no sólo limpio, sino caliente, y parece que hubiera de anonadar todo lo que a su esencia se opusiera; el viajero que no ha pasado más que un día bajo el cielo de Córdoba, puede llevarse mundo adelante la impostora, pero gratísima convicción, de que el azul aquí no es cualidad, sino esencia, y de que esta limpidez del aire en la alta bóveda es afirmación irrebatible y existente por sí y para «in æternum».

Si sus padres no hubieran previsoramente cuidado de darle dioses, hoy le hubiera nacido una religión, en la cual, como esencia divina, se hubiera levantado indudable y sereno el cielo cordobés. Como las celdillas de su religiosidad están desde hace tantos años llenas con todas las mitologías necesarias, hoy, en su ansia de deificar, se resigna a hacer de la esencia atributo, y piensa, como los andaluces que lo han cuajado en copla, que este azul es el manto de la Virgen María.

Llegado a este punto de la divagación, un rumor de colmena le hace volver a la realidad. ¿Dónde estamos y quién se ha atrevido a romper el silencio? Sencillamente es un irregular ensanchamiento de la calle, que está aquí más en cuesta que nunca, y que debe servir

de mercado; en el más primitivo modo, cestas y banastas, puestas en el suelo, muestran la mercancía sin aliño ni adorno ninguno, fiadas en la necesidad del comprador; nada de atraer la voluntad con el señuelo del arreglo artístico. ¡Avergonzaos, pulidos escaparates de la rue de la Paix, de Bond Street, de Leipziger Strasse; aquí no hace falta seducir para vender! Ved esa sarta de vistosos pañuelos de seda, arrastrándose en comunidad niveladora con esa otra de olorosas cebollas; ved la hortaliza hermana de la cretona, y las dos arrastradas sobre los mismos puntiagudos guijarros; ved la lechería simplemente instalada en un banquillo de pintado pino, donde hay media docena de vasos y un barreño con agua para fregarlos, y ved las vacas junto al banquillo, sin refinamientos de establos ni pesebres, comiendo lindamente la hierba, que está en el suelo también. Ante esta bucólica humildad, el viajero siéntese también humilde y también bucólico; sí — piensa —, hagamos acto de comunión con nuestra madre Naturaleza. Y acercándose a la vendedora, que sentada en una sillita de enea espera al comprador con resignación casi musulmana, le pide un vasito de leche, que ella le tiende, rebosante de espuma, tibio, casi me atreveré a decir fragante. El viajero le saborea lentamente. Dejándose nevar el bigote y acariciar parte del rostro por la espuma, siéntese niño un fugitivo instante; recuerda cuántas veces en la aldea mamó leche en las ubres mismas de una cabra, ni más ni menos que un héroe o semidiós de mitología. Por gloriosísima

asociación mental, traído de la sensación a la idea, piensa en el chiquillo gordinflón, que bien pudiera ser su hijo, jugando con el pecho de la madre, y dejándose bañar el rostro por la leche tibia, y el cielo aún intensifica la joya de su azul, y en la luz hay todo un musical ensueño de mañana sonreidora. Con pocas monedas de cobre se paga todo este encantamiento; el viajero se relame los labios, en los que están mezcladas la real y la imaginaria golosina; una gran onda de alegría animal se le desborda del corazón, tonificándole la carne toda. Por milagro de ubicuidad, en cada glóbulo de sangre se aposenta y se mueve toda el alma. Si esta hora pudiera ser de amor, a buen seguro que fuera de prodigiosa fecundidad. De la vibración apasionada de este instante nacería, sin duda, un héroe o un santo; de un modo o de otro, un iluminado, hecho invulnerable por la inmersión total de su cuerpo y de su alma en la virtud saludable de la Naturaleza; hermano de la tierra había de ser, de raza de centauros, fuerte y humilde, dócil y arrogante, tan hecho a medida de las leyes eternas que estuviera por sobre toda ley, con inteligencia de luz, y voluntad tan madura y tan recta que sólo con mostrarse fuera misericordia; la palabra, como miel en su boca y con toda la sal de la verdad y la insídia del convencimiento. Tan limpios los ojos que todas sus miradas fueran caricia; tan piadosas las manos que todos sus contactos fueran remedio; los pies infatigables, y aún más infatigable el corazón. De tal modo que la pasión fuera como la llama

natural de la hoguera de su pensamiento; y así para él no habría en el mundo, ni más allá del mundo, obscuridad, y su nombre, fuera cual fuese, habría de ser, en los tiempos que después de él vinieran, equivalente a bendición y sinónimo de elogio perfecto...

¡Oh, suave golosina; oh, leche tibia y blanca que así me diste voluntad de crear, como si fuera un dios, la obra perfecta que hasta hoy manos de dioses no forjaron; bendita seas, y contigo el milagro de esta mañana cordobesa, y benditas las manos de mujer que tan sencillamente me alargaron el vaso, sin saber que iba en él tan desmedido y sublimado tesoro!

Todo el oro de Arabia y todos los diamantes de la India no consintiera yo en trocar por este espumoso vaso rebosante, por esta tibieza que se me entró en el corazón, por la gloria de este despertar a una conciencia nueva y a una voluntad jamás sentida. Una fuente me ha nacido en el pecho, Córdoba, sultana, emperatriz de la mañana azul, en medio de esta plaza tuya, pobre, sembrada de guijarros, donde se venden cosas frugales, hijas de la tierra, verduras, pan y ramos de claveles. ¡Ojalá yo pudiera volverte el beneficio; yo, pobre como tú, y acaso más, puesto que todo mi caudal le tengo en palabras! Alguna desusada, nunca oída y eficaz, ¡sobre todo eficaz!, quisiera descubrir para ti en la dura cantera o en la mina honda, una que sonara por ti y para ti, como tú la mereces y acaso un día la inspirarás a algún viajero más afortunado...

Ahora sigamos mercado adelante; prueba de mucho

amor es la contemplación; vayamos contemplando con todos los sentidos esta ciudad y estos sus habitantes, que parecen vivir ignorantes de todo hermetismo, con la existencia de par en par. En esta churrería, en aquel estanco, en el puesto de aquella florista, en el otro de aquel lencero, hay grupos que charlan con habla dulce y expresión intensa; todos hablan de todos a medias palabras, con frescas y atrevidas metáforas, y todos se entienden. Hay una universal complicidad, que al viajero se le antoja milagro, porque puesto a escuchar uno de estos coloquios, aunque comprende todas las palabras, le cuesta harto trabajo penetrar en el sentido de ellas. Y es porque vana y presuntuosamente busca la ilación lógica, la trabazón casi escolástica á que le tiene mal acostumbrado su trato con gentes reflexivas y tristes, y olvida que esta charla, como la vida misma de quienes la emplean, es un florecimiento, expansión en toda libertad, algo como el sonar de agua corriente o el gárrulo pasar del viento entre las altas ramas; sencillamente afirmación de esencia, manifestación de existencia, alegría de vivir, y aun más sencillamente, alegría.

¡Quién duda que el coloquio tenga sales, quién le va a regatear formas de requintado pesimismo! — el pesimismo no es sino la fórmula, digamos científica, del supremo «a mí qué me importa» — ; pero por lo mismo que este pueblo, tan sabio en su universal ignorancia, ha hecho en el vivir la parte inmensamente inevitable a las amarguras, contratiempos, tropiezos y negras fa-

talidades, ya las descuenta en la aceptación que a todas las envuelve, y con sólo aceptarlas las domina, y las puede poner en sal de irónico gracejo. Aquí no hay sentidos ocultos, porque nadie pretende ocultarse a sí mismo la verdad; aquí hay mentira franca, exageración confesada, fatalismo que ríe, resignación que burla del mal y de quien le envió; aquí hay un cantar para un desatino, una copla para una desesperación; aquí todos burlan de todos, y juntos, de esta guasa del vivir; aquí la pobreza no es deshonra, y el pobre se siente señor de sí mismo y del mundo, porque el sol calienta, colándose entre los harapos, y emborracha como el vino bueno; aquí la ponderación es sencillamente el encarecimiento, hasta el punto de que se ha trastornado en absoluto el sentido de la palabra, y se dice: ¡Cómo ponderas tú!, para decir no ya cómo exageras, sino cómo mientes a sabiendas...; ¡aquí el cielo azul está sobre todo y sobre todos, y ha vuelto a las gentes tan locas, que a los mismos claveles les ponen la mentira de un rizado collar de papel de seda!

Ya va picando el sol; cierto que las calles estrechas defienden, con su relativa frescura, de sus rayos; mas para piel usada a cierzos de Castilla, esta media mañana de Abril es melodía de los calurosos. Las blancas paredes reverberan la luz con intensidad cegadora; el viajero evoca la frescura de un pinar y sus verdes bóvedas estalactíticas. Y como en esta tierra andaluza todo es maravilla, he aquí que, bajando del mercado, en la inofensiva encrucijada de unas cuantas callejas,

hállase a la entrada de la Mezquita. Un mocetón se ofrece melosamente para cicerone. El viajero aborrece a los guías de oficio; pero éste más tiene aspecto de labrador o pastor de ganados, y seducido por la aparente contradicción, acepta el patronaje; de lo cual no le pesa, porque son de escuchar las patrañas que en la más incomprensible jerga cordobesa cuenta el mozo, a pretexto de hacer la historia de la Mezquita. Para él los moros son cosa de leyenda, gentes misteriosas que vinieron a España por arte de magia, y vivieron en ella ocultos, perseguidos como hechiceros, ejercitando quién sabe qué extrañas alquimias y qué desconcertantes ritos; estas altas murallas, según él, alzáronlas los moros para edificar a cubierto de los cristianos enemigos la maravilla de su Mezquita, por lo cual son altas y desprovistas de adorno: así los cristianos pudieron creer que estaban los artífices ocupados en obra de poca importancia. Al cabo, sin embargo, hubieron de enterarse, y naturalmente, se apoderaron de la ciudad y de la Mezquita, no sin defensa por parte de los moros; atestígualo este pilar, atado al cual, y prisionero por esta estrecha verja que lo circunda, vivió luengos años el cristiano primero que se atrevió a profanar el templo con su planta; esta inscripción que hay en el negro mármol, tallada está por él a fuerza de paciencia, quién sabe si con la hoja de un cortaplumas o con sus mismas uñas.

Ésta es la capilla de San Fernando; no queráis saber por qué vericuetos anda en boca de este mozo serra-

no la historia del conquistador, ni qué floridos alamares cuelga a cada uno de los festones de esta otra capilla titulada de Villaviciosa, ni las estupendas interpretaciones sobre el destino y uso del Mirab, ni el descifrar de mosaicos y letras; no hay arabista que con más osadía se lance a descifrar leyendas, y es, sobre todo, interesante cómo este hombre quiere adaptar en su interpretación cada una de las piedras de esta desconcertante arquitectura a su propio concepto de la vida, de la vida corriente, diaria, de este su siglo y de esta su raza. El viajero, que comenzó a oirle con cierto desdén, le va poco a poco escuchando con atención y hasta con interés, porque piensa que acaso está en lo cierto este hombre que juzga de los siglos pasados sin aparato histórico, sin el embarazo de evocaciones cultas, de sentidos críticos. Al cabo las gentes sencillas son las que hacen la historia de los pueblos, y los humildes son bien semejantes en todo tiempo; nosotros juzgamos del carácter de una época por lo que las crónicas nos han conservado de la vida de unos cuantos seres de excepción, y acaso nuestro juicio es erróneo por limitado. Este hombre inculto piensa, y acaso está en lo cierto, que los labradores, pastores, tejedores y artesanos de hace cinco siglos, entendían como él la vida y el trabajo, y pone en sus visiones una realidad llana y rectilínea, que hace pensar en la recta visión con que Sancho Panza trajera a actualidad y realidad manchega las románticas ensoñaciones de su señor. Por eso mismo, cuando, arrastrado por su deber de ci-

cerone, quiere remontarse a fantasías que a él se le antojan cosa de gente leída y escribida, va por sendas más locas y aéreas que las mismas del carro de Apolo en manos del menguado Faetón, y su pompa divagatoria y gárrula no halla encarecimiento suficiente ni comparación bastante retorcida.

A compás de las inesperadas palabras con que el cordobés va inventando historia, el viajero recorre la selva, gozando primeramente de su frescura, porque selva es esta prodigiosa arquitectura. Aquí los centenares de columnas quisieron y debieron componer una perspectiva silvana, sin principio ni fin; aquí debió poderse imaginar que tras los fustes de las columnas, como tras otros tantos troncos de árboles vivos, había de amanecer el sol y ponerse; aquí, sobre el fresco enlosado de mármol, debió poder tenderse el que quiso soñar en paz y umbría cosas misteriosas y muy hondas de gozo o de pena; aquí — tal debió ser la sugestión de bosque — debió llegar a oirse el rumor de altas copas a la hora del viento; acaso fingió la fantasía hasta charla de fuentes. Hoy, de todo aquel prodigio — jardín talado por gente acaso más espiritual, pero tan hondamente divorciada de la Naturaleza —, quedan a modo de macizos, escasos grupos de columnas que parecen haberse reunido a llorar la ausencia de los otros fustes, en mal hora arrancados. Es casi imposible sentir gozo intelectual dentro de este recinto, acaso hecho como ninguno para inspirarlo por la perfección de su geometría. La mutilación persistente pro-

duce inquietud hasta físicamente dolorosa; el viajero no quiere mirar los retablos que se han levantado inoportunamente, quebrando las líneas — sendas de este bosque —. Parécele la Mezquita un jardín invadido por pesadas barracas de exposición o feria. Luego, por uno y otro lado hay gentes trabajando, no se sabe si en restauraciones o en destrucciones nuevas: de todas partes cuelgan telas sucias, por todas partes se alzan andamios; artesonados primorosos andan por los suelos; este paso está cerrado por una valla; en este otro hay una zanja; poco más allá se alza una trinchera; entre todo esto suenan, en recónditeces misteriosas, campanilleos de misas católicas: viejas enlutadas pasan con celestinescos andares. Por todo el aire hay sensación de inestabilidad, de desequilibrio, de profanación; esta idea de convertir en templos católicos las mezquitas, es realmente absurda. Los primitivos cristianos, huyendo precisamente de esta promiscuidad demoledora, pusieron su culto triunfante en la basílica, edificio absolutamente civil: ni dioses caídos, ni cultos arrogantes. Dios es Dios, y por serlo triunfa sin materiales investiduras. ¡Esta selva, esta selva talada!... ¿No se os oprime el corazón cada vez que miráis caer un árbol?

Salgamos en busca de un poco de aire puro; por aquella puerta entra un rastro de luz dorada y caliente. Digamos adiós al cicerone; nunca hubo monedas agradecidas con mejor sonrisa. Mezquita, adiós también; adiós, bosque arrasado; prometemos volver cuando en

tus umbrías haya silencio. Sabemos que tus árboles caídos no han de rebrotar; mas algo será que hayan callado tus restauradores. Entonces, frente a frente, podremos hacernos mutuas y mudas confidencias: tú sobre tus fustes caídos, yo sobre las alas, que sin duda también para entonces se me habrán caído del corazón; porque, por mucho que queramos creer en nuestra buena suerte, obra de perfecto equilibrio, harto sabemos que harto nos dices tú, mutilada maravilla de sutil equilibrio, que toda armonía es fugaz, y la vida completa pasajera. Huecos tendremos en el corazón cuando volvamos a tu sombra, Mezquita, y bienaventurados podremos llamarnos si, como tú, guardamos intacto el cerco exterior, intacta la muralla, aunque dentro estén trocados los caminos y deshechas las sendas, aunque extraños retablos y arquitecturas disparatadas hayan desconcertado las espirituales perspectivas, aún podremos llamarnos felices si podemos amparar toda mutilación en la posesión de nosotros mismos, y templar nuestros males en suavidad de recogimiento.

¿Por qué este extraño pesimismo al pasar tu puerta? ¿Qué tienes dentro que así turba la claridad del agua, removiendo todo el poso amargo que para siempre quisiéramos dejar en el fondo? No sé. ¿Quién sabe nunca dónde está la raíz de estos inmotivados desconsuelos? Sin duda hay que sufrir; sí, místicos lo dicen, es ley sufrir, aun cuando sea sin motivo aparente. ¿Qué se nos rompe a días, en la región tan honda de nuestro ser, para nosotros mismos desconocida? ¡Oh, África

inexplorada, que eternamente llevaremos dentro; oh, tinieblas sin iluminación posible! Aquella obscuridad que, de niños, materializábamos en el pasillo temeroso, aquellas sombras de pesadilla pobladoras del dormitorio, que nos hicieron esconder la cabeza en la sábana, ahora del exterior han pasado, entrándose por nuestra misma carne, al fondo mismo de nuestro espíritu, y a días nos asustan irremediablemente. ¡Soñar despiertos tantos malos sueños, y no poderlos entender! ¡No saber la clave de estas más que inquietantes pesadillas, y haber de decir para consolarnos de ellas que ni siquiera son presentimientos, sino venenos engendrados sencillamente por fermentaciones orgánicas! Sí, aquel vaso de leche que con tal exaltación optimista y bucólica hemos saboreado en el mercado, acaso fué, si muy romántico, sobrado inoportuno, y ahora se hace ni más ni menos pesimismo, ayudado por el calor del sol, por la transición casi violenta a frescura que nos hubo de proporcionar la entrada en la Mezquita. La cabeza comienza a dolernos sordamente; verdad es que hemos pasado la noche en el tren y en harto incómoda postura...

¿Adónde hemos salido? Es un patio inmenso, plantado a trechos de naranjos; tiene una fuente con pilón; en ella unas cuantas mozas aguardan turno para llenar el cántaro, y charlotean perezosamente. Adosado al muro de la Mezquita, hay un largo poyo de piedra; los otros tres lados están cercados de muralla; hay una torre y varias puertas. Cae el sol de plano, mas la mole

de la Mezquita proyecta ancha sombra — aún no ha llegado mediodía —, y así, sentándose en el poyo, puede el viajero reposar, divagando y aun extravagando. No es el único, ciertamente, que goza la inocente distracción; hay también en el poyo dos ingleses y otros dos españoles, cordobeses sin duda; algunos chicuelos vagabundean por el patio. Bien pronto se acercan, ofreciéndose a servir de guía en la Mezquita; defraudados en su pretensión, pordiosean un cigarrillo; luego hablan perezosamente de cosas, quién sabe si sencillas o profundas. El viajero no los oye, aunque a momentos se esfuerza por escucharlos; pero tiene un ataque agudo de distracción: el dolor de cabeza, intensificándose, toma por forma un terror invencible a todo movimiento, y el más leve esfuerzo de atención, siquiera sea el de poner nombre al color de las alas de aquella mariposa que pasa, le produce en las células cerebrales el efecto de un terremoto. Inmovilidad, por lo tanto, absoluta. ¡Cerrar los ojos! Bien quisiera, y harto se le alcanza cuánto habrían de agradecer la obscuridad las retinas cansadas; mas el esfuerzo de cerrar los párpados es incompatible con su miedo al interior derrumbamiento, y abiertos se quedan, mirando sin ver. Burbujas danzan en el aire; las leyes de la perspectiva se quiebran; las mozas que en la fuente llenan sus cántaros, parecen estar a miles de leguas de distancia. El chorro de la fuente se ha quedado inmóvil, y es sólido, dolorosamente sólido; el sonar de la risa de una rapaza no es sonido, es color, un agrio color in-

armónico, como una bandera bajo el cielo azul... bajo el cielo azul que tiene la culpa de todo; porque el viajero, en su supremo y dolido intento de razonar, comprende que su mal ni más ni menos es un comienzo de insolación. Esta frescura de la sombra parece agravársela; una remota y sin duda literaria asociación de ideas le hace pensar en lo muy dolorosa que ha de ser la muy esperada felicidad, si acaso llega demasiado tarde, cuando ya el corazón esté cansado de aguardarla y se haya encallecido y amojamado. Esta idea de amojamamiento le lleva a recordar aquel otro corazón del sin par Durandarte, guardado en salazón por las manos piadosas de su amante señora Belerma. Ya por los cervantescos prados, el desatinado ensartar de cuentas rotas se ajusta en las graves y sesudas razones de la pastora Marcela sobre el sepulcro de su desdichado amador; y oye en el aire los sones de la triste canción de Crisóstomo, mezclados luego con el sonar del arpa de aquella Altisidora... ¡Favor, socorro! — grita en lo hondo de su consciencia física la voz del instinto de conservación —. ¡Por este camino se va directamente a la locura!

—¿Locura dijiste? Al viajero por esta sola palabra se le pierde el cerebro en los laberintos de una arrogante página de Nietzsche, leída y comprendida a medias en una calurosa tarde de Agosto. De Nietzsche, ¿por qué no pasar a Wagner? La mente se extravía, en una noche madrileña de invierno, por los más intrincados laberintos del «Gottesdammerung». Llegado aquí ya

no hay remedio: el viajero hubiera enloquecido a buen seguro, perdido el freno de la voluntad, en desbocada carrera los que ya no se atreve a llamar pensamientos; mas, por suerte, dos de los perezosos disfrutantes del poyo, rompiendo la pereza echan a andar, y esta triste voluntad impulsora, inconsciente hasta la imitación, levantándole el cuerpo, le hace salir por una grande puerta a una estrecha calle. Después ya nada sabe de encrucijadas, patios, arcos, estrechas vías y plazoletas, hasta que se encuentra en la puerta del hotel.

¿Quién le ha traído aquí? Vagamente cree recordar que ha pasado otra vez por el mercado: en la mano trae un ramo de claveles. ¿Cómo y dónde los compró? La cabeza parece un corazón que se hubiese vuelto loco a latidos. ¡Antipirina, por amor de Dios! La droga en alta dosis... dormir sin soñar en una de las invitadoras mecedoras del patio. La fuente del centro hace un leve rumor y rocía el grupo de macetas. El toldo está corrido; en la alta galería se oyen pasos y voces de camareras; huele un poco a azahar... y a aceite medio frito.

En la lengua, en el paladar, en la garganta, la anestesia va clavando sus cien mil agujas; el viajero, que harto conoce el cosquilleo, atisba el momento feliz en que subiendo hasta el cerebro deje el dolor dormido... Es extraño... dormido el dolor; saber que le tenemos y que no le sentimos; esta idea: «Me está doliendo mucho la cabeza, pero no lo sé», da una inquietud de vértigo: la misma que sentimos si acaso nos

paramos a pensar que de día están en nuestro cielo las mismas estrellas que alumbran nuestra noche, y que nosotros no las vemos...

¡Dolor, dolor!... El viajero siente un estúpido enternecimiento como de borracho, y le da por el alto misticismo. ¿Acaso — piensa —, tenemos derecho a suprimir así el sufrimiento, que es don de lo alto?, y recuerda la frase repetida en prédicas y libros devotos: «Dios prueba a los que ama». Entonces, ¿eludir la prueba de este amor? Parécele oir reproches amargos en boca de su muy amada Teresa de Jesús. Indudablemente no hay sino aceptar el dolor resignadamente. Pero entonces algo muy hondo, en la carne o en el espíritu, le dice que la aceptación resignada no es sino una anestesia, y que su efecto inmediato es este mismo estupor enternecido, hasta con inconscientes lágrimas meramente físicas, que le ha dado la droga. Haciendo estas revisiones de vida a que son tan propicias las horas de embrutecimiento, el paciente recuerda sus pocas horas de sufrimiento agudo, cuando queriéndose resignar ha hundido la cabeza entre las manos y ha dejado que pasen por encima, inundándole, las que el Profeta llama «aguas amargas» de la desolación. Y vé cómo el efecto fué el mismo, el mismo... ¡Santo cielo, si el alma y su perfección estarán a merced de uno o dos gramos de antipirina!

El suave vaivén de la mecedora, el rumor de la fuente, el aroma de azahar — sin duda terminó ya el aceite su fritura y el aire se llevó en buena hora el acre

olor —, acaban por dormir al viajero, que despierta al son de una campana con la misma sensación de extrañeza con que despertaría si volviese al mundo desde el más profundo de los limbos: sin duda habrá dormido años enteros. — No, señor mío, apenas una hora... y la comida aguarda.

La comida es un triste episodio en estos hoteles de España: pasemos sobre ella. Afortunadamente para el viajero, la anestesia le ha quitado sensibilidad en las papilas de la lengua, en el velo del paladar... ni huele ni sabe; y así engulle un horrendo arroz con calamares y una tortilla «a las finas hierbas», y un beefsteak... y hasta los higos y las nueces del postre. Ahora a dormir la siesta... en la cama; por todas las maravillas del mundo no saldría a esta hora a la calle, en cuyas piedras reverbera un resol que casi le da náuseas. Ahora el sueño sí que es de veras, largo y sin sueños.

Media la tarde al abrir los ojos. Este despertar es curioso, porque el viajero, al ponerse en pie, comprende que despierta sin alma. ¿No creéis que a momentos, y aun a días, la «encarceladita», harta de nuestras interpretaciones e imposiciones, se va de excursión a campos que ella sabe y que se calla? Y el cuerpo — rapaz en tarde de novillos —, ¡qué felicísimo se siente en el primer momento de encontrarse libre de la inflexible tutela! El viajero casi salta de gozo: es absolutamente optimista e irresponsable; en la cabeza hueca debe haberse disuelto el cerebro. ¡A la calle, a la calle!

Una fila de coches frente al hotel; los cocheros se

ofrecen a hacerle dar un paseo por la Sierra: si tuviese alma, el viajero aceptaría inmediatamente; pero, por el momento, la obligación primera es ir al café, como buen español. En la calle estrecha, uno, dos... éste, colgado de telas rojas, es el «Club Guerrita». Sí, precisamente he ahí al diestro en todo el esplendor de su gloria, digamos póstuma: el viajero ha sido en la infancia ferviente admirador de Rafael II; ahora lo es de Ricardo Torres, como en otro lugar queda dicho: pasa, mira, recuerda sus admiraciones, y comprende en su optimismo animal la necesidad de la fiesta de los toros. No hay duda: España es un país pintoresco, y aunque esté muy mal administrado, y en las camas de hoteles haya chinches, ¡qué gozo haber nacido español! Porque los países ultracivilizados son muy aburridos: en Suiza, a las diez, ya los coches cobran tarifa de media noche; en Londres, a las once y media, se cierran los teatros, y hay que marcharse a casa con hora fija... ¡Oh, gozo de la estupidez consumada! ¿Habrá quién haga filosofía por el mundo? Y a todo esto, ¿dónde está el café? Entremos, por paradoja, en este que se llama «Cervecería alemana». ¡Horror, no hay mecedoras!...

El café es tan bueno, que el viajero pide otra taza. Con lo cual acaba de perder toda consciencia de personalidad, y sale de nuevo a correr calles. La invitación melosa de uno de los ya mencionados cocheros logra seducirle: a la Sierra, pues, en una carretela que bien pudiera ser prehistórica, y por un camino donde

sin duda está amontonado todo el famoso «polvo de los siglos». Donde menos se piensa suele encontrarse así el sentido recto de una de estas manidas metáforas. Y es lástima que aquí precisamente se haya logrado esta revelación, porque sin este polvo, peor cien veces que todos los fuegos del infierno católico, la excursión contaría entre las maravillas de sus peregrinaciones.

Aun así, y una vez puesto el sol, entrado ya el vehículo por sendas algo más pedregosas, siéntese ascender de la tierra fragante serenidad. El paisaje bravío, la luz cernida, el incomparable silencio crepuscular, la Sierra fileteada de luz, todo envuelve y penetra levantando y como tonificando esta carne que ha estado sin espíritu horas y horas. Es singular: el contacto con la tierra devuelve al viajero su alma; y si gozo sintió el cuerpo al sentirla marchar, tibieza y amparo experimenta al notar cómo y cuán blandamente retorna. Su primer discurso es de gran melancolía — acaso lo que ha visto en las lejanías, que sólo ella conoce, no le ha sido todo lo grato que pensara —; de esto el viajero nada sabe, pero con gesto, no sé si decir conyugal o filial, procura envolver a la viajera y acariciarla suavemente: ella se va, despacio, aposentando ahora en el corazón, luego en el cerebro, más tarde en cada uno de los miembros del cuerpo muy suyo; las manos y los pies se desentumecen: ellos como que quisieran correr a generosas aventuras, ellas como que quisieran tenderse a todos los contactos misericordiosos; las cabezas tostadas de los rapaces que acaso cruzan por el cami-

no, como que estuviesen clamando por caricias; también el lomo lustroso de algún perro; y toda la tierra llama a todo el cuerpo, ¡que sería tan feliz tendiéndose en inacabable comunión panteísta bajo aquella encina!...

Volvamos, volvamos: demos en coche la vuelta a la ciudad; quieta está y silenciosa como nunca: éste es el río. ¡Bendiga Dios tu cauce por toda la ilusión que arrastras, tomada de todas las riberas donde ojos pensativos te han mirado pasar! Ya vas cerca del mar; ya está cercana para ti la confusión en bienaventuranza que Manrique comparó a la muerte; mas antes de morir, aún has de pasar por Sevilla: tú, agua, que ahora estás fingiendo bruñido cobre con las agonizantes lumbres del sol, acaso tejas plata con nácar de luna en la romántica noche sevillana, y oigas algunas de esas coplas que hacen llorar a los empedernidos, recordándoles blancuras marchitas y muertas, que hasta este instante tuvieron en poco; y no querrás saber, agua dormída y misteriosa, de qué garganta sale aquel cantar mojado en vino...

Despacio, cochero: a la orilla de un río siempre hay que ir despacio. ¿No es redundancia y crimen apresurar lo que desde que nace va a su fin, el río y la vida?

Aquél es el molino árabe. ¿De aceite? ¿De pan? Todo es abundancia: a este lado están las tenerías. Aquí aparece un trozo de muralla. El viajero piensa en Toledo y en Avila: la visión de una España austera y Teresiana le endurece los pensamientos. ¿En realidad

tenemos derecho a pretender que esta tierra nuestra entre por caminos de civilización, que no parecen hechos para ella? ¿O será nunca eficaz la labor de europeización que modernamente parece significar para tantos la única salvación de España? Acaso todo lo que en otras tierras es claridad, en ésta sea contrasentido. Estas piedras puestas de punta, estas calles estrechas, estos chiquillos apenas vestidos, parecen contradecir toda afirmación de necesidades que impliquen comodidad y blancura; y todo lo grande que ha dado nuestra Patria está en el espíritu de esta misma austeridad formal, hermanada con la más desenfrenada libertad interior. Tierra de Inquisición y de desatado realismo, poco pagada de palabras suaves, ni estimadora de piadosas metáforas; tierra de Luís Vives y del Arcipreste; tierra en la que debió nacer Descartes, alta en la afirmación formal de la fe y saturada en socarrona y complacida duda; tierra que apenas necesitas pan — tanta sal llevas en el pensamiento — para sostenimiento de la vida; tierra de ermitaños, es decir, de filósofos prácticos, afirmadores de la gran virtud de la soledad; tierra de pasiones fuertes y fáciles olvidos; tierra en que hay que matar a toda prisa por no correr el riesgo, si ha pasado un segundo desde la ofensa a la venganza, de convidar al ofensor a tomar unas copas; tierra del orgullo por desconocimiento de la vanagloria, y de la inconstancia por exceso de inteligencia, ¿quién te conquistará para ideales materialistas, en los cuales no has creído nunca, ni nunca creerás? ¿Cómo deslum-

brarte con mentiras de derecho social, si tienes la libertad de tu alma por encima de toda ley? ¿Ni cómo convencerte, rematada individualista, de la necesidad de los sacrificios por el bien colectivo, si sabes que la felicidad o la desdicha la lleva cada hombre dentro de sí mismo, y que no hay material comodidad que temple una pena, ni pobreza exterior que no pueda dorarse e imperializarse a la luz de una íntima ventura?

Quédense las civilizaciones refinadas — ¿no piensas así tú, Patria mía? — para los pueblos que pueden ser rebaños y olvidar en engaños imperialistas — como niños o como imbéciles — la suprema dignidad del hombre como hombre y a solas consigo mismo. España es la esperanza de todas las anarquías, la tierra prometida de la felicidad en la libertad, y lo que las gentes de otras patrias, que la juzgan por hechos — sin entender que el hecho nada significa —, creen sumisión a viejas tiranías, no es ni más ni menos que independencia, íntima independencia desatinada, adelanto de siglos en el proceso espiritual del mundo. — Éste será el país privilegiado y la tierra bendita en que antes que en rincón alguno del planeta se nieguen el verdugo a matar y el soldado a marchar a la guerra; aquí se quemarán los registros civiles, y cada hombre tendrá el nombre que le plazca y la edad que le cuadre; porque aquí están el sol y el amor, engendradores de todo consuelo y de todo apasionamiento; y de apasionamientos vivimos, sí, lectores prudentes, creedlo y deplorad haber llegado al mundo demasiado pronto,

cuando aún se llama virtudes a tantas cosas contra naturaleza, cuando aún se da una palma a quien voluntariamente ha consentido que le corten las alas del corazón o le pongan una etiqueta al pensamiento.

¡Oh, bienaventuradas las gentes que dentro, acaso ni siquiera de un siglo, vivan en esta libre Patria mía! Ya, el que quiera escuchar, no puede menos de oir; cuando se habla con niños, con mujercitas ignorantes, se oyen afirmaciones estupendas, rectilíneas, sangrantes de verdad, que asustarían al más osado moralista, dichas con toda inconsciencia y sencillez. El espíritu español no sufre cadenas; todas están saltando y rompiéndose por obra y gracia de éste, una, cien, mil veces bendito individualismo... Y dejamos hacer, y hay una Monarquía, y un Gobierno que llaman conservador, y reglamentos pueriles, y fusilamientos absurdos... Y España calla, mientras Europa entera levanta por ella voces de protesta... calla porque no necesita hablar para destruir, y porque además sabe que, gracias a la vanidad oratoria, todos los discursos son mentira; mas no pierde el tiempo, porque sólo con vivir fiel al espíritu de su raza, está haciendo obra de revolución. Y amanecerá un día — ese en que los niños tenidos por torpes y desaplicados sorprenden a la madre leyendo de corrido — en que sorprenderá al mundo, poniéndose a vivir sencillamente como si jamás hubieran existido tiranías, prejuicios ni legisladores. ¡Oh, bendita, bendita, bendita tierra de mi amor, donde el vino es néctar, y bebemos agua!

Anochece; de vuelta al hotel, el viajero pasa por la Audiencia. Hay gran marejada; se está juzgando a un reo, bandolero famoso; cierra la noche, y la sentencia sigue sin salir; en la mesa redonda del hotel se hacen horóscopos y comentarios; indudablemente, la opinión popular está en favor del bandolero. ¿Porque faltó a la ley? — dirá, frunciendo el ceño, algún moralista a ultranza —. No, señor mío; sencillamente, porque vivió su vida tal cual la entendiera, y porque en ella hubo un grano o un rayo de fatalidad. Aquí vivió y murió don Álvaro, señor moralista. ¿Que don Álvaro no ha existido nunca? Por eso es la más viva de las realidades. ¿Paradoja? No, mi amigo, verdad. ¿Acaso se le ha olvidado a usted que cuando un pueblo lleva en la sangre una verdad y no la vive, surge hecha héroe en el cerebro de uno de sus poetas? ¿Se ríe usted? Al parecer empiezan a interesarle mis locuras. Entonces, me callo, porque la más grande desdicha que puede acaecerle a una verdad, es caer bajo el interés benévolo y la sesuda consideración de un hombre de orden.



GUÍA PRÁCTICA DE GRANADA



GRANADA, ciudad española, capital de la provincia de su nombre, situada en las estribaciones de la vertiente septentrional de la Sierra Nevada. Tiene al pie la vega, extensa y fertilísima, regada por el río Genil y por las innumerables acequias que de él derivan. A Mediodía y Levante está la crestería de la Sierra; a Norte y Poniente se desvanece la planicie en suave ondulación hasta el límite del horizonte. Esta vega es uno de los más suaves, apacibles y románticos paisajes de España, y valdría la pena de venir, no a visitar, sino a morar largo tiempo en la ciudad morisca, aunque en ella no estuviese la Alhambra, sólo por el encanto risueño de esta planicie ondulada, frondosa, acariciadora por igual a los ojos y al corazón. Así como hay paisajes inquietantes, éste es aplacante y sugeridor de consoladores panteísmos; morando en Granada, con sólo una ventana abierta sobre su vega, le es difi-

cil, aun al espíritu más enmarañado en laberinto de vida activa y trajinante, no aprender y gustar el sabor de lo contemplativo; y es lo más admirable que las contemplaciones no se tiñen acá jamás de pesimismos ni rebeldías; hay una gran paz y un amable silencio, que dejan al espíritu toda su libertad y le afirman en soberanía, no ciertamente cargándole con peso de cetros ficticios y mentidas coronas, sino aligerándole de toda carga, en el convencimiento de una indudable irresponsabilidad; hablando en metáfora, que es el mejor modo de hablar claro, en Granada el hombre no se siente rey de la Creación, sino uno, confundido e indivisible con la Naturaleza; permítome, pues, aconsejar la estancia en la ciudad maravillosa — y más en los divinos meses de primavera — a las personas que hayan adquirido el vicio espiritual de sufrir sus penas con rebeldía; a las que estén tocadas de melancolía, al parecer incurable, por abusos de auto-análisis y de prolijos exámenes de conciencia; a las que, por morbosa exaltación de orgullo, se hayan llegado a figurar que de que ellas cumplan o infrinjan una ley más o menos moral, depende el equilibrio del mundo; a las niñas que tienen la mala costumbre de soñar con novios militares más o menos pérfidos. — Aquí adquirirán la excelente de reverenciar en grado sumo al Amor, con mayúscula y sin uniforme. — Los otros aprenderán, en la penetración inevitable con la tierra y el cielo, que son ellos bien poca cosa, y que las esferas han perdido la lisonjera costumbre de temblar ante los desplantes y

desvaríos del hombre. En este silencio, todos los alaridos se pierden, y hasta las blasfemias se embotan en la diamantina pureza de este aire; además, la luz clara muestra el inevitable ridículo que con músculos del siglo XX revisten las posturas académicas. Yo haría, sobre uno de los dos grandes cerros que forman la cuenca del Darro, un Sanatorio especial para esos versificadores que periódicamente cruzan el Océano, y traen a España la estupenda afirmación de ser cada uno «el más grande poeta de América»; tanto fío en la virtud purificante del cielo granadino y en el filtro sutil de humildad que está en su aire sereno.

El río Darro o Dauro (de oro parece que dice esta palabra, pretensión paralela a la del nombre Duero, de otro río de España) (1) cruza la ciudad; los granadinos

(1) Hay una canción popular española, que cantan las niñas jugando al corro, y que es como sigue: «*Al pasar el arroyo — de Santa Clara — ¡Ay, ay, de Santa Clara! — se me cayó el anillo — dentro del agua — ¡Ay, ay, dentro del agua! — Por sacar el anillo — saqué un tesoro — ¡Ay, ay, saqué un tesoro! — una Virgen de plata y un Cristo de oro — . ¡Ay, ay, un Cristo de oro!*», etc.

Esta nota bien puede parecer pueril; siempre la erudición corre peligro de parecérsele a los espíritus frívolos; pero el autor inserta este fragmento de canción para demostrar la persistencia de ilusión con que la raza española sueña encontrar tesoros en los ríos. Algunas — pocas — veces, la realidad ha confirmado la esperanza. Ejemplo: las coronas de los Reyes visigodos, que se conservan en el Museo de Cluny, de París, por falta de dinero o de rumbo español para comprarlas, fueron encontradas en un río. Pero esto es lo de menos; cada sueño es anuncio de una verdad, mejor de una realidad, que existe cerca de nosotros, sin que tengamos consciencia de ella; el tesoro de los ríos existe; los poetas y los filósofos lo «sabemos». (Me gusta emplear estos plurales, que engloban diferentes modos de actividad del espíritu; con este «sabemos», ustedes pueden suponer *ad libitum* que se las han, habiéndoselas conmigo, con un poeta o con un filósofo; acaso con la maravillosa amalgama de ambos en un solo espíritu superior; yo no he de sacarles de la duda que así me au-

le han cubierto, en parte, con una bóveda que forma la calle llamada «Carrera del Darro». Ésta ha sido medida de higiene pública; parece que el río, a pesar de ser de oro, se permitía el lujo, poco lírico, de oler bastante mal. A Ganivet, poeta con ribetes de filósofo, y por lo tanto un poco malhumorado, le disgustaba la medida, que consideró poco menos que como profanatoria. ¡Allá Granada y su Concejo municipal! Lo que del río queda al descubierto es pintoresco y agradable; va el cauce hondo; hay huertos, cármenes en indígena, a la orilla. Asómanse las flores a mirarse en el agua. Recomiendo numerosos paseos al anochecer (1); tienen carácter los derruidos puentes, que en tiempos, saltando sobre el río, unieron las vertientes, juntando el Albaicín con la Alhambra, porque es de saber que en el me-

reola.) Sí, señores; lo sabemos, y yo he tenido el honor de decir ya, en verso para mayor claridad, que «por un río se puede bendecir la existencia», que «por un río se puede dar la vida», que «el río es como nave a la ilusión abierta», y otra porción de cosas lindas. Además, los ríos son la bendición de los países que los poseen en buenas condiciones, y la maldición de España, que no suele gozarlos sino en forma de torrenteras primaverales y de estivales cauces secos; si tuviéramos ríos como Francia, seríamos un país próspero como Francia; Gasset lo sabe; ahora no me atrevo a decir «lo sabemos», porque no vayan ustedes a incluirme en la funesta clase de «jóvenes ministros». A pesar de mi juventud, todavía indudable, no espero llegar ni a subsecretario. Y basta de erudición para una nota.

(1) Con tal de que no se tenga una pena de amor demasiado aguda o demasiado reciente. El crepúsculo vespertino tiene dañosísima influencia sobre estos estados patológicos; el violeta y la desolación son sinónimos, y el aire tiene la mala costumbre de dejarse teñir a esta hora del color de la flor de la humildad y de las púrpuras episcopales. Advertencia a quien se halle en la necesidad sabrosa de escribir cartas de amor, si con ellas pretende arrancar lágrimas, escríbalas a la puesta del sol; si provocar sonrisas, lo más de madrugada posible; las cartas que se escriben a mediodía suenan a indiferencia;

ridional de estos dos cerros están los palacios de la Alhambra, y en el opuesto la Alcazaba y el Albaicín.

El clima de Granada es excelente; templa la nieve de la Sierra lo que pudiese haber de extremado en el calor que a su latitud corresponde; la temperatura media anual es precisamente la que señalan como ideal los termómetros, 16° centígrados, oscilando esta cifra, como ideal teórico, entre las extremas, si bien no extremadas realidades de 2° como minimum y 37 como máxima; hay una curiosa estadística, que tomo de la Guía de Seco de Lucena, que afirma que en el año 1904, según observaciones de los Padres del Noviciado de la Cartuja, hubo noventa y cinco días totalmente despejados, ciento diez ligeramente nebulosos, y ciento con el cielo cubierto. Llovió en dicho año noventa y cuatro días, a saber: trece en Enero, quince en Febrero, quince en Marzo, diez en Abril, cinco en Mayo, seis en Junio, seis en Septiembre, cinco en Octubre, diez en Noviembre y once en Diciembre. Nevó, levemente, siete días: tres en Enero, dos en Febrero, uno en Marzo y uno en Noviembre.

Hállase la ciudad a 37° 10' 43" de latitud N., y a 0° 21' 6" longitud O. del meridiano de Madrid. Su altitud es de 689° 12 metros sobre el nivel medio del mar en Alicante.

---

las que se escriben a media noche, a desprendimientos, crímenes ambos de lesa pasión; y si el amor no es pasión, no vale la pena de escribir cartas por él ni para él. — Para la definición de la pasión y el estudio de sus efectos, véase el estupendo libro de Stendhal «DE L'AMOUR», que recomiendo encarecidamente a todo el que se sienta con capacidad de amar. No cito página ni capítulo, porque todos son de suma excelencia.

La superficie del casco de la ciudad es de 507.000 metros cuadrados; extiéndese, como queda dicho, sobre sus dos cerros, que determinan la cuenca del Darro: situación eminente por partida doble, que da a la ciudad el encanto típico y pintoresco de sus cuestas; citemos la de Gomera, por la evocación romántica del nombre, y todas las del Albaicín, que además de ser cuestas, gozan del añadido privilegio de estar primorosa y prolijamente pavimentadas con guijarros, puestos, no de punta, sino de filo; cuchillos son de pedernal, más cortantes que hachas prehistóricas, por lo cual, para la visita a este barrio, recomiendo el uso, digámoslo así, del asno como cabalgadura; el trotecillo del asno no puede menos de regocijar al jinete con la sal de consideraciones filosóficas a que se presta: el pobre animalejo va muy de prisa para andar muy despacio; esta contradicción puede aplicarse a casi todas las manifestaciones de actividad de nuestra vida moderna; de aquí resulta que nos hacemos viejos antes de haber llegado a ninguna parte (1).

El origen de Granada «se pierde en la noche de los tiempos». Seco de Lucena lo afirma; yo lo repito, bajo la fe de su palabra honrada, pero personalmente no lo he comprobado. La noche de los tiempos es institución que me infunde tremendo respeto; debe de estar poblada de almas en pena, de trasgos, de vestiglos, de ma-

(1) Para el estudio y crítica de la actividad mal empleada, léase en el donosísimo libro de Mark Twain *A tramp abroad*, la disertación paradójica sobre la mentira secular de la inteligencia y laboriosidad de las hormigas.

léficos duendes; en ella duerme la verdad de la Historia, que es la más insidiosa de las serpientes. ¡Dios nos libre de irla a despertar con curiosidades indiscretas! La luz vacilante, ¿cómo no?, de una sola antorcha — digamos espíritu curioso — sirve de bien poco en tales tinieblas. Cuando una claridad insuficiente deshace las sombras, ¿no han observado ustedes cómo, hechas jirones, comienzan a aletear locamente, y parecen alas de pajarracos, mejor de murciélagos maléficos? Si este libro llega a la América del capitán Mayne-Red, dejo al lector en libertad de interpretar vampiro donde dice murciélago; murciélago he dicho, por no inquietar demasiado la imaginación, ya de suyo exaltada, de mi público femenino de España.

Pues bien; dejemos el origen de Granada guardado y oculto por la negrura de las susodichas alas, y alegrémonos de encontrar la ciudad, por hoy, expuesta al claro sol, con tal naturalidad de molicie, que parece no hubiera hecho otra cosa por los siglos de los siglos; hay así ciudades todas de luz, todas de sortilegio matutino y optimista; ya hemos dicho que Granada lo tiene; bendita sea ella en su noche de historia, y en su día para nosotros inacabable de realidad. *Haed es diae quae fecit Dominus*, dice nuestra ilusionada devoción a cada uno de los que amanecen sobre Granada, y Granada nos responde un «Amén», que no es el dubitativo y profético «así sea», sino el afirmativo «así ha de ser», con que responde lo Absoluto a todos nuestros agradecimientos.

Hay quien dice que en tiempos la ciudad principal de esta vega no fué Granada, sino Elvira, y que la traslación de la capitalidad, desde la una a la otra, acaeció en tiempo de los Reyes Taifas, en los primeros años del siglo XI; geógrafos afirman la identidad de esta Granada con la antigua Iliberis; otros la niegan.

Respecto a la etimologia del nombre, no andan los sabios tampoco muy acordes: varias opiniones, y a ellas me atengo, desean derivar este nombre de uno de mujer, Nata o Naath (Gar-Nata, cueva o retiro de Nata o Naath). Fuera de toda etimologia, este nombre, Granada, uno de los más bellos de nuestra lengua, contiene en sí mismo tal gloria de frescura jugosa, de opulencia de rubí, de fruto y de joya, que bien puede, al considerársele bello, prescindirse de orígenes históricos. ¿No sería lógico, en buena ley romántica, imaginar que alguien, enamorado de la hermosura de la ciudad, le dió este dulce y perfecto nombre de coronada fruta? Porque la granada perfecta, en redondez como un mundo, lleva una corona en lo alto: corona de reina, que recuerda la flor antes de cuajada en el fruto; por eso la simbología cristiana ha querido encerrar en ella el símbolo de nuestra madre y madre de Dios, la Virgen María.

Es Granada rica en blasones. Dícese que Alhamar, después de la batalla de Alarcos, inscribió sobre la banda roja, sostenida por fauces de dragones sobre campo de plata, que formaba su escudo, la leyenda: «Sólo Alah es vencedor», y que después, armado caballero por San Fernando, cambió el rojo en azul, que-

dando así en definitiva el escudo de la Granada mora. El cristiano formáronle hoy dos Reyes (Isabel y Fernando) en campo de plata; a sus pies yace, medio abierta, granada de oro — recuérdese la frase, harto cruel y harto cruelmente confirmada del Rey Católico —, sentados los Monarcas en tronos con púrpura y coronas. Orlan el escudo castillos y leones, corona floreada de granadas, y, con una cruz en medio, las letras I. F., coronadas de oro. Granada posee los títulos de Heroica, Celebérrima, Muy Noble, Muy Leal, Nombrada e Grande, y goza el privilegio de añadir a su escudo un cuartel con la Torre de la Vela, para sostén del pendón de Castilla.

La población actual de Granada es de más de 76.000 habitantes; mas bajo el dominio árabe contábanse en ella hasta 400.000. Entonces núcleo de floreciente industria y comercio, principalmente de seda, rica como colmena, y atrafagada con su grey de judíos y genoveses, cayó en escasez y despoblación a raíz de la Reconquista. Vino sobre ella el hambre, y cayó en su aire claro la simiente de la melancolía; mas de todo triunfa la gloria de su vega, y hoy comienza de nuevo a vivir vida próspera; su riqueza esencial está en la agricultura, lo cual vale tanto como decir que su destino es de paz perdurable.



PRINCIPALES CURIOSIDADES QUE PUEDE EL VIAJERO VISITAR EN GRANADA



En la Alhambra:

— Palacio Árabe.

— Palacio de Carlos V.

— Torres de las Infantas y de la Cautiva.

— Jardín de los Adarves y Torre de la Vela.

— Torres del Candil, de los Picos y de las Damas.

— Carmen de la Mezquita.

— Puertas de las Granadas, de la Justicia y del Vino.

— Torre y puerta de las Armas.

— Iglesia de Santa María.

— Carmen de los Mártires.

— Plaza de los Aljibes.

— El Generalife.

En la ciudad:

— La Catedral.

— La Capilla Real.

— San Jerónimo.

— La Cartuja.
— La Alcaicería.
— Iglesia de las Angustias.
— Iglesia de San Juan de Dios.
— El Sacro-Monte.
— El Albaicín.
— El barrio gitano.

En los alrededores:

— La Vega.
— El Suspiro del Moro.
— Las ruinas de Elvira.
— La Fábrica de Explosivos.
— Sierra Nevada. (El picacho de la Veleta.)



ALGUNAS INDICACIONES PARA VISITAR ESTOS LUGARES



La Alhambra está en una altura, cubierta de frondoso bosque: en él hay sendas y paseos bien urbanizados y cómodos, provistos de bancos y fuentes. A esta arboleda se la llama «El Bosque». Desde la ciudad puede subirse a ella a pie, en carruaje o en tranvía. Súbese a pie por la Cuesta de Gomerez, que comienza en la Plaza Nueva y termina en el mismo bosque. El trayecto es de poco más de cinco minutos, pero la cuesta es dura. En tranvía puede tomarse el que desde Puerta Real sube al Campo de los Mártires; de allí al Palacio Árabe hay algunos minutos de paseo a pie, también por el bosque; si se sube en carruaje, debe dejarse éste en la Puerta de la Justicia; el Palacio Árabe está a dos minutos de ella.

La Alhambra es dependencia del Estado; su visita sólo es libre y gratuita los domingos; las horas están

señaladas en carteles, a la misma puerta del edificio; en la Conserjería del Palacio Árabe hay una puerta que comunica directamente con el PALACIO DE CARLOS V; si el visitante desea «cicerone», le encontrará en la puerta misma de la Alhambra. El Administrador facilita billetes de pago para pintar y sacar fotografías. No hay que dar propinas.

LAS TORRES DE LA CAUTIVA, DE LAS INFANTAS, DEL CADÍ, DE LOS PICOS, DEL MIHRAB Y DE LAS DAMAS se visitan en compañía de un celador, que vive en la Torre del Capitán.

EL JARDÍN DE LOS ADARVES Y LA TORRE DE LA VELA pueden visitarse todos los días hasta la hora de la puesta del sol. Otro tanto sucede con el CARMEN DE LA MEZQUITA.

LAS PUERTAS DE LAS GRANADAS, DE LA JUSTICIA Y DEL VINO se encuentran al paso.

LA IGLESIA DE SANTA MARÍA está abierta al público los domingos.

EL CARMEN DE LOS MÁRTIRES se visita obteniendo permiso de su propietario, por conducto del conserje, que tiene su despacho a la entrada de la finca.

Para visitar el GENERALIFE, maravilloso jardín y palacio que se halla en la cima de un cerro algo más elevado que el de la Alhambra, y al cual se llega siguiendo el paseo del bosque donde están los hoteles Washington y de Siete Suelos, es preciso obtener tarjetas de entrada, que facilita gratuitamente el apoderado de los marqueses de Campotejar (propietarios del

Carmen), que vive en la casa de los Tiros. (Pasa por ella el tranvía mismo de las Vistillas.)

La entrada a la CATEDRAL y SAGRARIO es libre, y a las horas que no hay culto, el sacristán mayor de la Catedral, y los del Sagrario y Real Capilla, pueden servir de guías en la visita detenida de los monumentos y de las alhajas, ornamentos y recuerdos históricos que en ellas se conservan. Para ver los objetos artísticos que se custodian en la Capilla Real hay que tomar billete de pago.

La visita de la CARTUJA es libre los viernes, de siete a diez de la mañana, desde el 1.° de Abril a 30 de Octubre, y de ocho a once en el resto del año. Los demás días de la semana hay que pagar billete, que expende el portero, siendo las horas de visita de nueve a doce de la mañana y de tres a seis de la tarde, en los meses de Abril a Octubre, y de diez a doce y de dos a cuatro y media, desde Noviembre a Marzo inclusives, se hace en compañía de los dependientes encargados de su custodia. Este Monasterio está a dos kilómetros de distancia de la ciudad, pero el camino es bueno y puede irse en carruaje.

Las iglesias de SAN JERÓNIMO, de LAS ANGUSTIAS y de SAN JUAN DE DIOS están abiertas al culto. Para la visita de reliquias, cuadros, etc., dirigirse a los respectivos sacristanes. — La ALCAICERÍA es el antiguo mercado árabe o «Lonja de los Mercaderes». Destruída por un incendio en 1843, fué reedificada inmediatamente.

Para visitar la ABADÍA e IGLESIA del SACRO MONTE, fundación de principios del siglo XII, síguese desde la cuesta del Chapiz un camino que va por la ladera del cerro de San Miguel, y que domina el pintoresco valle del Darro; hay en él muchos cármenes y grande extensión de terreno cubierto de chumberas; en la vertiente misma del monte están excavadas las cuevas que constituyen el famoso BARRIO GITANO. En dos de los cármenes se encuentran las ESCUELAS DEL AVE-MARÍA, fundación del canónigo del Sacro Monte don Andrés Manjón, bien dignas, ciertamente, de consideración y visita.

LA VEGA, frondosísima y admirablemente cultivada, puede dar ocasión a muy agradables paseos; el sitio llamado EL SUSPIRO DEL MORO es un recodo en la carretera de Motril, junto a la villa del Padul, donde es fama que Boabdil el Chico, último Rey de Granada, se despidió llorando de la ciudad que perdía de vista para siempre.

En la falda de Sierra Elvira, merced a excavaciones que se hicieron en 1842, se descubrieron ruinas de edificios, sepulturas, fragmentos de esculturas y lápidas con inscripciones, lámparas y vasos de bronce y barro, joyas de bronce, plata y oro; clavos, llaves, etc. Todo ello parece determinar el emplazamiento de la antigua ciudad de Elvira, cuya identidad con la antigua Iliberis es cosa demostrada.

LA FÁBRICA DE PÓLVORAS Y EXPLOSIVOS, establecida en la antigua alquería del Farge, es la más impor-

tante de España y una de las mejores de Europa. Está en una eminencia, a algunos kilómetros de Granada, y puede llegarse hasta ella en agradable paseo en coche. Se visita mediante autorización de su director.

SIERRA NEVADA es el macizo más alto de la cordillera Penibética, y sus tres picos más importantes son: el del MULHACEN (3.461 metros sobre el nivel del mar), el PICACHO DE LA VELETA (3.428) y LA ALCAZABA (3.281).

La vertiente septentrional de la Sierra está dividida en dos zonas: la N. O. E., que forma la cuenca del Guadiana menor, y la N. O., la del Genil. En la primera hay pendientes suaves y planicies áridas, en las que los numerosos arroyos que bajan de las cumbres forman a modo de oasis; hay rampas y cañones que en la época del deshielo se convierten en verdaderas torrenteras, y que en estío forman hondos barrancos secos.

La zona N. O. es más abrupta, y en ella se encuentran numerosos glaciares y ventisqueros. En ella existen varias lagunas: las más notables las de Vacares, la de las Yeguas y la de la Caldera.

La vertiente meridional o mediterránea tiene también dos zonas, separadas por la loma de Yator. Riegan la de Levante numerosos arroyos, que también en la época del deshielo suelen convertirse en torrentes. La de Levante forma la pintoresca región de la Alpujarra alta.

Varios puertos establecen comunicación entre el poblado de las dos vertientes; los más notables son el del Lobo, a 790 metros de altura, y el de la Ragua.

Las excursiones a la Sierra Nevada, donde actualmente se construye un hotel que estará provisto de todo género de comodidades, son la gran atracción granadina de los viajeros aficionados al alpinismo; realmente, el panorama que se disfruta desde los altos picos es extraordinario, sobre todo a la salida del sol. Aunque el Mulhacen es el más elevado, la meta de los excursionistas suele ser el picacho de la Veleta, porque, a causa de la disposición del terreno, se alcanza desde él mayor extensión y cantidad de lomas.

Para subir a la Sierra pronto habrá un tranvía de vapor, cuyo trazado sigue el de la actual carretera de Granada a Güejar Sierra; pero mientras se construye, puede elegirse camino por la vertiente N. o por la vertiente S. Por la vertiente N. el camino es más directo; por la vertiente S. más cómodo. La excelente Guía de Seco de Lucena proporciona cuatro itinerarios distintos; elíjase uno u otro, preciso es que el excursionista tenga en cuenta los cambios de temperatura a que ha de verse sometido; lo más práctico es ir ligeramente vestido y llevar mantas de viaje o capotes adicionales; no hay que olvidar los guantes, gafas y bastón ferrado, así como los víveres, pues en la Sierra no hay modo de obtenerlos. Los guías, que son indispensables, cobran un jornal de cinco pesetas y la comida. Se va en carruaje hasta Pinos Genil y Dilar, por la vertiente Norte; hasta Órgiva, por la meridional. De aquí en adelante, preciso es ir a pie o utilizar caballerías del país, acostumbradas a caminar por la montaña.

ESTANCIA EN GRANADA



DESDE un día a una vida. Hay turistas aprovechados, que en sólo veinticuatro horas, corriendo en coche, calles, plazas y cuestas, consiguen pasar por delante de todos los edificios y enterarse del nombre de todas las curiosidades; de mañana visitan la Catedral y la Capilla Real, la Alhambra y sus torres; comen a toda prisa; por la tarde van al Albaicín, suben a la Placeta de San Nicolás y ven el panorama de la Alhambra; llegan a las Vistillas de la Lona y contemplan la vega; visitan el convento de Santa Isabel; bajan a la ciudad de nuevo, pasan por las iglesias de San Juan de Dios y San Jerónimo, por la Colegiata, por la Universidad; pasean luego la carrera del Darro, ven el monumento de Isabel la Católica, huelen la vega, cenan; van luego a visitar a la Vigen de las Angustias, corren más y más calles, el Zacatín, la Gran Vía; com-

pran cien postales, se las envían a otros tantos amigos, y duermen con la conciencia tranquila, para tomar el tren a la mañana siguiente, a no ser que prefieran hurtarle aún una hora al descanso para solazarse en el espectáculo de una zambra gitana, dispuesta, a cinco pesetas la entrada, por el genial empresario y capitán de la tribu bohemia. El «general tourist» suele dedicar cuatro días a la ciudad de Boabdil; nosotros pensamos que para saborear, siquiera levemente, el encanto de esta Jerusalén de Occidente, son absolutamente necesarias cuatro semanas. La emoción serena, que ha de ser el fruto espiritual de esta aventura, pide para cristalizarse largas y lentas horas de contemplación, y sobre todo de soledad, en las cuales no apremie ningún apresuramiento de hora ni de guía, ni de preconcebida excursión; preciso es llegar a olvidar que el hospedaje es una fonda y que uno mismo es allí forastero; preciso es hacer costumbre de la risueña hora de amanecer, del atardecer melodioso, de la noche apaciguante y tibia; menester es lograr cierta fraternidad con las fuentes, y una complicidad sentimental y sensual con la geometría de cipreses y arrayanes; hay que saber precisamente en qué lugar del cielo ha de buscarse cada estrella; hay que haber oído, en muchas horas distintas, la charla apaciguante de la arboleda; las visitas a la Alhambra han de haber sido en muchas mañanas — las tardes, con la fatiga mental que traen inevitablemente consigo, hacen casi incomprensible la belleza del desenfrenado artificio arquitectónico —,

hasta que cada uno de los miradores se nos haya hecho familiar y amigo; el alma, llevada por los ojos, tiene que haber soñado muchas horas asomada a la reja del jardín de Lindaraja. El Generalife es como libro de meditaciones, que hay que leer página por página, atenta y curiosamente; tarde habrá en que no subiréis al mirador, porque no habrá fuerza humana que os logre arrancar de la glorieta; otra en que el paseo de cipreses os dé tal sensación de maravillamiento, que os sea imposible pasar más allá, puesto que en los primeros pasos habréis recogido la miel para toda una larga jornada y os habréis de retirar a gustarla, acaso con los ojos cerrados. Y luego, muchos atardeceres os habréis de perder, camino arriba, entre los olivares, y habréis de dar en el camposanto, jardín fragante si los hay, lleno de cinamomos y celindas, de acacias y mundos en flor, donde con tanta paz por todo el buen olor y la frescura, habréis de resignaros a la cruel fatalidad de la muerte. Y si bajáis a la ciudad, es preciso también que sea en muchas y diversas mañanas, para evocar en el tráfago de las horas del mercado la visión de la Granada mora y próspera, llena de mercaderes y recaderos, para que saliendo de la Catedral, aún olientes las ropas a incienso, y perfumado el intelecto con el buen aroma de la liturgia, podáis renacer a la realidad, un tanto profana, del vivir cotidiano, mercando claveles y ramas de azahar.

Para todo esto, para llevar en el corazón el perfume inefable y la hermandad infalible, no es mucho pedir

toda una primavera: dos semanas de Abril y dos de Mayo pueden, sin embargo, bastar. Granada es una de esas ciudades reposorios que atan por el silencio: en dos dias se ve; hay quien en uno solo tiene espacio en ella para sentir tedio; yo juro que quien pasa más de cuatro en ella, se marchará con pena, por mucho que prolongue la estancia.

HOSPEDAJES

En general son buenos, en lo que a la limpieza y comodidad exterior se refiere; pésimos, en lo que a las comidas respecta; en Granada la carne es de incomparable y casi milagrosa dureza; el pescado tiene invariablemente trazas de artificial y sabor de rancio y salado; las frutas son pésimas; el café, cocimiento misterioso e insípido; el pan, duro y negro; el vino, agrio; el te es pasable, sin duda debido a la abundancia de visitantes ingleses; el jamón de la Alpujarra tiene fama, y otro tanto sucede con los dulces; el champagne, un poco más caro que en ninguna parte.

Recomiendo al viajero que si verdaderamente viene en busca de paz, viva en lo alto de la Alhambra; la arboleda y la altura dan deliciosa frescura y silencio; ya queda dicho que los caminos del bosque son todos cómodos y bien urbanizados; no hay peligro ninguno en bajar por la noche a Granada y volver a subir.

He aquí una lista de los principales hoteles:

En la Alhambra:

— Alhambra Palace Hotel.

— Hotel de Siete Suelos.
— Hotel Washington Irving.
— Pensión Alhambra.
— Pensión Carmona.

En la ciudad:

— Gran Hotel Alameda.
— Gran Hotel Victoria.
— Hotel París.
— Hotel Oriente.
— Fonda «El Navío».

RESTAURANTES:

— El Suizo.
— El Navío.

CASAS DE BAÑOS:

— Baños de «El León». — Calle de Mesones, 891.
— Baños de Callejas Martín. — Calle de Varela.
— Baños fríos de la alberca de D. Simeón, en el teatro de la Alhambra.
— Duchas de Sánchez Puerta. — Paseo del Salón.

COCHES DE ALQUILER:

— Tomás González, en la Alhambra.
— José López. — Carrera del Genil.
— José Valenzuela. — Solarillo.

Los precios por el alquiler de carruajes de punto son: Carrera dentro del radio, servicio de día, 1,50 pesetas; desde las doce de la noche a las seis de la maña-

na, 2,25 pesetas. Por horas: una hora, servicio de día, 2,50 pesetas; de noche, 3,50 pesetas. Carruajes de dos caballerías: carrera dentro del radio: de día, 2,00 pesetas; de noche, 3,00; por hora: de día, 3,00 pesetas; de noche, 4,00. Servicios extraordinarios: Subida a Sacro Monte, 5,00 pesetas; a la Alhambra, por la cuesta Gomerez hasta el Generalife, 2,50 pesetas; al Cementerio, 2,50 pesetas. Los días de Carnaval y fiestas del Corpus se aumenta la tarifa un 50 por 100.

Alquileres de jumentos:

—La Maestra, en la Plaza Nueva. Precios: Subida al Sacro Monte o al Albaicín, 50 céntimos, más la propina; un día entero, 3,00 pesetas. Alquiler de un caballo por un día entero, 5,00 pesetas.

TRANVÍAS:

—Línea de Estaciones. Plaza de toros a Plaza Nueva, 10 céntimos. Servicio especial a los trenes, 20 céntimos. Servicio especial a los toros, 20 céntimos.

—Línea de la Bomba: Plaza Nueva, Humilladero, Puerta Real, Bomba; recorrido total, 15 céntimos.

—Línea de la Fábrica del Gas. Puerta Real a la Fábrica, 5 céntimos.

—Línea de Santa Juliana: Plaza Nueva, Humilladero, Cruz de Lagos, Puente de Armilla; recorrido total, 25 céntimos.

Hay, además, tranvías que cruzan la vega y enlazan la capital con la ciudad de Santa Fe y los pueblos de

Chanchina, Armilla, Churriana, Galia Grande, Maracena, Albolote, Atarfe y Pinos Puente.

CORREO:

Administración principal, calle de los Reyes Católicos, 44, frente a la Gran Vía. Horas de despacho:

Lista de Correos: de nueve a once de la mañana.

Lista de Correos (cartas certificadas): de dos a cuatro de la tarde.

Imposiciones de certificados: de nueve a doce de la mañana, de dos a tres de la tarde y de siete a ocho de la noche.

TELÉGRAFOS:

Estación central, calle de la Sierpe alta, número 1; servicio permanente para todas las estaciones telegráficas del mundo y para las telefónicas que tienen enlace con ellas.

TELÉFONOS URBANOS:

Estación central, calle de las Hileras; servicio permanente.

CASAS DE BANCA:

— Banco de España, San Antón, 38, de diez de la mañana a dos de la tarde.

— Señores Rodríguez Acosta, Reyes Católicos, 14.

— Hijos de Enrique Santos, Lepanto, 11.

CONSULADOS:

— Alemania, Carrera del Darro, 19.

— Bélgica, Gran Vía, 31.

— Inglaterra, Campo de los Mártires (Alhambra).

— Portugal, Ancha de la Virgen, 14.

— Países Bajos, Acera del Darro, 62.

— Méjico, Carrera del Darro, 15.

— Bolivia, Sagasta, 44.

— Chile, Portería Santo Domingo, 4.

— Brasil, Paseo de la Bomba.

— Guatemala, Gomerez, 11.

— Nicaragua, Campillo Alto, 24.

— Honduras, San José, baja, 17.





I N D I C E

Tipografía Artística
Cervantes, 28-Madrid

